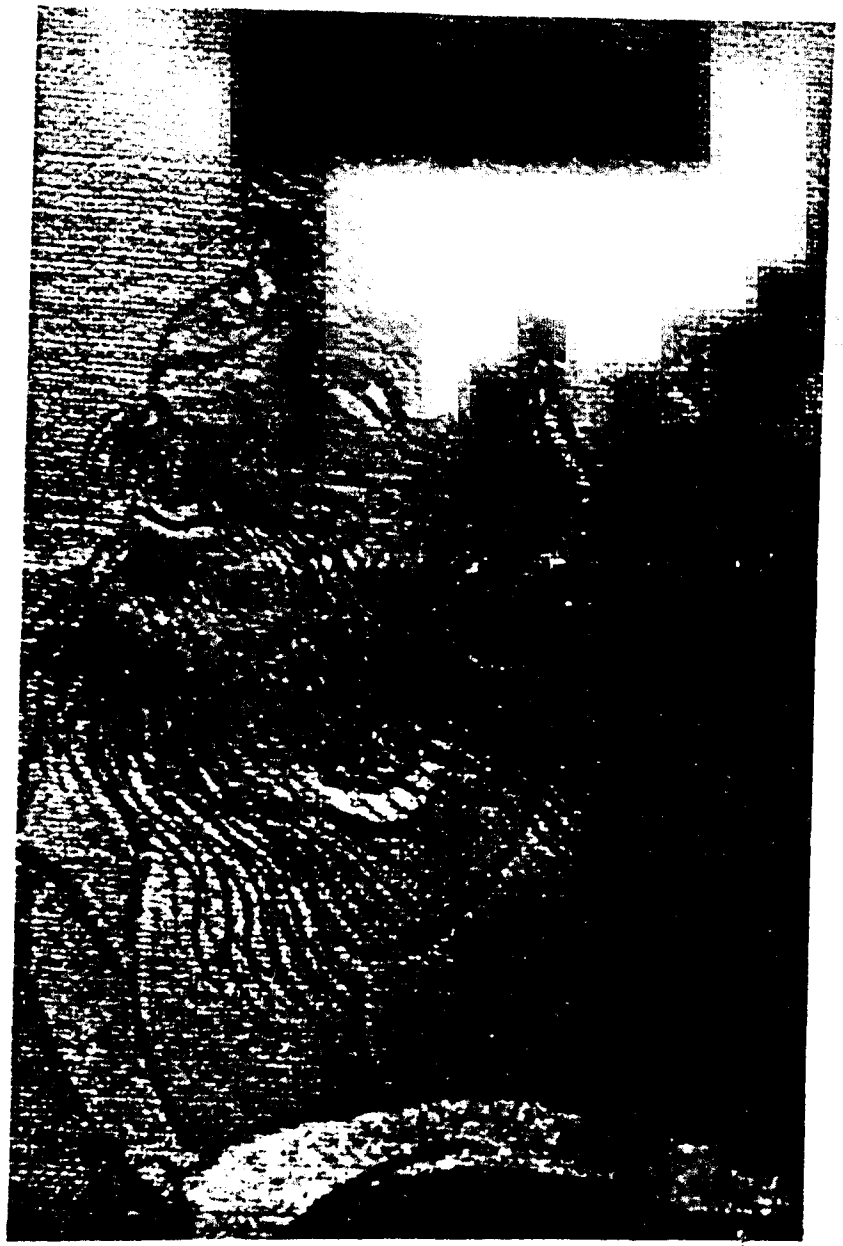


Muchnik Editores

EL LIBRO SECRETO DE LOS MONGOLES

Muchnik Editores

EL LIBRO SECRETO DE LOS MONGOLES

Versión de José Manuel Álvarez Flórez



Muchnik Editores

Libro de cabecera de Elías Canetti, al que le dedica su atención en *Masa y poder* y al impacto de cuya lectura se refiere en *La provincia del hombre, El libro secreto de los mongoles* es un clásico inédito en castellano. Se trata de la crónica genealógico-histórica de la estirpe de los Kanes, un texto poético de carácter sagrado quizás como el Pentateuco, que data del siglo XIII. El deslumbramiento que produce en Canetti cuando lo lee, en 1956, le hace decir: «Estos relatos sólo pueden compararse con los de la Biblia, pero el paralelismo va más lejos. Si el Antiguo Testamento es la historia del poder de Dios, el libro secreto de los mongoles es la historia del poder de Gengis Kan... También él obra, como Dios, mediante la muerte. Se sirve de ella con igual generosidad, y los que deja vivos él son menos aún. Pero también se distingue por un fuerte sentido de la familia, algo que a Dios, en su unicidad, le está vedado».

Cubierta: Noble caballero mongol. Pintura época Yüan.
Contracubierta: Gengis Kan en una cacería con halcones (detalle). Pintura época Yüan.

José Manuel Álvarez Flórez es autor de *Autoejecución y suelta de animales internos* (Madrid, Júcar/Azanca, 1975) y de *Girar de Anarcos* (Barcelona, Muchnik, 1981). Ha traducido obras de E. A. Poe, S. Lewis, T. Williams, Geza Vermes, W. Faulkner, D. Barthelme, J. Updike, K. Vonnegut, T. Capote, J. Kerouac, W. Burroughs, H. Thompson, T. Wolfe, Ch. Bukowski, E. Wharton, E. M. Forster, I. Murdoch, J. K. Toole, y un largo etcétera. Es también autor de una versión de *El libro egipcio de los muertos.*

En la actualidad prepara, con Éamon Butterfield, una versión libre del *Tain* y otros textos relacionados del ciclo del Ulster.

© de la versión y la introducción
1985 by Muchnik Editores,
Ronda General Mitre, 162, 08006 Barcelona

Cubierta: Mario Muchnik

ISBN: 84-85501-68-3
Depósito legal: B. 7.780 - 1985

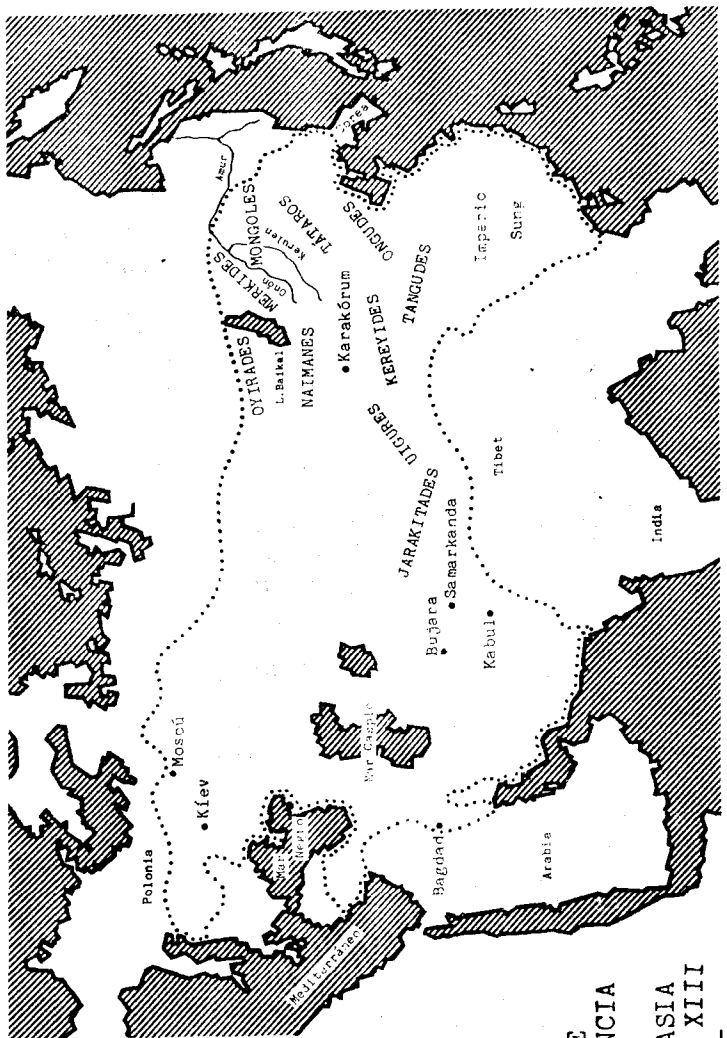
Impreso en España - Printed in Spain

DOS PALABRAS DEL EDITOR

En 1977, habiendo editado – y por consiguiente leído repetidamente – Masa y poder, *de Elías Canetti, me llamó la atención la referencia del autor a una historia secreta de los mongoles. Su teoría de la orden y la obediencia, que gira en torno a la metáfora del aguijón, hallaba revelador ejemplo en una obra evidentemente capital, importante como un clásico, y totalmente ausente de las librerías europeas. Más tarde, leyendo* La provincia del hombre, *del mismo Canetti, comprendí que* El libro secreto de los mongoles *había sido para él no sólo un ejemplo, sino una profunda influencia en su análisis del poder.*

Desde entonces he querido editar este viejo texto. Ahora está hecho, gracias a la meticulosa, respetuosa y creativa labor de Álvarez Flórez. Su lectura, enriquecedora no exclusivamente por lo que aporta a nuestros vagos conocimientos de la historia medieval de Asia central, sino por su singular poesía y acopio de aventuras, requiere el mismo estado de ánimo y el mismo esfuerzo que la lectura de grandes obras como Gilgamesh, la Odisea o la Biblia. Y como en estas últimas, la extraordinaria densidad de información del texto hace que ulteriores lecturas revelen nuevos aspectos, nuevas situaciones, nuevos contenidos, insospechados a la primera lectura. La razón de estas pocas líneas no es sino ésa: la de incitar al lector a leer, pero sobre todo a releer la obra, quizás inagotable, del oscuro escriba mongol designado por el mismo Gengis Kan.

M. M.



LÍMITES DE LA INFLUENCIA MONGOL EN LA EURASIA DEL SIGLO XIII

INTRODUCCIÓN

El libro secreto de los mongoles nos narra los orígenes de Gengis Kan desde los principios remotos del pasado totémico. Desde que un lobo azul marcado por el cielo casó con una corza y cruzaron los dos las aguas grandes y bajo el monte santo engendraron la primera simiente. Y nos lleva, por la simiente de la simiente, hasta que surge en ella un personaje decisivo en la historia del mundo, hasta que surge de ella el creador de un gran imperio, el mayor de la historia.

Pero la narración se hace desde dentro, *El libro secreto* no es un libro destinado a explicar al mundo exterior el origen y la formación del imperio, sino una crónica destinada a los miembros de la aristocracia, quizás exclusivamente al estrecho círculo de la familia imperial. Debido a ello se dan muchas cosas por supuestas. El propósito de este prólogo es esbozar, en la medida de lo posible, en un breve espacio, el marco en que se desarrollan los acontecimientos que describe [illegible], centrándonos especialmente en su [illegible], Gengis Kan, y en su fulgurante ascen[illegible] escenario histórico.

Este personaje, al que aún se rendía culto en el norte de China en este siglo, en la región de Ordos y que en la Mongolia comunista obliga aún a los ideólogos del Estado a combatir el culto a su «personalidad», que siguió presente durante siglos en el pensamiento de los nómadas desde el norte de China hasta el sur de Rusia, no tuvo unos orígenes personales demasiado felices y encumbrados. No inició, en realidad, la conquista del gigantesco imperio que le hizo famoso hasta después de los cincuenta años, asentado

Pero la narración se hace desde dentro. *El libro secreto* no es un libro destinado a explicar al mundo exterior el origen y la formación del imperio, sino una crónica destinada a los miembros de la aristocracia quizás exclusivamente al estrecho círculo de la familia imperial. Debido a ello se dan muchas cosas por supuestas. El propósito de este prólogo es esbozar en la medida de lo posible, en un breve espacio, el marco en que se desarrollan los acontecimientos que describe [illegible], centrándonos especialmente en su [illegible] principal, Gengis Kan, y en su fragrante escenario histórico.

Este personaje, al que aún se rendía culto en el norte de China en este siglo, en la región de Ordos y que en la Mongolia comunista obliga aún a los ideólogos del Estado a combatir el culto a su «personalidad», que siguió presente durante siglos en el pensamiento de los nómadas desde el norte de China hasta el sur de Rusia, no tuvo unos orígenes personales demasiado felices y encumbrados. No inició, en realidad, la conquista del gigantesco imperio que le hizo famoso hasta después de los cincuenta años, asentado

ya en la madurez augusta de gran jefe de «todos los que viven en tiendas de fieltro», allá por principios del siglo XIII.

Los mongoles

Los mongoles no aparecen en la historia con este nombre hasta los tiempos de Gengis Kan. Son, en principio, un pequeño grupo de tribus emparentadas pero desunidas del fluctuante mosaico de pueblos nómadas que se extendía por la estepa desde Manchuria hasta Ucrania y las llanuras del Danubio. «Jamás tienen una residencia fija, e ignoran cuál será la del futuro. Se reparten la Escitia, que se extiende desde el Danubio hasta el sol naciente», dice un viajero que visitó Mongolia unas décadas después de la muerte de Gengis Kan.

Los mongoles recorrían, cazando y pastoreando, un territorio situado cerca de la orilla oriental del Lago Baikal, entre los ríos Onón y Kerulen, con los bosques de la Siberia al norte, las montañas de la Manchuria al este, el desierto de Gobi al sur y, más al sur, las ricas tierras agrícolas de la civilización sedentaria más adelantada del período, la civilización china.

De entre los pueblos nómadas que gravitaban sobre el mundo sedentario del sur, manteniendo con él unas relaciones de paz y guerra intermitentes, no eran los mongoles, en modo alguno, los más poderosos. No tenían contacto directo ni con las poblaciones sedentarias y urbanas del sur ni con las rutas de comercio. Eran nómadas puros. Los separaban del mundo sedentario formaciones políticas de carácter intermedio, mixto, agrícola y pastoril, que eran las que poseían contacto directo con las rutas comerciales. La organización social de estos nómadas puros era tal que no exigía ni la escritura ni la circulación del dinero. Esta simplicidad de medios no implica que careciesen de una tradición evolucionada. Eran herederos de una

larga historia y miraban a los pueblos del sur con un sentimiento de superioridad. Su vida, aunque más dura, era más libre y había un aspecto al menos en el que la sociedad nómada era superior a la sedentaria. Era, además, un aspecto importante: el militar. La dureza de la vida nómada, el uso continuo del caballo preparaban al nómada para la guerra. «Mi alma es mi espada. Mi alma es una flecha de oro.» Su estrato mítico era el mundo heroico. Su dios, un «dios ocioso» del cielo cuya esencia es la soberanía. Periódicamente, causas diversas propiciaban la formación de federaciones entre los nómadas que se lanzaban sobre el mundo urbano y sedentario del sur. Si se unían en número bastante, su superioridad militar innegable sobre los sedentarios hasta la invención de la pólvora les permitía vencerlos fácilmente. Pero una vez vencidos, los nómadas, si querían seguir manteniendo su régimen de vida tradicional, habían de regresar a sus pastos. En el sur no podían pastar sus grandes rebaños, no podían seguir con su vida nómada. Su cultura era incompatible con la complejidad mayor del mundo agrícola y urbano. El imperio conquistado a caballo no podía regirse desde la silla de montar. Los vencidos asimilaban indefectiblemente a los vencedores.

Este esquema se ha repetido implacablemente a lo largo de la historia. Y esta incompatibilidad cultural básica entre la cultura y la estructura social de nómadas y sedentarios, que no impedía una relación entre ellos en tiempo de paz y una cierta complementariedad de sus economías, determinaba una solidaridad que trascendía raza, lengua y religión. Gengis Kan supo conjurar esa solidaridad nómada con mucha más fortuna y trascendencia que sus numerosos antecesores y sucesores. Él supo verdaderamente unir a todos los que vivían en tiendas de fieltro, separados «de los que viven en casas con puertas de tablas». Pero, pese a su grandeza, su imperio corrió la misma suerte que todos los imperios de los nómadas, se extinguió, pereció también a manos del vencido.

La vida de los nómadas

Los nómadas viven por las estepas de unos pastos a otros, por un territorio extenso que recorren con sus rebaños, sus carros y sus tiendas. Contamos con el testimonio de dos viajeros medievales que vivieron con ellos un tiempo, Juan del Plano Carpino y Guillermo de Rubruk. Estos dos viajeros visitaron Mongolia unas décadas después de que muriese Gengis Kan. El país había experimentado, claro está, cambios trascendentales. Los mongoles, poco antes unas tribus nómadas insignificantes, habían pasado a ser amos de medio mundo. Aun a riesgo de caer en lo anecdótico y hecha la salvedad de ese cambio colosal de fortuna, recurriremos al testimonio de estos viajeros para acercar un poco a nosotros el mundo de los mongoles.

Fray Guillermo de Rubruk, uno de los viajeros, nos dice que cada «capitán», según tenga más o menos hombres a su mando, dispone de un territorio en el que va con sus rebaños de unos pastos a otros. «Construyen sobre ruedas la casa en la que duermen. Está hecha de junquillos entrelazados que convergen en la parte superior en un pequeño orificio redondo, de donde se eleva un cuello parecido a una chimenea. La recubren con fieltro blanco y suelen untar este fieltro con tierra blanca y polvo de huesos, para que la blancura sea más visible y deslumbrante.» Dice que eran tan grandes que una vez contó veintidós bueyes arrastrando un carro que llevaba una casa de éstas, «once en una sola fila, en el sentido de la anchura del carro, y los otros once delante de éstos. El eje del carro era tan grande como el mástil de un navío, y había un solo hombre ante la puerta de la casa para dirigir a los bueyes».

Juan del Plano Carpino, el otro viajero, nos describe así el país: «Es muy montañoso en muchas partes y en otras posee llanuras, pero, casi en todas partes, está lleno de tierras de hierbas y a menudo arenosas. No abundan los bosques y han de usar como combustible el excremento seco del ganado. La tierra no es

fértil más que en su centésima parte y no da frutos más que donde es regada por el agua de los riachuelos; pero hay pocos y los ríos son raros, de donde viene que no se encuentren pueblos ni ciudades». Del clima nos dice: «El aire es extremadamente desigual. Así, en pleno verano, cuando en las otras regiones el sol da su máximo calor, estallan allí violentas tempestades, y, a veces, los rayos matan a un gran número de hombres. En la misma época caen también abundantes nevadas. También soplan vientos muy fríos y se producen tales tempestades que a duras penas y con grandes esfuerzos pueden los hombres cabalgar. Tal es así que, a veces, cuando estábamos en la horda (que así llaman donde están el emperador y sus príncipes), teníamos que echarnos al suelo por la fuerza del viento y no se veía nada del polvo. No llueve nunca en invierno, pero sí en verano, y con harta frecuencia (mas tan poco que apenas llega a humedecer el polvo y las raíces de las hierbas). Caen a menudo fuertes granizadas. En la época en que fue elegido y coronado el emperador, mientras estábamos en la corte, cayó tamaña granizada que al fundirse rápidamente, según nos informaron, murieron ahogados más de ciento sesenta hombres de la corte y el agua se llevó un gran número de viviendas. También en verano hay grandes calores súbitos y, de repente, un gran frío... Para abreviar, concluiremos respecto a este país, que es muy grande, pero que, sin embargo, tal como lo hemos visto con nuestros propios ojos, después de haber circulado durante cinco meses y medio por él, es tan miserable que no se sabría explicar».

Los mongoles tenían ovejas, cabras, camellos, vacas, caballos. El ganado les proporcionaba carne, lana, pieles, cuero, leche, era medio de sustento y de intercambio con los sedentarios. Las vacas las ordeñaban las mujeres, las yeguas los hombres. Rubruk nos cuenta que en sus «casas», cerca del lado de la puerta, donde estaban las mujeres, había una imagen con una ubre de vaca, que era el símbolo de las ordeñadoras, y en el lado de los hombres había otra imagen con la ubre de una yegua, símbolo de los ordeñadores. El

caballo, el animal que confería la superioridad militar, correspondía a los hombres. La leche de yegua servía para fabricar la bebida embriagante de los nómadas, el kumis, al que Rubruk llama «cosmos». Nos explica minuciosamente cómo se prepara: «Tienden una larga cuerda sobre el suelo, entre dos postes hincados en la tierra, y atan a esta cuerda, durante unas tres horas, a los potros de las yeguas que quieren ordeñar. Llevan entonces a las madres cerca de sus potros y éstas se dejan ordeñar apaciblemente; y si una de ellas se muestra rebelde, un hombre toma un potro y le permite mamar un poco, retirándolo luego, y entonces el ordeñador lo reemplaza. Cuando han recogido una gran cantidad de esta leche, que es tan dulce como la de vaca, sobre todo cuando es fresca, la vierten sobre un gran pellejo o en otro recipiente y empiezan a batirla... En cuanto la baten, comienza a hervir como el vino nuevo, a agriarse o a fermentar, y continúan batiendo hasta sacar de ella la mantequilla. Entonces la prueban, y en cuanto está un poco picante, se la beben: En efecto, pica en la lengua como el vino de uva desgranada, y cuando se cesa de beberla deja en la lengua un sabor a leche de almendras. Proporciona a los hombres mucha alegría interior, e incluso embriaga las cabezas poco sólidas; hace también orinar mucho.

«También hacen caracosmos, que es cosmos negro, para el uso de los grandes señores. Para esto, es necesaria leche de yegua que no esté cuajada. En efecto, lo normal es que la leche no se cuaje si el animal no tiene un feto en el vientre... Baten, pues, la leche hasta que todo lo que tiene de más sólido quede depositado en el fondo, como ocurre con la hez del vino, y lo que tiene de puro queda encima y parece suero o mosto blanco. El poso, que es también muy blanco, se da a los servidores y hace dormir mucho. Los amos beben la parte clara, y es cierto que es una bebida muy agradable y de excelente efecto.»

De la leche de las vacas sacaban la mantequilla, que cocían luego y ponían a secar en odres y pellejos de cordero. «Lo que queda de la leche, después de

sacar la mantequilla, lo dejan agriar todo lo más posible, y la hacen hervir hasta que se cuaja, y, cuando está cuajada, la ponen a secar al sol y se endurece como la escoria de hierro; después la guardan en sacos para el invierno. Cuando llega el invierno y les falta la leche, colocan esta mantequilla coagulada en un recipiente al que llaman *griut*; vierten encima agua caliente y la baten fuertemente hasta que se convierte en líquido y pierde toda su acritud. Y beben este líquido en vez de leche. Se guardan, por encima de todo, de beber agua pura.» Probablemente fuese esta especie de leche en polvo el cuajo que Yelme lleva a Gengis Kan herido para que beba. «En verano no beben más que cosmos. Siempre hay cosmos cerca de la tienda, ante la puerta de entrada, y a su lado hay un músico con un laúd pequeño... y cuando el amo empieza a beber, uno de los mayordomos grita: "¡Ja!" y entonces el del laúd toca su instrumento; y cuando hacen una gran fiesta baten palmas y bailan al son del laúd, los hombres ante el amo y las mujeres ante el ama; y cuando han bebido, el mayordomo grita de nuevo y el músico del laúd deja de tocar. Entonces, todos los hombres y mujeres beben por turno, y algunas veces beben en exceso, ávidamente y sin medida.»

Respecto a la comida, no nos menciona Rubruk verdura alguna, sólo carne de sus ganados y de la caza. «Comen indistintamente todos sus animales muertos, ya que entre tanto ganado y tantos rebaños forzosamente tienen que morir muchos animales.» Añade, sin embargo, que en verano, si tienen cosmos o leche de yegua, no quieren otra cosa. Si mueren animales en ese período, ponen la carne a secar y la reservan para el invierno. «Con la carne de un solo cordero, dan de comer a cincuenta y hasta a cien hombres, ya que la cortan en trocitos muy pequeños y la colocan en un caldero con agua y sal: No hacen otro tipo de salsa.» Los principales, dice, y téngase presente que es ya la época del imperio, tienen sus granjas al sur, de donde sacan el mijo y la harina para el invierno. Los pobres se la procuran cambiándola

por corderos y pieles. «Los esclavos se llenan el estómago de agua grasa y se contentan con ello.»

La mujer ocupa en la sociedad nómada una posición de mayor poder y libertad que en los pueblos sedentarios. Esta condición no varió sensiblemente después de la conversión de muchos nómadas a la religión musulmana, contrastando su libertad de movimientos y de costumbres con la condición de las mujeres sometidas al velo. Había una fraternidad más libre entre los sexos. Ni la pérdida de la virginidad antes del matrimonio, ni el adulterio, se castigaban entre los nómadas con el rigor que exigía la ley musulmana. Por encima de la religión, la vida nómada imponía sus leyes. En la existencia dura del nómada no cabía la posibilidad de aislar excesivamente a la mujer. Su libertad de movimientos era indispensable. La vida nómada exigía también de ella espíritu de iniciativa, intrepidez, resolución, vigor.

Las mujeres no sólo ordeñaban, también hacían carros. «Las mujeres – dice Rubruk – construyen para ellas carros bellísimos, sólo pintándolos podría describíroslos, y lo haría si supiera pintar.» Además de hacer carros, los conducían, cargaban las tiendas en ellos y las plantaban, tejían el fieltro. Hacían la mantequilla, preparaban las pieles, las cosían con hilos que hacían con los tendones de los animales. Nunca lavaban sus vestidos, decían que hacerlo era ofender a Dios, que eso espantaba la fortuna, y castigaban a quien lo hacía. Los hombres hacían arcos, flechas, bocados, bridas, sillas de montar. Hacían carros y tiendas. Guardaban los caballos y ordeñaban las yeguas. Preparaban el kumis, hacían los recipientes en que se batía y se guardaba. Cazaban. Guerreaban. Pero las mujeres compartían muchas de esas tareas, cuidaban el ganado, cuidaban el campamento cuando los hombres se ausentaban, y eran tan diestras a caballo como ellos.

Los nómadas practicaban la poligamia. Poseer muchas mujeres era símbolo y medio de poder y de riqueza. La primera esposa tenía derechos especiales, eran sus hijos quienes heredaban el patrimonio. Aparte del robo y rapto de mujeres, de los que hay ejemplos

en *El libro secreto*, la boda se acordaba y se formalizaba con un intercambio de regalos. Todas las tribus practicaban, en grado mayor o menor, la exogamia, que era un medio de establecer vínculos entre los grupos nómadas. También de ella, vista desde dentro, tenemos ejemplos en *El libro secreto*. «Observan – nos dice Rubruk – el primero y segundo grado de consanguinidad, pero ninguno de afinidad, pudiendo así desposar uno al mismo tiempo, o sucesivamente, dos hermanas.» Las viudas no volvían a casarse. Creían que después de la muerte todas las mujeres volvían con el primer marido. «De aquí viene esta vergonzosa costumbre de que el hijo despose algunas veces a todas las mujeres de su padre excepto a su propia madre.» Le pertenecían con la familia paterna. El hijo es la misma semilla y no se consideraba deshonroso que tomase a sus segundas madres, siempre que no se las disputase luego a su padre en el otro mundo. Este hijo que hereda la familia del padre es siempre «el hijo más pequeño». La costumbre era que el hijo mayor recibiese el territorio más alejado de la zona de pastos originaria (es decir, el territorio de frontera, más peligroso, por tanto), reservándose la zona originaria, junto con las posesiones del padre, a la viuda y al hijo menor, al que se llamaba el odchiguín, término que suele traducirse como «príncipe del hogar» o «del fuego doméstico». Vemos también ejemplo de ello en *El libro secreto*.

Pero padre, madre y hermanos mayores y pequeños, son términos que tienen un sentido distinto en aquel mundo, no equivalen a una realidad como la de la familia monógama del mundo sedentario, no implican las mismas lealtades ni los mismos vínculos. La poligamia establece dentro del grupo familiar vinculaciones ligadas a las diversas madres y las graduaciones en las relaciones de hermandad y la abundancia de hermanos de condición diversa determinan una visión distinta del padre y su papel. Hay un proverbio nómada que recoge un viajero francés del siglo pasado, que aunque tenga quizás un tono de exageración irónica, resulta indicativo de estas diferencias. Dice así: «Si

los bandidos atacan el campamento de tu padre únete a ellos y pide tu parte del botín».

La sociedad nómada no constituía, por otra parte, un cuerpo social igualitario, era un sistema aristocrático, en el que el principio de autoridad lo encarnaba un solo individuo. Es significativo el desprecio con que Bodonkar habla de aquellos que no sabían distinguir «la cabeza del rabo»; «son todos iguales», le dice a su hermano mayor, y le propone atacarles y despojarles. En las tribus del norte, de los bosques, donde la caza desempeña un papel mucho más importante que la guerra y la cría de ganado, la figura del chamán era el elemento capital de la tribu. Pero en la estepa, aunque el chamán exista, el elemento básico del grupo es el kan, que es quien encarna el principio de la soberanía. En la estepa hay una secularización muy acusada de la vida social, presidida ante todo por ese principio.

Fue ese principio de la soberanía, al que Gengis Kan se mantuvo siempre fiel, el que le permitió conseguir la unión más que de todos «los que viven en tiendas de fieltro», de todos los que mandaban en ellas. Por debajo del kan y de los hermanos mayores y pequeños y de los príncipes de los diversos clanes, estaban los siervos y criados, en su mayoría prisioneros de guerra los primeros y niños abandonados y recogidos a los que los príncipes dejaban «vivir en sus tiendas», a los que «criaban». Hay múltiples referencias a ellos en *El libro secreto*. Y así, junto a la solidaridad familiar de los lazos de sangre, había otra solidaridad de condición o clase entre los propietarios de ganado y vínculos e instituciones entre ellos que la propiciaban y mantenían. Se llaman entre sí, aunque sean enemigos, compañeros. La guerra es cosa suya. Esa solidaridad no se expresa tanto en la fidelidad a un caudillo como en poner sobre las fidelidades personales la fidelidad al gran principio, al principio de la autoridad y la palabra dada, de la soberanía, que es el que mantiene en pie la sociedad nómada, que es el verdadero pilar de la tienda. Al que traiciona ese principio, a aquel que alza la mano contra su señor, aunque

sea para entregártelo a ti porque es tu enemigo, has de matarle. Esa es la ley del Cielo Eterno. Al elegido del Cielo, al jefe del rebaño, hay que acatarlo, y una vez acatado su mando, hay que serle fiel hasta la muerte. Tenemos también ejemplos de esto en *El libro secreto*.

Gengis Kan defenderá ante todo la supremacía de la autoridad de una aristocracia que rige una pirámide social bien definida, con el kan y los príncipes en la cúspide y una base de criados y siervos. Aun así, dado el carácter de la vida nómada, la movilidad social debía ser mucho mayor que en el occidente europeo de la época y, en general, que en todas las sociedades sedentarias, así como la convivencia entre las clases. Por otra parte, criados y esclavos no podían constituir un grupo demasiado numeroso cuyo control pudiera resultar difícil.

Durante el siglo XII se produce, al parecer, entre los nómadas de Mongolia, un nuevo modo de relación social. Los grandes clanes se fragmentan en otros más pequeños y surge una especie de «feudalismo nómada». Esa desintegración de los grandes clanes aumentó el número de miembros de la capa dirigente, la aristocracia de la estepa. Este aumento quizá fuese la causa de las turbulencias y luchas constantes del período de la niñez de Gengis Kan. Y debió ser también lo que hizo necesaria una unión general para emprender la gran obra de la conquista del imperio. Sólo una empresa guerrera exterior podía mantener unidos y ocupados y en paz entre sí a tantos príncipes.

Temujin

Pasemos ahora a hablar de la vida y los hechos del personaje central de la historia. Gengis Kan, cuando llegó al mundo, no se llamaba Gengis. Su padre Yesuguei Bagatur, Yesuguei el Valiente, le puso por nom-

bre Temujin, el nombre de un enemigo al que había tomado cautivo en la guerra, un caudillo tátaro. Nació Temujin «con un grumo de sangre grande como una taba encerrado en el puño derecho». Terrible presagio. A los ocho años se quedó huérfano. Los tátaros envenenaron a su padre en una fiesta. Temujin, a quien su padre había dejado con Dei el Sabio, a cuya hija Borte le había prometido en matrimonio, ha de volver rápidamente con los suyos para hacerse cargo de ellos como hermano mayor. Pero el resto de las familias que componen la tribu deciden abandonarles, son viudas y niños pequeños que no pueden valerse, que constituyen una carga. «Las aguas hondas ya secaron, ya se hizo pedazos la piedra brillante.» Temujin y los suyos conocen pronto la dureza implacable de la pobreza nómada. Las viudas y los hijos dirigidos por madre Joguelun han de retroceder a la etapa recolectora, han de vivir de bayas y raíces y hierbas, hasta que los hijos crezcan lo suficiente para poder cazar y pescar y defender el ganado y el campamento. Pero los parientes que les abandonaron, no les olvidan. Vuelven cuando piensan que «los que mamaban ya deben tener dientes». Temen a Temujin, al que cuando nació «le ardía la mirada, le brillaba la cara», que es, pese a su mísera condición presente, hijo primero de Yesuguei Bagatur y tiene por ello derechos hereditarios, posibilidades de establecer lazos y alianzas, y que puede acabar siendo un rival peligroso. Le cogen cautivo. Pero Temujin está marcado por el Cielo, escapa al cautiverio, vuelve con los suyos.

Pronto empieza a establecer alianzas y vínculos, pronto inicia la carrera que le llevará a regir a todos los mongoles y a todos los nómadas. Reclama a la doncella a la que le prometiera su padre de niño. Casado ya, se hace hijo adoptivo de Togoril Kan de los kereyides. Se pone bajo su protección.

Togoril Kan

Los kereyides eran muy poderosos. Tenían más contactos directos con el mundo exterior. Por su territorio pasaba la ruta de la seda. Había entre ellos muchos cristianos nestorianos. Los cruzados llegaron a identificar a Togoril Kan con el preste Juan, el príncipe cristiano que combatía a los musulmanes por la retaguardia. La alianza que Temujin estableció con él pronto engendró recelos y descompuso el inestable equilibrio de fuerzas que permitía la coexistencia de las diversas tribus. En especial, después de que atacan juntos y derrotan a los tátaros, a los que perseguían las tropas del Altán Kan de los kitades, de los que más adelante hablaremos. Estos recelos se convierten pronto en una conjura para atacar a los dos aliados y luego en maniobras destinadas a dividirles que se ven al fin coronadas por el éxito. Temujin, traicionado por Togoril, por su padre adoptivo, lucha contra él, le derrota y se apodera de su gente y de su territorio. Es ya poderoso dentro del mundo de la estepa. Demasiado. Se hace inevitable un enfrentamiento con los naimanes.

Los naimanes

Los territorios de los naimanes habían formado parte del imperio uigur, un reino formado por un pueblo de origen turco que había sido destruido por los nómadas como poder militar y político, pero que, fragmentado, persistía culturalmente. Este antiguo reino contaba con una tradición escrita, reflejo de los diversos mundos que convivían en él: el maniqueísmo, el nestorianismo, el budismo. Los naimanes fueron los primeros mongoles que utilizaron la escritura, una escritura basada en el alfabeto uigur, que sería el utilizado luego por la burocracia del imperio. Gengis Kan sometió a los

naimanes. Luego sometió a los merkides y al resto de las tribus de lo que después sería Mongolia y las unió en una confederación bajo su mando.

La Gran Asamblea de 1206

«En el año del tigre –dice *El libro secreto de los mongoles*–, juntáronse todos donde nace el Onón, alzaron el blanco estandarte de las nueve colas, hicieron a Gengis Kan kan de todos, señor de la nación.» Así llegó a regir a «todos los que viven en tiendas de fieltro, separados de los que tienen puertas de tablas». Gengis Kan tenía ya más de cincuenta años. Era el jefe de una confederación de nómadas que no había salido jamás de la estepa, no conocía directamente el mundo sedentario. La estructura de la confederación que había creado era claramente feudal, con la familia del Gran Kan en la cima. Impuso una disciplina militar estricta en el ejército. Entre el 1206 y 1209 sometió a los oyirades, se le someten luego los uigures. La confederación abarca ya todas las tribus de un vasto territorio. Pero para mantener la cohesión de la confederación creada, para que tenga sentido, es preciso que la guerra siga, que deje la estepa y se derrame sobre los pueblos sedentarios del sur. Tres son las direcciones principales de esta expansión, que completarán los descendientes de Gengis Kan. Hacia Occidente, siguiendo las estepas hasta cruzar el Ural y el Volga, el sur de una Rusia aún en formación; hacia el suroeste la antigua Transoxiana, el territorio situado entre los ríos Amú-Daria y Sir-Daria, y más allá Persia, Bagdad, el Medio Oriente a un lado, al otro el Beluchistán hasta el Indo. Al sudeste, China.

Inmediatamente al sur de la gran confederación creada por Gengis Kan se alza la Meseta del Tibet, una barrera infranqueable. En el Tibet había surgido en

siglos anteriores una monarquía con base en las ciudades del sur que, utilizando como elemento integrador el budismo, había logrado estructurar un poderoso estado de gran fuerza expansiva. Pero pronto se produce en el país una reacción de la aristocracia, basada en la defensa de la religión de Bon, primitiva, que destruye el estado central unificado y persigue al budismo. Consecuencia de esta fragmentación es una especie de «edad media» tibetana en la que se impondrá lentamente como estructura vinculante el clero budista que acaba integrando en su doctrina a la religión de Bon, creando una forma de budismo peculiar tibetano, el lamaísmo, que acabará siendo, siglos después, la religión de los mongoles.

Los tangudes

En el nordeste del Tibet alrededor del Lago Azul, hay pastos suficientes para sostener una economía nómada, y había allí nómadas muy semejantes a los mongoles. Ellos habían sido un elemento básico de la expansión del reino tibetano. Al producirse el desmembramiento del Estado sedentario del sur, estos nómadas del norte, budistas ardientes, se pusieron en marcha por su cuenta y crearon un reino en el norte de China. A este reino le llamaban los chinos Hsi-Hsia o Reino del Oeste. Era un régimen mixto, pastoril y agrícola, que dominaba además el Corredor de Kansú, importante tramo de la ruta de la seda. Los mongoles llamaban a estos nómadas tibetanos tangudes. Ellos fueron el primer objetivo que eligió Gengis Kan al sur del desierto de Gobi. Invadió su territorio, cercó su capital y, aunque no la tomó, hizo capitular a los tangudes. Les hizo someterse.

Los kitades

También China pasaba por una especie de «edad media». Se hallaba fragmentada en tres reinos. Sólo en el sur se mantenía en pie, libre, la estructura social y cultural de la vieja China, con el imperio Sung. En el norte, existía otro régimen mixto, pastoril y agrícola, además del de los tangudes, más rico y poderoso que éste: el de los kitades, con capital en Pequín.

Este reino, para mongoles y rusos y para el resto de los europeos a través de los escritos de Marco Polo e incluso para los musulmanes pasó a dar nombre a toda China: Catai, Kitai, país de los kitades.

Estos dos estados del norte eran básicamente un mundo chino de agricultores, artesanos y comerciantes dominados por una minoría guerrera nómada invasora. Esta minoría nómada dominadora procedía, en el caso del reino kitade, de Manchuria. El lema de la dinastía que crearon los kitades era el nombre de un río de su tierra manchú, Liao. Pero los kitades habían sido invadidos y dominados a su vez por otra confederación de tribus procedente también de la Manchuria: Los yurkines, cosa que en *El libro secreto* parece ignorarse. Estos yurkines controlaban, en la época de Gengis Kan, sin embargo, a los kitades, más chinificados, y a la población sedentaria, con los ojos puestos en el sur y en el imperio Sung y su conquista, sin sospechar la avalancha que se preparaba por el norte, al otro lado del desierto de Gobi. El lema de la dinastía creada por los yurkines era el de otro río de su Manchuria natal cuyo nombre significaba oro, por eso los mongoles llamaban a su emperador Altán Kan, o emperador oro. Ese era el Altán Kan cuyo general había premiado a Temujin y a Togoril Kan con títulos honoríficos por ayudarle a derrotar a los tátaros.

Para atacar al Altán Kan, contó Gengis con la ayuda de los ongudes, que vivían cerca de la frontera china y eran, en su mayoría, cristianos nestorianos, como los kereyides, y con la de los comerciantes de

la ruta de la seda, musulmanes sobre todo, interesados en que un solo poder impusiese un orden a lo largo de toda la ruta.

Gengis Kan invadió el norte de China, derrotó al Altán Kan, llegó ante las murallas de Pequín, la asedió. El Altán Kan capituló en seguida. Y Gengis Kan regresó a Mongolia con un cuantioso botín y con una princesa imperial como esposa. Era sólo una tregua. Gengis Kan pretendió luego enviar emisarios al emperador Sung del sur y el Altán Kan no les permitió pasar por sus tierras. Así, el «carro de hierro» se puso de nuevo en marcha. Yebe y Mujali toman Pequín en el 1215, se apoderan del tesoro de la dinastía.

Sin embargo, Gengis Kan no llegaría a tomar el norte de China, no llegaría a someterlo todo, moriría combatiendo de nuevo contra los tangudes. Sólo por su semilla, por su hijo, completó la conquista. Y hasta la semilla de su semilla, hasta su nieto Kublai Kan, no dominarían lo mongoles el imperio Sung del sur.

Los musulmanes

Las aguas hondas eran, con la piedra brillante, símbolos de la unión de los seres humanos bajo el gran principio. Cada familia unida era un agua profunda y una piedra brillante, y el clan y la tribu un agua aún más honda y una piedra brillante aún mayor. Dicen que Gengis Kan significa Emperador Océano. Ése fue su lema, el océano, el lugar donde todas las aguas desembocan, donde todas se juntan. Su semilla y su fuerza habrían de correr por todas las vertientes, sus aguas estaban destinadas a desbordar todos los cauces, marcadas por el Cielo Azul Eterno que todo lo abarca. Su lema no era el río de los nómadas manchúes creadores de reinos en la China del norte, no eran aguas las

suyas destinadas a seguir una dirección sola, sino a cubrirlo todo.

El «carro de hierro» llevará ahora a Gengis Kan hacia el oeste y hacia el sur, hacia los países musulmanes donde le aguarda una larga campaña de seis años. Invadirá en ella los dominios del Sha de Jorezm, cuyo reino llegaba en su frontera norte al Sir-Daria, y que se extendía por la mayor parte de lo que hoy son Irán y Afganistán y controlaba un gran sector de la ruta comercial que unía China y Oriente Medio. Gengis Kan le atacará precisamente en defensa de la seguridad de las rutas del comercio, en defensa de unos mercaderes musulmanes que volvían de Mongolia y que habían sido atacados y despojados por un gobernador del Sha de Jorezm. Gengis Kan envía embajadores pidiendo que se indemnice a los comerciantes y se castigue a los culpables. El Sha les hace ejecutar. Gengis Kan, tras una larga marcha, cruzando montañas y estepas, ayudado por sus aliados, por muchos musulmanes interesados también en asegurar el tránsito comercial pacífico, al margen de los credos, llega con su caballería mongol al Sir-Daria, lo cruza, toma Bujara, luego Samarkanda. Las ciudades van cayendo una tras otra. El ejército mongol se divide en varios cuerpos que van saqueando el territorio y avanzando hacia el sur y hacia el este, hasta llegar al Indo.

Tras una campaña de seis años, Gengis Kan, con más de sesenta, regresa a Mongolia. Pero no descansa. Nunca podrá bajarse ya del «carro de hierro». Los tangudes, que no sólo se habían negado a prestarle ayuda en la campaña contra los musulmanes sino que conspiran con kitades y yurkines, aún no sometidos del todo, para acabar con los mongoles, serán el próximo objetivo, la siguiente guerra. Gengis Kan morirá luchando contra ellos.

Ogodei Kan

El libro secreto de los mongoles no sólo abarca el período de Gengis Kan sino también el de su hijo y heredero Ogodei Kan. Él es quien asienta el dominio mongol en el norte de China. Sus generales cruzarán el Ural y el Volga y tomarán Kiev, invadirán Polonia, Hungría, llegarán hasta el Adriático, extenderán el imperio por el Oriente musulmán. El imperio necesita ya una estructura más compleja, el centro del poder se va alejando ya inevitablemente de la estepa. Ogodei construye en Mongolia una ciudad, Karakorun, como capital del imperio, en la que se forma una corte de funcionarios procedentes de todas las tierras que lo constituyen, persas, kitades, yurkines, chinos. Crea, además, un sistema de postas, manda construir pozos en las zonas más áridas. Durante su reinado, son perceptibles ya las tensiones que fragmentarán el gigantesco imperio. Aunque no hay ninguna referencia a su muerte en *El libro secreto,* es posible que la Gran Asamblea que está reunida y a la que se alude al final del libro, se celebrara para elegirle sucesor.

Según Juvaini, que escribió una crónica sobre la formación del imperio mongol, basándose en datos que le proporcionaron miembros de la familia imperial de la rama de los ilkánidas persas, Ogodei falleció víctima del alcohol. En *El libro secreto,* como verá el lector, hay una referencia a ello, en la confesión que hace el emperador de sus malas acciones. Debía ser un vicio familiar. También murió, según el mismo Juvaini, a causa de la bebida, Tolui, a su regreso de la campaña contra los kitades. Si tal versión de los hechos fuera cierta, la bellísima historia de su sacrificio que nos cuenta *El libro secreto,* cuando da su vida a cambio de la de su hermano el Kan para calmar a los espíritus airados de las tierras y ciudades chinas saqueadas, sería sólo una estilización alegórica de los hechos reales.

El libro secreto se escribió aproximadamente en la misma época en que viajaban por Mongolia Juan del

Plano y Guillermo de Rubruk. Quizás su autor fuese el mismo Sigui Jutuju a quien Gengis Kan encarga de las anotaciones en el «Libro Azul». Fue escrito en escritura uigur, modificada para adaptarla a la fonética mongola, que pasó a ser, como dijimos, la oficial del imperio, pero no ha llegado hasta nosotros ninguna versión de él en mongol.

El texto

La fuente concreta del texto es un manuscrito chino que formaba parte de una colección de documentos copiados durante la dinastía Ming, cuando los mongoles ya habían sido expulsados de China. En dicho manuscrito se transcribe el original mongol en caracteres chinos, interlineados con una glosa en chino, a la que se añadiría luego una versión abreviada, también en chino. Esta versión abreviada fue la que utilizó el primer europeo que hizo una versión del texto en una lengua occidental: un orientalista ruso, el archimandrita Palladius. Esta primera versión se publicó en 1866. A principios de siglo, se hicieron en China versiones más completas del manuscrito chino, acompañadas de la transcripción del original mongol en caracteres chinos, y de la glosa.

El texto, a partir de la versión china, ha sido traducido al ruso, al japonés, al alemán, al francés, al húngaro y al mongol moderno. En 1941, Erich Haenisch publicó la primera traducción directa al alemán, partiendo del antiguo mongol. En 1949, Paul Pelliot publicó la primera traducción directa al francés. Francis W. Cleaves publicó la primera traducción directa al inglés en 1982.

Metodología seguida en esta versión

Partimos para hacer esta adaptación de esta última versión directa al inglés de F. W. Cleaves, que, por ser la más reciente, aprovecha la experiencia de las versiones anteriores y añade nuevos elementos. El autor se propone en ella, según indica en el prefacio: «Una transcripción completa de las ideas de la obra original». En cuanto al lenguaje y el estilo, sigue como modelo la Biblia, la «Versión Autorizada» de 1611, a la que sigue también en la adición de palabras y frases que no aparecen en el texto original, pero que resultan necesarias, a su juicio, para hacerlo inteligible. Tales adiciones van entre corchetes. Las numerosas notas al pie, los corchetes, los períodos interminables, las construcciones sintácticas intrincadas, rompen el embrujo de la tensión poética del texto, destruyen su música, hacen que la lectura resulte ardua y dificultosa, un estudio, y vedan casi al lector no familiarizado ya con el texto y con el tema, el goce de éste. En 1984 salió a la luz, también en lengua inglesa, en San Francisco, Estados Unidos, una adaptación de *El libro secreto*, obra de Paul Kahn, basada principalmente en la versión de F. W. Cleaves. Esta adaptación nos resultó muy útil para lograr lo que no nos era posible con la versión de Cleaves: una lectura seguida de todo el texto. Hecha esta lectura, y con el texto de la adaptación como punto de apoyo, resultó ya mucho más fácil y placentera la lectura de la versión de Cleaves.

Para llegar a la versión castellana que damos al lector, seguimos, tras la doble lectura, este procedimiento: a) Traducir al castellano muy libremente la adaptación de Kahn; b) traducir al castellano muy literalmente la versión de Cleaves; y c) elaborar, a partir de estos dos textos castellanos, con el máximo distanciamiento de los textos ingleses, en cuanto a tono y estilo, un tercer texto es final.

El propósito de esta laboriosa tarea de doble traducción fue el de «sumergirnos» en el texto hasta sedimentar lentamente una versión propia, apoyada, ade-

más, por lecturas paralelas de testimonios y textos históricos relacionados. Esta tercera versión, es, pues, en parte, construcción e inspiración propia, interpretación literaria, ceñida en cuanto a «las ideas» a la literalidad de la versión de F. W. Cleaves, procurando excluir las ampliaciones explicativas entre corchetes y extraer al máximo el sentido de los elementos literales de la frase. No nos atuvimos al «estilo bíblico» más que donde nos pareció adecuado, como en las enumeraciones genealógicas y en algunas frases y giros. No hemos intentado tampoco remedar una lengua arcaica o un «castellano de época», ateniéndonos con un criterio ecléctico al uso de arcaísmos donde nos pareció adecuado y eludiéndolos cuando nos pareció que eran innecesarios y podrían sólo oscurecer el texto. Dando primacía más que al léxico al tono narrativo y a la tensión rítmica y al salto poético. No nos hemos atenido tampoco al sistema de puntuación de ninguna de las dos versiones inglesas, guiándonos por lo que nos pareció pedían el estilo y el tono que fue adquiriendo progresivamente el texto final. Tono y estilo que buscan, ante todo, reproducir y destacar lo que a nuestro juicio ha de ser elemento básico del original mongol: la proximidad del lenguaje oral, el carácter insólito y nuevo de lo escrito en la tradición cultural en la que el texto nace. Las repeticiones, fórmulas, preámbulos, son procedimientos típicos de la comunicación oral, necesarios para indicar al oyente cambios, saltos, transiciones, que en la lengua escrita se indican con signos de puntuación.

Otro problema es el de los versos que se incluyen en el texto. Aunque el original no contiene poemas diferenciados de la prosa, los traductores, guiándose por el cambio de tono y de ritmo de ésta, han seguido, en general, el criterio de transcribir como versos las partes del relato que adoptaban más claramente fórmulas de paralelismo y aliteración que caracterizan a la poesía mongola. En nuestra versión, hemos seguido en general, aunque no siempre, la regla de transcribir como verso lo que en la versión de Cleaves se da como tal.

Respecto a la transcripción de los nombres, hemos procurado adaptarlos en la medida de lo posible a la grafía castellana, respetando la habitual en aquellos términos en los que, aunque no se corresponda con el original, la han consagrado ya en nuestra lengua la tradición y el uso, como en el caso del nombre del propio Gengis Kan.

J. M. A. F.

Nota de agradecimiento

Quiero dejar constancia de mi deuda con Ángela Pérez, por su colaboración constante y sus consejos y sugerencias en todas las etapas del proceso de elaboración del texto; y con Mario Muchnik, de quien nació la idea de realizar esta versión, por facilitarme textos, información, consejos y sugerencias, y por su apoyo y aliento permanentes.

Quiero que conste también mi reconocimiento a los autores de las dos versiones inglesas ya mencionadas en la Introducción, que han sido instrumentos básicos para mi trabajo.

J. M. A. F.

Nota bibliográfica

Además de los textos ingleses mencionados en la Introducción, he utilizado varios libros como fuente de información. Citaré en primer lugar, *Los precursores de Marco Polo* de A. T'Serstevens (Barcelona, Aymá, traducido del francés por Carmen Alcalde y M.ª Rosa Prats, y con un interesante y extenso prólogo de Alberto del Castillo). De él proceden las citas de Juan del Plano Carpino y Guillermo de Robruk que figuran en la Introducción.

Me han sido también muy útiles dos tomos de la *Historia Universal Siglo XXI*: el n.º 16 (*Historia del Asia Central*, de Gavin Hambly) y el n.º 19 (*Historia del imperio chino*, de Herbert Franke y Rolf Trauzettel).

En cuanto al *Libro de las maravillas* de Marco Polo, he utilizado la edición de Anaya (versión, apéndice y notas de Mauro Armiño).

He utilizado también la *Geografía universal* (tomo II: *Asia*) de los hermanos Reclus (Valencia, Prometeo, traducción de don Vicente Blasco Ibáñez).

UNO

Éste es el origen de Gengis Kan

Hubo una vez un lobo azul que bajó del cielo.
Casó con una corza.
Y vinieron los dos,
pasaron las aguas inmensas,
acamparon donde nace el Onón, debajo del monte de Burjan Jaldún.
Así nació Batachiján.

De Batachiján, Tamacha. De Tamacha, Jorichar. De Jorichar, Auyam. De Auyam, Sali. De Sali, Yeke. De Yeke, Sem. De Sem, Jarchu. De Jarchu, Boryijidai, que casó con Mongolin la Bella. De ellos Torojolyin, que tuvo por mujer a Borogchin. Tuvo dos nobles potros, Dayir y Boro. Tuvo dos gemelos, Duúa y Dubún.

Duúa y Dubún

Nació Duúa con un ojo en medio de la frente con el que podía ver qué pasaba a tres días de distancia.

Y fue al monte de Burjan Jaldún con su hermano Dubún. Miró. Vio venir gente. Por el Tunguelig bajaban los carros. Dijo: En un carro negro de los que se acercan viene una noble joven. Si aún no está dada, para ti la pido, hermano mío.

Le mandó a verla.

Fue Dubún y la vio y era una joven noble, hermosa, honrada. Alan la Bella. No fuera dada a ningún hombre.

Alan la Bella

De Barjuyín la Bella, hija de Barjudai el Sagaz, señor del valle de Kol Barjuyín, que se la diera a Jorilartai el Sabio, señor de los jori tumades, naciera Alan.

Pero Jorilartai el Sabio no podía cazar ya en aquella tierra. Tierra abundante en martas y ardillas. Rompió con ellos. Tomó Jorilar por nombre de familia. Dijo: En los montes de Burjan Jaldún la caza es fácil y los pastos buenos.

Fue con los urianjais. Con Burjan Bosjagsan y Sinchi Bayán, señores de Burjan Jaldún, fue a acampar.

Así Duúa pidió, así Dubún tomó a Alan la Bella. Fue Alan con Dubún y tuvieron dos hijos: Bugunutei, Belgunutei.

El hermano mayor Duúa tuvo cuatro. Y después que murió, sus cuatro hijos dejaron de respetar la autoridad del tío, se separaron de él. Tomaron Dorben por nombre de familia.

Y fue Dubún a cazar a los montes de Tokosagui. Y encontró allí a un uriankad que matara un ciervo de tres años y estaba asando las costillas y las entrañas.

Y dijo Dubún: Dame la carne, compañero.

Y quedóse el otro medio pecho, los pulmones, la piel, y dio a Dubún el resto.

Y volvía Dubún con la carne y encontró un caminante. Llevaba un niño de la mano.

Y dijo Dubún: ¿De quién, de quiénes tú?

Dijo el otro: De los maalijs. Mi necesidad es grande. Dame algo de la carne que llevas y llévate a mi hijo.

Diole una pata entera. Llevó al niño con él a vivir a su tienda.

Los hijos de la madre Alan

Y, muerto Dubún, tuvo Alan la Bella, sin marido, tres hijos más: Bugu Jatagui, Bagatu, Bodonkar.

Y los dos hijos de Dubún hablaban entre ellos a espaldas de la madre. Decían: Esta madre nuestra sin deudos ni parientes ni marido, tuvo tres hijos más. En la tienda hay un hombre. De él son esos tres.

Y, por la primavera, puso Alan a cocer cecina de oveja, llamó a todos los hijos, les puso en fila y les dio una flecha a cada uno. Les dijo: Rompedla.

Era una sola flecha. ¿Cómo no iban a poder romperla? Los cinco la rompieron. Tiraron los pedazos.

Luego, tomó Alan cinco flechas, las puso todas juntas, las ató bien, se las dio al primero. Rómpelas, le dijo. Ni él ni ninguno fue a romperlas.

Y Alan dijo: Vosotros, mis dos hijos mayores, Belgunutei, Bugunutei, dudáis de mí, habláis entre vosotros, decís a mis espaldas: «Tuvo tres hijos más, ¿de

quién, de quiénes son?» Yo lo diré. Sabed que por las noches un hombre del color de la luz entraba por el agujero del techo de mi tienda. Se echaba sobre mí y me rozaba el vientre. Su luz me entraba dentro. Luego, salía corriendo como un perro de luz por los rayos del sol o de la luna. ¿Cómo podéis pensar mal de mí? ¿No veis que son hijos que vienen del cielo? ¿Cómo podéis pensar que son gente vil? Cuando sean príncipes, todos veréis, todos verán.

Luego dijo: Del mismo vientre nacisteis, hijos míos. Si vais de uno en uno como las primeras flechas que os di, fácil será partiros. Pero a cinco flechas unidas en un mismo destino, ¿quién las partirá?

Al poco, murió.

Bodonkar

Y sus hijos partieron el ganado, repartiéronlo todo entre todos. Pero a Bodonkar no le dieron su parte. Dijeron: No tiene juicio, no sabe lo que hace.

No le aceptaron como hermano.
Y él dijo: ¿Qué hago aquí?

Montó en el potro gris de crin y cola negras.
Con mataduras en la grupa.
Con la cola pelada.

Dijo:

Muera yo si él muere.
Viva yo si vive.

Bajó en él por el Onón abajo. Llegó a la isla de Baljún. Allí acampó. En una choza que hizo de ramas y yerbas.

Y estando allí, vio un halcón que cazara y devoraba un faisán negro. Y lo cazó con los pelos de la cola de aquel mismo caballo gris de crin y cola negras.

Con los pelos de la cola del caballo aquel
con mataduras en la grupa,
con la cola pelada,
cazó el halcón y lo adiestró.

Si no tenía qué comer, acechaba una presa cercada por los lobos en un despeñadero y la mataba.

Con el halcón comía. Con él compartía lo que los lobos le habían dado. Comiendo con su halcón pasó todo el invierno.

Y por la primavera, cuando empezaban ya a llegar los patos, dejó un tiempo sin comer al halcón y luego lo soltó.

Tantos patos y ánsares le trajo aquel halcón, que todo hedía allí a carne putrefacta.

Hedores
del árbol que se pudre.
Olor
del árbol que marchita.

Y bajaron unos de detrás del monte Tuyirén, por el Tunguelig.

Bodonkar soltaba el halcón y luego iba a verles, a beber leche de yegua fermentada. Pero volvía a dormir a su tienda de ramas y yerbas.

Si le hubiesen pedido el halcón, no se lo habría dado. Vivían cerca. No preguntaban a Bodonkar: ¿De quién, de quiénes tú? Y él no les preguntaba: ¿Quiénes sois?

Pero vivían aparte.

Y salió el hermano mayor Bugu a buscarle. Dijo: Por el Onón abajo fue él. Por allí voy yo.

Y explicó a los que vinieran de detrás del Tunguelig cómo era aquel hermano suyo, cómo era su caballo.

El hombre y el caballo son, dijeron. Tiene un halcón. Viene todos los días a beber kunús, pero luego se va. ¡Quién sabe dónde duerme! Sólo se sabe que cuando el viento viene del nordeste, las plumas y el plumón de los patos y ánsares que le caza el halcón se esparcen por el aire y vuelan y llegan hasta aquí como una ventisca. No está lejos. Hora es que venga. Aguarda.

Y aguardó Bugu allí sin desmontar.

Y vieron al poco venir un hombre y era Bodonkar.

Y el hermano mayor, luego de verle y de reconocerle, arreó a su caballo, abrió marcha, salió trotando Onón arriba.

Y Bodonkar salió tras él siguiéndole, diciéndole: Óyeme tú, mi hermano, mi hermano mayor, escúchame bien:

> El cuerpo necesita cabeza,
> el caballo, jinete.

Pero el hermano mayor no hacía caso y seguía.

Bodonkar volvió a decirle lo mismo otra vez sin que le contestara.

La tercera vez, el hermano mayor contestó. Dijo así: ¿Qué quieres decir?

Y dijo Bodonkar: Esos de ahí no distinguen lo grande de lo chico, lo bueno de lo malo, la cabeza del rabo. Son todos iguales. Son gente fácil. Vayamos contra ellos.

Y dijo el hermano mayor: Bien, si es así, ya lo hablaremos todos.

Hicieron junta. Hablaron. Dijeron: Vamos contra ellos. Mandaron delante a Bodonkar de espía.

Y cuando iba de espía, capturó Bodonkar una mujer encinta. Le dijo: ¿De quién, de quiénes tú? Y ella dijo: De los urianjais de los yarchigudes.

Todo se lo quitaron. Ganado, víveres, hombres, siervos, tiendas, campamento.

Y la mujer encinta se fue con Bodonkar y tuvo un hijo. Como era de un extraño, le pusieron de nombre Yayiradai, el extranjero.

Dél los yaradanes. Hijo dél, Tugudei.

De Tugudei, Buri. De Buri, Jara. De Jara, Yamuga. De ésos vienen los yaradanes.

Luego, la mujer dio otro hijo a Bodonkar. Como la capturara, llamole Bagaridai, el Capturado. De él los bagarines. De Bagaridai, Chidujul. Tuvo muchas mujeres. Le dieron hijos a montones. Tomaron por nombre bagarines, que significa «cautivos numerosos».

Cada hijo de Alan la Bella dio un linaje: Belgunutei, los belgunudes; Bugunutei, los bugunudes; Bugu Jatagui, los kataguines; Bugutu Salyi, los salyigudes; Bodonkar, los borchiguines, el linaje de Temujin.

Tuvo Bodonkar con la primera esposa que tomara, un hijo al que llamó Jabichí, Jabichí el Bravo.

De Jabichí el Bravo, Tumún el Numeroso, que tuvo siete hijos.

Jaidú

De Jachi, el primogénito, y de madre Nomolun, nació Jaidú, que fue el primero que mandó en todos los mongoles.

Jaidú tuvo tres hijos: Yinkor, Charajaí y Kauguín. De Yinkor, Tumbinaí. De Charajaí, Ambagai. Dél, los tayichigudes.

Tumbinaí tuvo dos hijos: Kabul Kan y Sem Sechule Bultechu.

Kabul Kan

Kabul Kan tuvo siete hijos: Okín, Bartán, Kutujtú, Jutula, Julán, Jadagán y Todoé.

De Okín, Sortajú. Dél, los yurkines.

Bartán tuvo cuatro hijos: Montejú, Nekún, Yesuguei, Daritai.

Kabul mandaba en todos los mongoles. Cuando murió Kabul, siguiendo sus órdenes, pese a tener siete hijos, mandaba en todos Ambagai.

Ambagai

Y Ambagai Kan dio una hija suya a los ayiriudes, tátaros que vivían por el Ursigún, entre el lago Budur y el lago Kolén. Y él mismo les llevó a su hija. Y cuando regresaba, los tátaros yuyines le cogieron cautivo para entregarle al Altán Kan de los kitades.

Cuando le cautivaron, mandó Ambagai por el mensajero Balagachi un mensaje. Mandó decir, dijo: Habla con Jutula, que es de los siete hijos de Kabul el mediano. De los diez hijos míos, habla con Jadagán. Así dirás:

Aprende de mi caso. No entregues tú a la hija cuando seas kan de todos, señor de la nación. Los tátaros me hicieron cautivo.

Hasta la raíz se gastarán
las uñas de vuestros cinco dedos;
hasta vuestros diez dedos
se gastarán
para vengarme.

Yesuguei y Joguelun

Por aquel tiempo, por entonces, iba Yesuguei cazando con su halcón por la ribera del Onón y vio a Yeke Chiledu, de los merkides, que había tomado una doncella. Iba con ella. Se alzó Yesuguei en el caballo. Miró bien. Vio una mujer bella como ninguna. Volvió al galope al campamento. Les siguió el rastro con Nekún, el hermano mayor; con Daritai, el hermano pequeño.

Chiledu les vio venir y sintió miedo. Tenía un caballo pardo muy veloz. Salió al galope, dejando el carro solo; bordeó una loma. Los tres le siguieron. Y cuando volvió rodeando la loma, la doncella habló y dijo: ¿Viste bien a esos tres? Son distintos de todos los demás. Tienen cara de querer tu vida. Si puedes conservarla, hay

doncellas que llevan las riendas
en todos los pescantes.
Mujeres,
en todo carro negro.

Si conservas la vida, encontrarás mujer. La llamarás también como me llamo yo, Joguelun, aunque tenga otro nombre. Sálvate. Vete ya. Toma, lleva mi camisa, en ella va mi olor.

Se quitó la camisa. Tendió él la mano sin desmontar para cogerla. La olió. Venían ya los tres doblando la loma, venían ya por él. Salió al galope. Al galope se fue por el Onón abajo.

Le siguieron los tres hasta pasar siete collados. Volvieron grupas luego. Regresaron. Yesuguei el Valiente tomó las riendas del carro de Joguelun. El hermano mayor, delante. El pequeño, de un lado.

Cuando ya se acercaban, Joguelun cantó así:

A mi joven señor
nunca el viento contrario
le soltaba las trenzas.

El nunca pasó hambre perdido
por las tierras sin dueño.
Ahora el viento le azota la cara,
le echa las trenzas a la espalda,
le golpea con ellas el pecho
si se vuelve a mirar.

Después que cantó esto, rompió a llorar. Gritó hasta hacer temblar las aguas de los ríos, hasta que temblaron los bosques y los valles.

Y dijo Daritai, el hermano pequeño:

El que abrazabas,
ya pasó muchos montes.
El que lloras,
ya cruzó muchos ríos.
Si gritas,
ya no te verá
aunque vuelva la vista.
Si le siguieras,
perderías el rastro.
¡Calla y no llores más!

Y llevó Yesuguei a Joguelun a vivir a su tienda.

Jutula Kan

Como Ambagai Kan escogiera a Jadagán y a Jutula, se reunieron todos los mongoles y los tayichigudes en el valle de Jorjonag, en la ribera del Onón. Tenían que nombrar kan.

Nombraron a Jutula. Luego, hubo fiesta: baile, cantos, música. Después de elegir kan, bailaron todos alrededor del árbol,

hasta que hicieron una zanja en el suelo que
les llegaba a las costillas,
hasta que les llegó a las rodillas el polvo.

Nombrado Kan Jutula, él y Jadagán Taisi fueron contra los tátaros. Tres veces combatieron con ellos sin poder

vengar
la venganza.
Desquitar
el desquite

de Ambagai Kan.

Temujin

Y en un combate de éstos, Yesuguei cogió cautivo a un jefe tátaro llamado Temujin. Acampaban entonces al pie del Deligún a orillas del Onón. Fue allí donde Joguelun dio a luz su primer hijo. Así nació Gengis Kan.

Salió del vientre de su madre con un grumo de sangre, grande como una taba, apretado en el puño derecho.

Le pusieron Temujin. Dijeron: Nació cuando su padre cogió cautivo a Temujin el tátaro.

Joguelun y Yesuguei el Valiente tuvieron cuatro hijos: Temujin, Jasar, Jachigún y Temugue. Y una hija: Temulún. Cuando Temujin llegó a los nueve años, Jasar tenía siete y Jachigún cinco. Temugue tenía tres. Temulún aún no andaba.

Y cuando Temujin cumplió nueve años, Yesuguei fue con él donde la gente de su madre, fue a ver a sus parientes. Dijo: Le pediré mujer allí.

Y en el camino, entre el Chegcher y el Chijurjú, encontró a Dei el Sabio.

Y dijo Dei el Sabio: Compadre Yesuguei, ¿a quién llevas contigo?

Y dijo Yesuguei: Voy donde los parientes de la madre de este hijo mío a decir: Os pido una doncella.
Y dijo Dei el Sabio: A este hijo tuyo

la mirada le arde,
la cara le brilla.

Compadre Yesuguei, tuve esta noche un sueño. Voló hasta mí y se posó en mi mano un gerifalte blanco que traía el sol y la luna entre las garras. Cuando conté este sueño, dije: Siempre que veía en sueños el sol y la luna, los veía de muy lejos. Pero este gerifalte los trajo hasta mí y los posó en mi mano. Bajó del cielo todo blanco. ¿Qué augurio es éste? Compadre Yesuguei, tuve este sueño cuando venías hacia aquí con tu hijo. Tuve un buen sueño, sí. ¿Qué augurio será? De antiguo ya, los ungarides

tenemos la hermosura
de las hijas de hijas
y la belleza
de las hijas.

Nosotros no disputamos el dominio.

Para los que se hacen kanes,
hacemos hijas de lindas mejillas
que empuñan las riendas
de un hermoso carro tirado
por un camello negro.
Lo ponemos al trote
y vamos do los kanes se sientan,
las sentamos al lado
en su trono, como sus katunes.

Nosotros no luchamos por mando ni conquistas.

Criando hijas bellas,
las hacemos subir a un carro tirado
por un camello negro,

con ellas vamos ante el kan
y las hacemos sentarse a su lado
en el alto trono.

De antiguo ya, los ungarides

tenemos redondos escudos katunes,
peticiones hijas.
Somos
por la hermosura
de las hijas de hijas
y la belleza
de las hijas.

Nuestros muchachos,
basta mirar el campamento.
Nuestras doncellas,
se mira su belleza.

Compadre Yesuguei, vayamos a mi tienda. Tengo una hija pequeña. Venga el compadre a verla.

Y l· llevó a su tienda. Le mandó desmontar.
Y vio a la hija, vio una doncella, vio que

la mirada le ardía,
la cara le brillaba,

la dejó entrar por su pensamiento. Tenía diez años. Uno más que Temujin. Se llamaba Borte.

Pasó la noche allí. Por la mañana, la pidió a su padre.
Y dijo Dei el Sabio: Si doy después que pidas muchas veces, ¿seré más? Si doy después que pidas una, ¿menos? El destino de una doncella no es envejecer sentada en la tienda en que nació. Te daré a mi hija. Deja a tu hijo conmigo, que yo le conozca.
Dijo Yesuguei: Te dejaré a mi hijo, pero no le gustan los perros. Cuidado con ellos.
Y dejóle a Temujin. Dejó en prenda su mejor caballo.

Muerte de Yesuguei

Y encontró de vuelta Yesuguei unos tátaros celebrando una fiesta en la Estepa Amarilla del monte Chegcher. Y estaba cansado y tenía sed y bajó del caballo y fue a la fiesta.

Pero los tátaros le reconocieron. Dijeron: Ahí está Yesuguei, de los kiyanes.

Recordaban la enemistad, recordaban que les venciera en el combate. Decidieron [illegible]. Le echaron veneno en la bebida.

De camino, se sintió mal por dentro. Tres días tardó en llegar hasta su tienda. Vio ya que iba a morir.

Dijo: Estoy mal por dentro. ¿Quién hay, quién me ayudará?

Estaba Munglig, hijo del anciano Charajaí. Entró y dijo: Manda.

Acércate, le dijo Yesuguei. Y dijo: Óyeme, Munglig. Mis hijos son pequeños. Cuando volvía de dejar a Temujin con los parientes de su madre, me envenenaron los tátaros. Estoy mal por dentro. Voy a morir. Cuida a mis hijos como a hermanos tuyos. A mi mujer, como a hermana mayor. Ve y busca y trae con ellos a Temujin.

Luego, murió.

DOS

El abandono de las viudas y los huérfanos

Cumplió Munglig la voluntad de Yesuguei. Fue donde Dei el Sabio. Dijo: El hermano mayor Yesuguei piensa mucho en Temujin.

Y dijo Dei el Sabio: Si tanto piensa en él mi compadre, que vaya. Cuando le vea, le dejará volver.

Y padre Munglig volvió con Temujin.

Y por la primavera, cuando Orbei y Sojatai, las katunes de Ambagai Kan, hicieron la ofrenda a los muertos, Joguelun llegó tarde, no esperaron por ella, no pudo hacer el sacrificio. No le dejaron carne.

Dijo: Ya veo. Decís: «Yesuguei el Valiente murió. Sus hijos son aún niños. No pueden valerse». Por eso me dejáis fuera del sacrificio. Os repartís la carne de la ofrenda y no contáis conmigo. Una mañana, levantaréis el campamento, marcharéis sin mí, sin despertarme, sin decirme.

Y dijeron Orbei y Sojatai, katunes de Ambagai, dijeron:

Tú piensas: «No hay que pedir para que den». Tú dices: «Soy de las que comen si hay». Dices: «A mí no hay que ofrecerme». Piensas: «No he de pedir». Piensas: «Ambagai ya murió». Eso piensas tú.

Luego, las katunes hablaron y dijeron: «Será mejor abandonarles, alzar el campamento, dejarles atrás, marchar sin ellos».

Y al amanecer, los jefes de los tayichigudes, Targutai Kiriltug, Todoguen Guirte, mandaron partir por el Onón abajo. El anciano Charajai, konjotad, vio que dejaban atrás a Joguelun. Que abandonaban a la madre. Que abandonaban a los hijos. Fue a hablar. Todoguen Guirte dijo: Todo cambió ya.

Las aguas hondas ya secaron,
la piedra brillante ya rompió.

Se pusieron en marcha. Todoguen Guirte dijo: ¿Qué nos reprendes tú? Diole un lanzazo por la espalda que le pasó de parte a parte.

El anciano Charajai llegó hasta la tienda, se acostó allí a morir. Temujin fue. Dijo el anciano: Cuando los tayichigudes marchaban con la gente que juntó tu padre, la de todos nosotros, cuando ya partían, cuando les reprendí, mira lo que me hicieron.

Temujin le lloró, salió de la tienda.

Cuando Joguelun vio que partían sin ella, alzó el estandarte. Fue con él en alto y la mitad volvieron. Pero los que volvieron no quedaron, volvieron luego tras los tayichigudes. Partieron también.

Desde que los tayichigudes dejaron a Joguelun, la viuda, los hijos todos, madres e hijos y se fueron,

Joguelun, mujer capaz, alimentó a sus hijos.
Se recogió el cabello.
Ciñó la falda a la cintura.
Por la orilla del Onón subía y bajaba.
Con frutos, bayas,
yerbas y raíces,
día y noche les daba de comer.
Madre Joguelun era brava.
Nutría a aquellos hijos afortunados
con una vara de enebro no más,
con ella sólo,
sólo con ella sacaba de la tierra las jugosas raíces,
vareaba los árboles.
Los hijos nutridos con yerbas
por Joguelun, la madre,
llegaron a ser señores de todos.
Los hijos nutridos con raíces
por la madre serena
llegaron a ser sabios,
dieron leyes.
Los hijos dichosos nutridos con yerbas
por Joguelun la Bella
llegaron a ser nobles.
Y ya nobles, se hicieron audaces, se hicieron valerosos.
Dijeron: Demos comida a nuestra madre.
Sentados a la orilla de la madre Onón
hacían anzuelos, pescaban, ensartaban los peces pequeños,
doblando las agujas, hacían arponcillos.
Pescando pececitos alimentaban
el patrimonio de su madre.

Un día que estaban a la orilla del río con Belgutei y Begker, echaron el anzuelo Temujin y Jasar al agua y mordió un pez resplandeciente. Belgutei y Begker se lo quitaron. Temujin y Jasar corrieron a la tienda de madre Joguelun. Dijeron: Pescamos un pez resplandeciente y nos lo quitaron Belgutei y Begker.

Y dijo la madre: Basta. ¿Por qué se enfrentan los hermanos?

Cuando sólo tenemos la sombra a nuestro lado,
cuando sólo tenemos por fusta la cola del caballo.

¿Vengaremos así lo que nos hicieron nuestros parientes los tayichigudes? ¿Por qué reñís como los hijos de la madre Alan? Vosotros, no.

Pero Temujin y Jasar no callaron. Dijeron: Hace poco nos quitaron un pájaro, la golondrina que matamos con la flecha de hueso. Y ahora, otra vez. No hay quién viva con ellos.

Tras decir esto, salieron de la tienda.

Y estaba Begker en un alto sentado guardando los nueve caballos que tenían, y Temujin, oculto en la yerba, fue por detrás. Y Jasar, oculto en la yerba, fue por delante. Y cuando sacaban ya las flechas y estaban ya llegando, Begker les vio. Dijo: Cuando tenemos el agravio de los tayichigudes nuestros parientes y nos decimos cómo vamos a poder vengarnos, cómo puedo ser sólo para vosotros

pestaña en el ojo, que se quita,
estorbo en la boca, que se escupe.

Cuando

sólo tenéis la sombra a vuestro lado,
cuando sólo tenéis por fusta la cola del caballo.

No destruyáis al menos el fuego de mi hogar. ¡A Belgutei no le matéis!

Y siguió sentado, con las piernas cruzadas. Esperó. Temujin y Jasar le atravesaron con sus flechas a corta distancia y se fueron, dejándole allí.

Al entrar en la tienda, madre Joguelun se lo vio en la cara. Dijo: ¡Qué hicisteis!

Cuando salió, feroz,
de mi cálido vientre
llevaba este hijo mío encerrado en el puño
un grumo de sangre.
Como perro jázaro es,
que se come su propia placenta.
Como pantera,
que se lanza desde el saliente.
Como león,
que no es capaz de dominar la furia.
Como pitón,
que dice: «Yo la trago viva».
Como gerifalte,
que ataca a su sombra.
Como pez grande,
que se come al chico.
Como camello,
que muerde las patas de su cría.
Como lobo,
que acecha en la ventisca.
Como pato,
que se come a las crías que se quedan atrás.
Como chacal,
que lucha unido si atacan su cubil.
Como tigre,
que al asir no vacila.
Como el *barís*,
que se abalanza ciego.
Habéis destruido,
cuando no tenéis más que la sombra al lado,
cuando no tenéis más fusta que el rabo.

Cuando tenemos el agravio de los tayichigudes nuestros parientes, cuando nos preguntamos cómo vengarnos, os hacéis eso unos a otros, decís: «No hay quién viva con ellos».

Dijo
decir antiguo,
habló
palabra vieja.

Luego, Targutai Kiriltug, jefe de los tayichigudes, juntó a los suyos. Dijo: Las crías echarían pluma ya. Los que mamaban ya deben tener dientes.

Juntó a su gente y bajó a buscarles siguiendo la orilla.

Al verles llegar, tuvieron miedo. Madre e hijos, hermanos mayores y pequeños, se hicieron fuertes en el bosque. Belgutei cortó ramas para alzar una empalizada de defensa, Jasar lanzaba flechas contra ellos. Mientras luchaban estos dos mayores, Joguelun cogió a Jachigún, a Temugue, a Temulún y les escondió en la hendidura de un barranco.

Los tayichigudes les dijeron a voces: Dadnos a vuestro hermano mayor Temujin. No venimos por vosotros. Sólo le queremos a él.

Pronto se dieron cuenta de que Temujin escapara ya.

Iba hacia el bosque en su caballo. Le siguieron el rastro hasta la linde del bosque de monte Tergune. No pasaron la linde. Era bosque cerrado, no entraban los caballos. Quedaron allí vigilando, esperando que Temujin saliera.

Tres noches estuvo Temujin oculto en el bosque. Luego, dijo: Ya puedo salir. Y cuando iba con el caballo de la brida, soltósele la silla. Se volvió y miró bien. Las correas estaban intactas, pero la silla había caído. Y se dijo: Es que el Cielo no quiere que salga.

Esperó. Estuvo allí tres noches más. Y salía otra vez y cerca de la linde, una piedra blanca grande como una tienda cayó en la senda cerrándole el paso. Es que el Cielo no quiere que salga, dijo otra vez. Quedó tres noches más. Eran ya nueve noches sin comer. Dijo: No he de morir aquí, olvidado y sin nombre. Saldré.

Y con el cuchillo que llevaba se abrió camino bordeando la piedra que le cortaba el paso. Con el cuchillo

que llevaba para afilar las flechas, hubo de abrirse paso, tan cerrado era el bosque.

Cuando llegó al lindero, le esperaban los tayichigudes. Le llevaron con ellos cautivo.

Temujin cautivo de los tayichigudes

Targutai Kiriltug volvió con el cautivo al campamento. Le mandó llevar de tienda en tienda, que pasara una noche en cada una.

Y a los dieciséis días de la primera luna del verano llegó el día del círculo rojo del año y los tayichigudes lo celebraron a la orilla del Onón y al ponerse el sol se recogieron en sus tiendas. Y Temujin sorprendió al que cuidaba de él, le derribó de un solo golpe en la cabeza con la canga que llevaba al cuello, luego corrió, se dijo: Me verán si me escondo en el bosque. Se escondió en la corriente, quedó flotando en el agua con la canga, de espaldas, sólo la cara fuera.

Cuando el que le guardaba despertó, gritó: ¡Perdí al prisionero!

Los que se habían separado ya, volvieron a juntarse. En la noche clara como el día le buscaron por todo el bosque.

Pero Sorjan Chira, suldu, le vio al pasar flotando en la corriente y dijo: Porque eres grande te envidian tus parientes los tayichigudes, dicen

la mirada le arde,
la cara le brilla.

Sigue ahí. Nada diré.

Y siguió su camino.

Cuando volvieron a juntarse todos y dijeron: «Volvamos a buscar», Sorjan Chira habló. Dijo: Sí, volvamos a buscar. Vuelva cada uno a donde buscó y no

vio y mire otra vez. Sí, dijeron todos, y volvieron a los mismos lugares a buscar.

Y Sorjan Chira dijo a Temujin al pasar: Tus parientes se acercan. Afilan las bocas y los dientes. No te muevas. Cuidado.

Y siguió su camino.

Y cuando se juntaron otra vez y dijeron: Volvamos a buscar, Sorjan Chira volvió a hablar, dijo: Si los príncipes tayichigudes perdieron un hombre entero con la luz del día, ¿cómo vamos a poder encontrarlo en la noche oscura? Busquemos otra vez cada uno en su parte y recojámonos después en las tiendas y sigamos mañana buscando. Ese no podrá llegar lejos con la canga al cuello.

Sí, dijeron. Y volvieron, buscaron.

Sorjan Chira dijo al pasar: Dijeron: «Después de mirar otra vez, volvamos a las tiendas, mañana busca-

tu madre, ve con tus hermanos pequeños. No hables. No digas que te vieron si te ven. No digas que te vi.

Y siguió su camino.

Y esperó Temujin que todos volvieran a las tiendas. Habló a su corazón. Dijo: Cuando me llevaron de uno a otro y dormí en la tienda de Sorjan Chira, sus hijos Chimbai y Chilagún se compadecieron de mí, de noche me quitaron la canga del cuello, me dejaron que pasara la noche sin ella. Y cuando Sorjan Chira me vio siguió, no dijo nada. Ésos me salvarán.

Salió del agua y bajó por la orilla y buscó la tienda de Sorjan Chira.

La señal de la tienda era que después de vertida la leche de yegua de un día en los odres de cuero, la batían allí hasta el amanecer para hacer kumis. Encontró la tienda siguiendo en la oscuridad el batir de la leche.

Y entró en la tienda y Sorjan dijo:

¿Qué haces aquí? ¿No te dije «Ve con tu madre, ve con tus hermanos»? ¿A qué vienes aquí?

Pero sus hijos Chimbai y Chilagún dijeron:

Si el azor obliga al pajarillo a refugirse en la

maleza, la maleza le ampara. ¿Por qué hablas así a quien viene a pedirnos refugio?

No aceptaron lo que su padre dijo. Quitaron a Temujin la canga. La echaron al fuego.

Le hicieron ocultarse en un carro cargado de lana de detrás de la tienda, hicieron a su hermana Jadagán cuidarse de él. Que no lo sepa nadie, le dijeron.

Y los tayichigudes le buscaron tres días y luego dijeron:

Quizás le oculte alguien. Registremos las tiendas.

Lo hicieron. Fueron a la tienda de Sorjan Chira. Fueron luego detrás a mirar en el carro de lana. Empezaron a sacar la lana. Cuando habían sacado toda la de delante, cuando iban ya por la mitad del carro, dijo Sorjan Chira:

¿Cómo iba a aguantar el calor metido entre la lana?

Y después que marcharon, Sorjan Chira dijo:

Casi me esparzo como la ceniza por ti. Ve ahora con tu madre y tus hermanos pequeños.

Diole una yegua boquiblanca, cogió un cordero que amamantaran dos ovejas, diole un odre pequeño y otro grande con leche de yegua. No le dio silla ni eslabón ni pedernal con que hacer fuego. Diole sólo un arco con dos flechas. Después de darle esto, le mandó marchar.

Temujin llegó al lugar que sus hermanos habían fortificado con una empalizada. Luego siguió el rastro, siguió por el Onón hasta donde entra en él el Kimurga. Siguió luego Kimurga arriba y encontró el nuevo campamento al pie del Jorchujui. Allí encontró a los suyos.

Luego se fueron de allí. Fueron al Lago Azul, al pie del Jara Jiruguen, a las orillas del Sengur. Vivieron allí, en el Gurelgu, frente a Burjan Jaldún, de marmotas y ratones de campo.

El robo de los caballos

Y un día, les quitaron los ocho caballos que tenían, que pastaban delante de las tiendas. Ante sus propios ojos se los quitaron y se fueron con ellos sin que pudieran hacer nada, no tenían más monturas. Belgutei marchara de mañana a cazar marmotas en un bayo viejo de cola pelada.

Volvió al oscurecer con el bayo cargado de marmotas. Cuando le dijeron: Robaron los caballos, marcharon con ellos, dijo: Tras ellos voy.

Y dijo Jasar: Tú no. Voy yo.

Y dijo Temujin: Vosotros no. Yo iré.

Y montó en el bayo aquel, siguió el rastro en la yerba.

Bogorchu

Después de tres noches de marcha, al amanecer del cuarto día, encontró a un apuesto joven ordeñando las yeguas de una gran caballada. Le preguntó por los ocho caballos y el joven dijo: Esta misma mañana, antes de amanecer, pasaron por aquí con los ocho caballos. Te enseñaré su rastro.

Díjole que dejara allí pastando a su caballo, diole otro blanco, con una raya negra por todo el espinazo. Montó él uno pardo muy veloz. Y no volvió siquiera a la tienda, el odre y la jarra los escondió en la estepa.

Dijo: Necesitas ayuda, la aflicción de los hombres es una. Seré un compañero. Mi padre Naju el Rico no tiene más hijo que yo. Me llamo Bogorchu.

Pasadas tres noches, al atardecer del cuarto día, cuando se metía ya el sol entre los montes, divisaron un círculo de tiendas.

Vieron los ocho caballos pastando al borde del gran círculo.

Queda aquí, compañero. Son caballos míos, dijo Temujin. Voy yo por ellos.

Pero Bogorchu dijo: Vine diciendo «Seré un compañero», ¿cómo voy a quedarme a mirar?

Y sacaron juntos de allí los caballos.

Los del campamento, uno tras otro, salieron tras ellos. Uno que montaba un caballo blanco y llevaba un palo largo con un lazo en la punta, les daba ya alcance.

Bogorchu dijo: Dame arco y flechas, compañero, que a ése le paro yo.

Dijo Temujin: No quiero que te hieran por mi causa. Yo le pararé.

Y volvió contra él. Intercambiaron flechas. El del lazo paró. Esperó que llegaran los otros que venían detrás. El sol se escondió. Llegó la oscuridad. Y en la oscuridad les perdieron de vista, les dejaron atrás.

Cabalgaron aquella noche entera y tres días con sus noches más.

[illegible] dría yo estos caballos de no ser por ti? Repartámoslos. Dime cuántos quieres.

Dijo Bogorchu:

Cuando vi que estabas apurado, dije: «Seré un buen compañero». ¿Voy a tomar diciendo «Es botín»? Mi padre Naju el Rico no tiene más hijo que yo. Tengo bastante con lo que me da. Nada tomaré. Aunque ayudara, ¿qué? No tomaré.

Llegaron a la tienda de Naju.

Naju, que había perdido a Bogorchu, su hijo, estaba afligido. Cuando llegaron y le vio, lloraba y reía y no sabía qué hacer.

Dijo Bogorchu: ¿Qué? Un buen compañero necesitaba ayuda. Como buen compañero, ayudé. Ya volví.

Volvió luego donde pastaban los caballos y buscó el odre y la jarra que dejara escondidos en la estepa. Mató un cordero que amamantaran dos ovejas, llenó un odre de leche de yegua, preparó provisiones, se las dio.

Y dijo Naju el Rico:

Dos jóvenes sois. Vos más. Ayudaos. Nunca os traicionéis.

Tres días tardó Temujin en llegar a su tienda a orillas del Sengur. Madre Joguelun, Jasar y los demás estaban afligidos. Se alegraron al verle.

Borte Ujín

Luego, como de nueve años se prometiera a Borte Ujín, la hija de Dei el Sabio, y se separara luego de ella, bajó con Belgutei por el Kerulen a buscarla.

Dei el Sabio, ungarid, estaba allí entre el Chegcher y el Chijurjú. Se alegró mucho al verle. Dijo:

Al saber que los tayichigudes tus parientes te querían mal, que estaban contra ti, perdí la esperanza. Y ahora te vuelvo a ver.

Y le dio por esposa a Borte. Y la acompañó. Hasta Uraj Chol llegó, por el Kerulen.

Su esposa Chotan, madre de Borte, acompañó a su hija hasta que llegaron al Sengur. Hasta el Gurelgu llegó la madre con ella.

Cuando Chotan accedió a dar la vuelta, Temujin mandó a Belgutei a ver a Bogorchu, a decirle: Seamos compañeros.

En cuanto Belgutei llegó y se lo dijo, él, sin hablar con su padre, ensilló un bayo, ató a la silla, atrás, la capa gris de fieltro, se fue con Belgutei. Desde que empezaron a ser compañeros, lo fueron así.

Togoril Ong Kan

Dejaron el Sengur y acamparon al pie del despeñadero de Gurji, donde nace el Kerulen.

Chotan llevara de regalo una capa de martas cibelinas negras. Temujin, Jasar y Belgutei, los tres, cogieron la capa. Togoril Ong Kan, de los kereyides, había sido *anda* de Yesuguei, su padre, y Temujin dijo: Si fue *anda* de mi padre, es como un padre.

Fueron, dijéronles que Ong Kan estaba en el Bosque Negro, a orillas del Tula.

Cuando se presentó ante él, Temujin dijo:

Dije, como fuisteis *andas* tú y mi padre, también tú eres como mi padre. Como tomé mujer, te traigo a ti el regalo.

Y le dio la capa de martas.

Ong Kan se alegró mucho. Dijo:

Por una capa de martas negras,
por ti reuniré
a los tuyos que se separaran.
Por esta capa de martas cibelinas,
juntaré para ti
a los que se esparcieran.

Sea así:

Por bajo de la espalda.
Por encima del pecho.

Jelme

Cuando estaban de vuelta ya en el campamento, bajó un urianjad con ellos, el anciano Jarchigudai; traía los fuelles a la espalda. De Burjan Jaldún venía, traía a su hijo Jelme.

Dijo: Cuando estabais al pie del Deligun, a orillas del Onón y nació Temujin, os di pieles de marta para que le envolvierais. Os di también este hijo mío, Jelme, y dije: «Cuando pueda servirte». Ya lo crié. Ahora,

ya puede colocarte la silla,
abrirte la puerta de la tienda.

Y así, se lo dio.

La venganza de los merkides

mañana, pronto, con poca luz aún, aún no amaneciera, la anciana Jogachín, que servía dentro de la tienda de madre Joguelun, despertó de pronto, habló, gritó, dijo:

¡Madre! ¡Madre! ¡Arriba, pronto! ¡La tierra tiembla! ¡Se oye estruendo! ¡Se acercan los temibles tayichigudes! ¡Madre! ¡Arriba, rápido!

Madre Joguelun dijo: ¡Despertad a los hijos! Se levantó también.

Los hijos, Temujin y los otros, cogieron los caballos. Montó uno Temujin. Madre Joguelun otro, Jasar otro, otro Jachigún, otro Temugue, otro Belgutei, Bogorchu otro, Jelme otro. Madre Joguelun llevaba a Temulún al cuello. Abrió la marcha uno. No había caballo para Borte.

Temujin y los suyos salieron muy temprano hacia Burjan. Y dijo la anciana Jogachín: Yo esconderé a Borte. La hizo subir en un carro negro cubierto.

Aparejó a él un buey de lomos pintos.

Y cuando subían por el Tunguelig, rayando ya el día, llegaron al galope, rodearon el carro, se acercaron, dijeron: ¿De quién eres tú?

La anciana dijo: Soy de Temujin. Vengo de trasquilar las ovejas de la tienda grande.

Dijeron ellos: ¿Está Temujin en la tienda? ¿Queda lejos de aquí?

La anciana dijo: La tienda grande queda cerca. No vi si estaba o no. Yo estaba atrás, no vi.

Entonces se alejaron. Tanto arreó la anciana Jogachín al buey de lomos pintos, tanto quiso que corriera el carro, que el eje se partió. Y cuando se decía «partió el eje, volvamos al bosque», volvieron ellos.

Llevaban a la madre de Belgutei en un caballo, con las piernas colgando.

Dijeron: ¿Qué llevas en el carro?

Llevo lana, dijo la anciana Jogachín.

Y los hermanos mayores dijeron a los hermanos

Desmontaron. Apartaron la tela del carro. Miraron, había una mujer sentada dentro. Montaron a las dos en un caballo, siguieron el rastro de Temujin por la yerba camino de Burjan.

Tres vueltas dieron a Burjan Jaldún tras él, no pudieron cogerle. De un lado a otro, por ciénagas que tragan a los hombres y bosques intrincados con un ramaje tan tupido que no lo podía pasar ni una serpiente, aunque siguieron el rastro no pudieron cogerle. Eran merkides, Togtoga, uduyid, Dayir Usún, uúa, Jagatai Darmala, un jagade, estos tres. Por vengar su venganza. Decían:

Madre Joguelun se la quitaron a nuestro Chiledu. Dijeron: Ahora les quitamos sus mujeres para vengar lo de Joguelun. Se cumplió la venganza.

Y bajaron de Burjan Jaldún, volvieron a sus tierras.

¿Marcharon de veras los merkides o esperan emboscados?, dijo Temujin.

Mandó a Belgutei, a Bogorchu, a Jelme, los tres, seguirlos durante tres días para saber que no volverían ya.

Bajó de Burjan. Se dio de golpes en el pecho. Dijo:

Por madre Jogachín
que oye como una comadreja,
que ve
como un armiño,
escapé yo
con un caballo cojo
cogido por la brida
por la senda del corzo,
hice una tienda con las ramas de un olmo,
subí a Burjan.

Por Burjan Jaldún,
aunque mi vida
valía lo que un piojo,
huí,
salvé
mi única vida
con un caballo solo,
por la senda del alce,
hice una tienda con las ramas de un sauce,
subí a Jaldún
y Jaldún Burjan
aunque valía mi vida ya
lo que un saltamontes
me dio su protección y me ocultó.

Todas las mañanas haré ofrenda a Burjan. Todos los días le rezaré. Y por la semilla de mi semilla lo recordaré.

Puesto de cara al sol, se echó el cinto al cuello, se descubrió, llevó la mano al pecho y, tras arrodillarse nueve veces mirando al sol, hizo la aspersión con la leche de yegua y rezó la oración.

La lucha contra los merkides

Fue después Temujin con Jasar y Belgutei, los tres, a Togoril Ong, kan de los kereyides, a Bosque Negro, al Tula.

Dijo: Porque tres merkides vinieron sin aviso y se llevaron a mi esposa, venimos. Decimos: Que mi padre el kan salve la esposa y me la dé. Que él la devuelva.

Togoril Kan contestó:

¿Qué dije hace un año? Cuando me trajiste la capa de martas, cuando me la pusiste, dijiste: «Como fuisteis *andas* tú y mi padre, tú también eres como mi padre». Y yo te dije:

«Por una capa de martas negras,
por ti reuniré
a los tuyos que se separaran.
Por esta capa de martas cibelinas
juntaré para ti a los que se esparcieran».

Y dije: «Sea así.

Por bajo de la espalda.
Por encima del pecho».

Mantendré mi promesa. Por la capa de martas que me diste, combatiré hasta que destruya del todo a los merkides, salvaré y daré a Borte. Por aquella capa de martas negras, venceremos a todos los merkides y haremos a tu Borte volver y te la damos. Mandad un mensajero al hermano pequeño Yamuga, que acampa en el valle de Jorjonag y decidle que yo saldré de aquí con veinte mil y seré la mano derecha. Que el hermano pequeño Yamuga, con veinte mil de los suyos, se ponga en marcha para formar la mano izquierda. Que Yamuga diga dónde debemos encontrarnos.

Cuando Temujin, Jasar y Belgutei, los tres, volvieron a sus tiendas, mandó Temujin a Jasar y a Belgutei, los dos, donde Yamuga. Mandó decir, dijo: Hablad con el *anda* Yamuga. Decidle: «Porque los tres merkides vinieron

mi lecho está vacío.
¿No somos del mismo linaje?
¿Cómo vengar
nuestra venganza?

Mi pecho
lo tajaron en dos.
¿No tenemos hígados parientes?
¿Cómo desquitaremos
el desquite?

Así mandó decir al *anda* Yamuga. Y así les mandó que transmitieran a Yamuga el mensaje de Togoril Kan. Dijo así:

Porque ayudó e hizo grandes favores a mi padre Yesuguei Kan, seré un compañero. Seré con veinte mil mano derecha. Id y decid al hermano pequeño Yamuga que traiga también veinte mil. Que decida Yamuga el punto de encuentro.

Dicho todo a Yamuga, Yamuga dijo: Al saber que mi *anda* Temujin

duerme solo,
me dolió el corazón.

Al saber que
tiene el pecho
partido en dos,
me dolió el hígado.

Vengando la venganza
venzamos
a uduyides y uñas.
Salvaremos a nuestra Borte Ujin.

Tomemos venganza,
venzamos a todos los merkides.
Hagamos que vuelva nuestra Borte.
La salvaremos.

Ahora

Togtoga, que tiembla,
si uno da una palmada en la grupa al caballo,
creyendo que retumba el tambor,
debe estar en la estepa de Búgura.

Dayir Usún,
que si una tapada aljaba resuena, huye,
debe estar en la isla de Taljun,
donde se juntan el Orjón y el Selengue.

Jagatai Darmala, que
si oye el rumor del viento en la yerba
corre a Bosque Negro,
debe estar ahora en la estepa de Járaji.

Ahora, derechos, cruzando el Kilogo, ojalá haya buenos juncos en la orilla, haremos una balsa, les entraremos por allí. A ese Togtoga que tiembla,

le entraremos de un salto
por el agujero del techo de la tienda.
Techo y postes caerán,
aplastada quedará la tienda en el suelo.
Mataremos
hasta que mueran sus mujeres todas y sus hijos se extingan.
Quebraremos el umbral de su puerta,
el dios que trae la dicha,
y le haremos pedazos.
Aniquilaremos a toda su estirpe,
que no quede nada.

Luego, Yamuga habló otra vez; y dijo:

Decid a Temujin y al hermano mayor Togoril Kan, decidles: «Habló y dijo así:

Yo,

hice ya la ofrenda a mi estandarte, que se ve de muy lejos,
batí ya el tambor negro, el de voz que retumba,
el de la piel de un toro negro.
Preparé ya
mi caballo negro de guerra.
Ya vestí mi armadura firme como el acero.

Mi mano empuña ya la lanza de hierro.
Puse ya en la cuerda la flecha guarnecida
de madera de melocotonero.
Saldré
contra los merkides en guerra».

Luego, habló y dijo así:

Ya hice la ofrenda a un estandarte que se ve
de muy lejos.
Ya batí mi tambor de voz ronca,
el de cuero de buey.
Ya tengo dispuesto mi caballo de guerra,
el de la mancha negra por todo el espinazo.
Ya puse
la coraza de láminas.

Ya puse en la cuerda la flecha marcada.
Vayamos juntos a morir
contra los merkides uduyides.

Cuando el hermano Togoril Kan salga y vaya donde Temujin, delante de Burjan Jaldún, vengan los dos a Bogotán Bogorgui, donde nace el Onón. Cuando yo salga, subiré por el Onón y juntaremos las tropas en el sitio previsto, en Bogotán Bogorgui.

Cuando Jasar y Belgutei volvieron y dijeron esto a Temujin, mandó Temujin recado a Togoril Kan y Togoril salió con sus veinte mil.

Temujin dijo: Se acerca ya, viene ya por delante de Burjan Jaldún.

Allí estaba ya él. Y dijo: En marcha.

Subieron el Tunguelig y acamparon a la orilla del Tana, ante Burjan Jaldún. Luego partió de allí cuando Togoril Kan, con diez mil, y Yaja Gambu, su hermano pequeño, con otros diez mil, veinte mil, acamparon en Ayil Jaragana, en el Kimurga, y acampó allí también y unieron sus fuerzas.

Temujin, Togoril Kan y Yaja Gambu, los tres, unidas sus fuerzas, se pusieron en marcha. Y cuando llegaron al Onón, ya estaba allí Yamuga. Llegara tres días antes al lugar del encuentro. Yamuga, después de ver los hombres de Temujin, los de Togoril, los de Yaja Gambu, formó a sus veinte mil. Y Temujin, Togoril Kan y Yaja Gambu formaron también a los suyos y se saludaron. Y Yamuga habló y dijo: ¿No dijimos

«No llegaremos tarde
al punto de encuentro previsto
aunque nos envuelva la ventisca.

Al punto de encuentro
aunque la lluvia caiga»?

«No somos los mongoles quienes para prometer dicen «sea». ¿No decimos

«No es de los nuestros
aquél que dijo "sea"
y no fue luego»?

Y Togoril Kan contestó así, le dijo: Llegamos tres días tarde. Diga el hermano pequeño Yamuga la culpa y el castigo.

Salieron de Bogotán Bogorgui y llegaron al Kilgo, hicieron balsas, pasaron con ellas a la estepa de Búgura, a tierras de Togtoga.

Entrándoles de un salto por el agujero del
techo de la tienda
echaron abajo techo y postes,
todo quedó aplastado en el suelo.
Mataron
hasta que sus mujeres todas y sus hijos quedaron extinguidos.

Quebraron el umbral de la puerta,
el dios que traía dicha.

y lo hicieron pedazos.
Aniquilaron a toda su estirpe
y no dejaron nada.

Mientras Togtoga dormía, pescadores, tramperos, cazadores que andaban por el Kilgo, corrieron en la noche, fueron llevando noticia de que estaban llegando, diciendo: ¡El enemigo cruzó el río, ya vienen hacia aquí!

Y cuando huían los suyos en la noche por la ribera del Selengue, los nuestros iban siguiéndoles detrás y capturándoles, iban matándoles, y Temujin iba y venía entre ellos gritando, diciendo, entre los que corrían: ¡Borte! ¡Borte!

Borte estaba entre ellos. Oyó y reconoció la voz de Temujin, saltó del carro, corrió hacia él. Borte y Joga-

las riendas del caballo. Había luna. Miró Temujin, reconoció a Borte. Se abrazaron.

Temujin mandó decir a Togoril Kan y al *anda* Yamuga aquella misma noche: Ya encontré lo que vine a buscar. No sigamos de noche. Acampemos aquí.

Los merkides que huían en la noche se dispersaron todos. Acamparon dispersos para pasar la noche. Así encontró Temujin a Borte, y la salvó de los merkides.

Chilguer el Fuerte

Togtoga Beki, de los merkides uduyides, Dayir Usún, de los uúas, y Yagatai Darmala, estos tres merkides, con trescientos, dijeron:

Tiempo ha, Yesuguei el Valiente le robó la Madre Joguelun a Chiledu, hermano pequeño de Togtoga.

Fueron, pues, a vengar la venganza, desquitar el desquite. Hicieron dar a Temujin tres vueltas a Burjan Jaldún, cautivaron a Borte. La dejaron en manos de

Chilguer el Fuerte, hermano pequeño de Chiledu. Con él había estado desde entonces, y al avisarle que venían, al salir de la tienda, habló así, dijo:

Aunque el negro cuervo
tenía como destino la carroña,
albergaba esperanza,
decía:
He de comer ganso y cigüeña.
Yo, vil y mísero Chilguer,
que puse la mano
sobre Borte Ujín,
soy la peste de todos los merkides.
Vil y mísero Chilguer,
a punto estás de perder tu cabeza negra.
Para salvar mi única vida,
por los desfiladeros
¿Quién será escudo mío?

Aunque el ave maligna, el buitre,
tenía como destino ratones y ratas,
albergaba esperanza.
Decía:
«He de comer cisne y cigüeña».
Yo, vil y mísero Chilguer,
al tomar a la feliz y afortunada Borte,
me convertí en la peste de todos los merkides.

Vil y mísero Chilguer,
a punto estás de perder tu triste cabeza.

Para salvar mi vida, que es excremento de carnero,
me deslizaré por los desfiladeros oscuros.
Por esta vida mía, que es excremento de carnero,
¿quién alzará una empalizada?

Después de decir esto, huyó en la noche.

Cogieron a Yagatai Darmala. Le llevaron con una canga al cuello. Hacia Burjan Jaldún le llevaron delante del ejército.

Y dijeron: La madre de Belgutei está en esta tienda.

Belgutei fue en busca de su madre, pero cuando entraba por la entrada derecha de la tienda, su madre, que vestía unas pobres pieles de oveja, salió por la izquierda.

Dijo: Me dijeron que mis hijos son kanes. Yo, que fui entregada a un hombre vil, ¿cómo puedo mirarles a la cara?

Corrió a esconderse en el bosque. Él la buscó. No la encontraba. ¡Traed a mi madre!, decía Belgutei. Flechas sin punta lanzó a todos menos a los merkides. Él mató a los trescientos que llevaron a Burjan y a la [illegible] como las cenizas. De sus mujeres tomó como esposas a las que podían serlo. Y como esclavas a las que podían serlo.

Temujin da las gracias

Temujin dio gracias a Togoril y a Yamuga y les dijo: Como mi padre Togoril Kan y mi *anda* Yamuga me aceptaron por compañero, Cielo y Tierra acrecentaron mi poder.

Señalado por el Cielo poderoso
obrando por obra de la madre Tierra,
el varón cumplió su venganza.
Quedaron los merkides el pecho en dos partido,
las entrañas deshechas,
el lecho vacío.
Pusimos fin a sus varones,
tomamos las mujeres que quedaron.

Aniquilados los merkides, nos retiramos.

Guchu

Cuando los merkides uduyides huían, hallaron los nuestros un muchacho. Vestía gorro de piel de marta, botas hechas de la piel de la pata de un gamo. Se llamaba Guchu. Tenía cinco años. La mirada le ardía, la cara le brillaba. Le habían abandonado. Los nuestros le cogieron. Se lo dieron a madre Joguelun.

Luego que Temujin, Togoril Kan, Yamuga, los tres unidos, fueron contra los merkides y

les abrieron las tiendas cerradas,
les quitaron sus bellas mujeres,

dejaron la isla de Taljun, donde se unen el Orjón y el Selengue, entraron por el valle de Jorjonag. Y Togoril siguió después por valle Jokortú, por detrás de Burjan Jaldún, por Jachaguratú, por Juliyatú, cazando, y volvió al Bosque Negro del Tula.

TRES

Los dos andas

Temujin y Yamuga se unieron, acamparon juntos en el valle de Jorjonag. Recordaron los dos que habían sido *andas*. Renovaron el *anda*. Dijeron: Nos queremos.

Cuando se hicieron *andas por primera vez*, tenía Temujin once años y Yamuga le dio una taba de corzo y él le dio a Yamuga una taba de bronce. Se hicieron *andas* jugando a las tabas sobre el hielo en el Onón helado. Así se hicieron *andas*.

Luego, por primavera, cuando juntos tiraban flechas con arcos de madera, Yamuga, juntando las puntas de los cuernos de un becerro, haciendo dos agujeros, hizo una punta de flecha zumbante y se la dio a Temujin. Y Temujin le dio a él una hermosa flecha de punta de ciprés. Así se hicieron *andas* por segunda vez.

Dijeron: Decían los antiguos, «dos *andas*: sus vidas son una. Nunca se desamparan. Se protegen. Se quieren». Ahora, renovando nuestro *anda* otra vez, querámonos así.

Y ciñó Temujin al *anda* Yamuga con el cinto de oro que tomara del botín de Togtoga. Le dio luego la montura de guerra de Togtoga, una yegua baya, de cola y crin negras, varios años estéril. Yamuga puso a la cintura de Temujin el cinturón dorado que le había quitado a Dayir Usún, le dio el caballo de guerra de Dayir Usún, *que tenía un cuerno*.

Al pie de la escarpadura de Juldagar, en el valle de Jorjonag, bajo el Gran Árbol, se proclamaron *andas* y se amaron, comieron, festejaron. Y pasaron la noche en la tienda juntos, solos los dos.

Temujin y Yamuga se quisieron bien durante un año. Y a la mitad del siguiente, dijeron: Pongámonos en marcha.

En diecisiete días de marcha de la primera luna del verano, el día del círculo rojo. Y cuando iban los dos delante de los carros, Yamuga dijo:

Anda mío Temujin,
acampemos junto a la montaña.
Que nuestros pastores
planten una tienda.

Acampemos junto a la corriente.
Que nuestros pastores
traigan de comer.

Temujin no entendió lo que quería decir Yamuga, no contestó, se quedó atrás, esperó que llegaran los carros. Dijo a madre Joguelun: *Anda* Yamuga me habló, me habló y me dijo:

Acampemos junto a la montaña.
Que nuestros pastores
planten una tienda.

Acampemos junto a la corriente.
Que nuestros pastores
traigan de comer.

No entendí qué me quería decir, no respondí, no dije nada. Vengo a que tú me digas. Dije: «Preguntaré a mi madre».

Antes que madre Joguelun contestara, habló Borte. Dijo:

Dicen que *anda* Yamuga es de los que se cansan pronto. Y ya se ha cansado de nosotros. Sus palabras encierran una traición. No acampemos, sigamos, separémonos bien. Continuemos la marcha de noche.

No acamparon, siguieron los consejos de Borte, prosiguieron la marcha. Se aproximaron en su ruta al campamento de los tayichigudes.

Y los tayichigudes, asustados, levantaron las tiendas en la noche, a toda prisa. Fueron a acampar con Yamuga.

Kokochu

En el campamento, en una tienda de los tayichigudes besudes, hallaron los nuestros un niño llamado Kokochu abandonado. Fueron a madre Joguelun con él y se lo dieron. Y madre Joguelun le crió.

El presagio de Jorchi

Viajaron toda aquella noche y cuando llegó el día y miraron, Jachigún Toguragún, Jarajai Toguragún y Jaraldai Toguragún, jalayires toguragunes los tres, hermanos mayores y pequeños, habían seguido también toda la noche viaje y acampaban al lado. Y muchos más con ellos, targudes, changuisigudes, bayagudes, barulas, mangudes, arulades, urianjades, besudes, sulduses, yalayires, jonjotanes, sukekenes, uúas, oljunugudes, gorolas, dorbenes, ikires, noyakines, oronares, bagarines.

Y vino Jorchi y habló y dijo: Nacimos de la mujer que Bodonkar el Santo cogió cautiva y tomó por esposa. Estuvimos todos con Yamuga

en un mismo vientre,
en las mismas aguas del seno materno
de la misma madre.

No nos separaríamos jamás de Yamuga si no viniera a mí un presagio del cielo. Una vaca vi que venía e iba hacia Yamuga, embestía el carro de su tienda, embestía a Yamuga, se rompía un cuerno, quedaba descornada. «¡Que me traigan el cuerno!», bramaba y bramaba a Yamuga escarbando el suelo, levantando y levantando polvo. Un buey sin cuernos vi después, se enganchó él solo al carro, tiró de él, lo llevó hasta [illegible] dijo así: «Cielo y Tierra celebraron junta: Sea señor de la nación Temujin». Decía: «Aquí estoy, te traigo la nación». Presagios del cielo me abrieron los ojos, me hablaron. Si tú, Temujin, te haces señor de la nación, tal como digo yo, ¿qué me darás?

Habló Temujin. Dijo así:

Ten por cierto que si me dejan regir la nación, tú serás capitán de diez mil.

Dijo Jorchi:

Aunque yo, que te he dicho tanto, me hiciera capitán de diez mil, ¿qué placer me daría? Cuando sea capitán de diez mil, déjame elegir a mi gusto las doncellas más bellas y mejores de toda la nación. Que pueda ser de los que tienen treinta esposas. No olvides lo que digo.

Luego, vinieron con ellos genigues, más yadaranes, sagayides, y Temujin levantó el campamento, se alejó aún más de Yamuga.

Y cuando estaban acampados a orillas del Kimurga, llegaron a él, dejaron a Yamuga, más yurguines. Llegó Juchar Beki, hijo de Nekún Taisi. Llegó Altán Odchiguín, de Jutula Kan. Todos dejaban a Yamuga. Y de allí fueron luego a acampar todos al Lago Azul de Jara Jiruguen, a orillas del Sengur, en Gurelgu.

CUATRO

Temujin: Gengis Kan

Altán, Juchar y Sacha Beki hicieron junta, hablaron, dijeron a Temujin: Haremos que tú llegues a Kan. Si llega Temujin a Kan, dijeron, nosotros

buscaremos entre los enemigos numerosos
las damas y doncellas
más hermosas,
las tiendas regias,
damas y doncellas de lindas mejillas,
reinos, gentes,
potros de buena grupa,
trotando, los traeremos.

En la caza,
delante iremos a cercar las piezas,
para que tú las mates.

Todos los animales de la estepa
formarán un rebaño,
todos los animales de los montes
lomo con lomo irán.

Si en combate desoímos tu orden,
perdamos
damas, doncellas, bienes;
desamparadas en la tierra y el polvo
nuestras cabezas negras queden.

Si en la paz
desatendemos tu consejo,
perdamos
el hogar y los bienes,
las esposas, los hijos;
sin amparo
por tierra sin dueño,
vaguemos.

Así juraron. Así prometieron.

Y así, hicieron a Temujin kan. Gengis Kan le llamaron.

Y nombrado Temujin kan, Gengis Kan nombró arqueros: Oguele Cherbi, hermano pequeño de Bogorchu, una aljaba; Jachigún Toguragún, una aljaba; Jetei y Dojolju, dos aljabas, Yongur, Soyiketu Cherbi y Jadagán Daldurjan, tres más.

Todos dijeron:

No permitiremos que te falte
bebida matutina.
No olvidaremos nunca
la bebida nocturna.

Se hicieron cocineros. Y Deguei habló, dijo:

De hacer con un cordero de dos años
caldo
no deje yo
a la mañana
ni me olvide
a la noche.

Guardando bien las ovejas pintas
llenaré de lana el fondo del carro.
Guardando bien la oveja amarilla
haré grande el rebaño.
Si flojo y glotón fuese
guardando las ovejas,
coma yo tripas sólo.

Y Deguei guardó las ovejas. Cuando habló luego su hermano pequeño, Guchudur, dijo:

No será por mí
que vuelque el carro.
No será por mí
que rompa el eje.

Dijo: Yo cuidaré los carros que llevan las tiendas.

Dodai Cherbi dijo: Deja que yo me cuide de los siervos y siervas de la tienda.

Luego, Gengis Kan dijo: Jubilai, Chilgutei, Jarjaí, los tres, con Jasar, llevarán espada.

A los que se ufanen de su poderío
rebanaréis
el cuello.
A los que se ufanen de su valentía,
cortaréis el pecho en dos
por medio.

Y dijo: Belgutei, Jaraldai, los dos,

saquen los caballos a los pastos,
tráiganlos de los pastos,
velen los dos por caballos y yeguas.

Y dijo: De los tayichigudes, que Jutu, Morochi y Muljalju, los tres, guarden vacas y bueyes.

Y dijo: Que Arjai Jasar, Tagaí, Sukeguei y Chajurján, los cuatro, sean

flechas
que vayan lejos.
flechas
que vayan cerca.

Cuando Subeguetei el Valeroso habló, dijo:

Seré rata,
me juntaré con otras.
Seré cuervo negro,
me reuniré
con esos que están fuera.

Seré fieltro que tapa,
seré techo.
Seré fieltro que guarda del viento,
seré protección.

Luego, Gengis Kan habló con Yebe y con Bogorchu y dijo: Vosotros dos,

cuando yo no tenía más que la sombra al lado
fuisteis la sombra.
Vosotros me serenabais el pensamiento.
Nunca lo olvidaré.

Y dijo:

Cuando no tenía más fusta que la cola,
la cola fuisteis.
Vosotros me serenabais el corazón.
Nunca lo olvidaré.

Y dijo: Ya que vosotros dos me apoyasteis antes que todos ellos, ¿no habíais de ser vosotros jefes de todos ellos?

Luego habló así, dijo así: Si Cielo y Tierra me protegen para que prospere, vosotros, los mayores que vinisteis dejando a mi *anda* Yamuga por mí y me dijisteis «seremos compañeros», ¿no habíais de ser compañeros dichosos? A todos os daré.

Mandó a Dagai y a Sujejei de mensajeros a Togoril Kan de los kereyides, mandó que le dijeran: Hicieron kan a Temujin. Gengis Kan le pusieron.

Y Togoril respondió así, dijo así: Muy justo es que hagan kan a mi hijo Temujin. ¿Cómo iban a vivir sin caudillo los mongoles? No violéis el acuerdo. No desatéis lo atado. No rompáis el anillo.

Gengis Kan mandó luego por Arjai Jasar y Chajurján un mensaje a Yamuga.

Y dijo Yamuga: Hablad con Altán y con Juchar. Eso les dijo. Decid: «Altán, Juchar, los dos, ¿por qué os metisteis entre *anda* Temujin y yo

pinchando
...
picoteando
las costillas

del *anda*? ¿Por qué nos hicisteis separarnos? ¿Por qué cuando mi *anda* y yo estábamos juntos y aún no os habíamos dejado separarnos, por qué no hicisteis kan entonces a Temujin? ¿Pensando qué le hicisteis kan ahora? Altán y Juchar, los dos, cumplid lo prometido, calmad el pensamiento de mi *anda*, sed compañeros buenos.

Taichar y Yochi Darmala

Tras esto, Taichar, hermano de Yamuga, que acampaba en Oleguei, al pie del monte Yamala, fue a robar los caballos de nuestro Yochi Darmala que estaban en la estepa de Sagari.

Robó Taichar los caballos a Yochi, marchó con ellos.

Y como le habían quitado los caballos y no tenía compañeros dispuestos a seguirle, fue Yochi Darmala solo, de noche, siguiendo el rastro, llegó donde estaban, se echó de lado en el caballo cogido a la crin, como si fuese un caballo sin jinete vagando por la estepa, se fue acercando muy despacio y cuando estuvo cerca mató a Taichar de un solo flechazo, cogió los caballos, regresó.

Los yaradanes van contra Gengis Kan

Como uno de los nuestros matara a su hermano
[illegible] Taichar [illegible]
trece tribus unidas, treinta mil, pasaron el Alagugud y el Targagud para atacar a Gengis Kan.

Gengis Kan estaba en Gurelgu. Llegaron Mulke Totag y Boroldai, ikires, diciendo: Se acercan.

Trece círculos de tiendas tenía Gengis Kan con él, treinta mil hombres.

Salió contra Yamuga.

Presentó combate en Dalau Baljud. Y Yamuga le hizo retroceder, le hizo buscar refugio en los estrechos de Yerene, en el Onón.

Les hicimos correr a refugiarse en el Yerene, en el Onón, dijo Yamuga.

Y volvió Yamuga al campamento, y mandó hervir en setenta calderas a todos los príncipes chainos. Mandó que le cortaran la cabeza a Negudei Chagagán, uúa, la arrastró atada a la cola del caballo.

Luego, después que Yamuga regresó, Jurchudei con sus urugudes y Juchuldar con sus mangudes dejaron a Yamuga, fueron con Gengis Kan.

Y padre Munglig, jonjotad, que estaba con Yamuga, se separó también de Yamuga, con sus siete hijos, fuese también con Gengis Kan. Dejan a Yamuga, decía Gengis Kan. Estaba muy contento. Van viniendo, decía.

Y Gengis Kan, Joguelun, Jasar, junto con Sacha Beki, Taichú y otros yurkines, se dijeron: Hagamos una fiesta en el bosque a orillas del Onón.

La fiesta del Onón

[illegible] la fiesta primero a Gengis, a Joguelun a Jasar, a Sacha Beki y a otros más. Empezóse a escanciar luego por Ebeguei, madre segunda de Sacha Beki, y Yoriguín Katún y Jugurchin Katún dijeron:

¿Cómo escancias a Ebeguei antes que a mí? Y pegó a Sikigur, que era quien escanciaba. Y dijo Sikigur: ¡Porque Yesuguei el Valiente y Nekún Taisi murieron ya, se me trata así! Y se puso a llorar y a dar gritos.

Belgutei y Buri el Fuerte

Estaba de vigilante nuestro en la fiesta Belgutei. Buri el Fuerte era el de los yurkines. Y cogió Belgutei a un yadaguid robando las riendas de un caballo nuestro. Y Buri le defendió por ser de los suyos. Se enfrentó a Belgutei, le arrancó en la lucha la manga derecha, le dejó el brazo al descubierto, le tajó con la espada en el hombro desnudo.

Y Gengis Kan, que descansaba sentado a la sombra, le vio venir sangrando, herido.

Y dijo: ¿Cómo se han atrevido a hacernos esto?

Y dijo Belgutei: La herida no es nada. No quiero yo que por mi causa riñan los parientes. Esto cura en seguida. Ya me siento mejor. Todavía el hermano mayor y el hermano pequeño no han aprendido a vivir juntos, que el hermano mayor se contenga, que no tome venganza.

Gengis Kan y los suyos, arrancando ramas de los árboles, sacaron los palos de batir los odres del kumis, dieron a los yurkines de palos, los corrieron, tomaron a Yoriguín Katún y a Jugurchín Katún de rehenes. Y hasta que los yurkines no dijeron «Hagamos las paces», no se las devolvieron.

Contra los tátaros

Luego llegó un mensaje. Decía: El Altán Kan de los kitades, porque Meguyín Segultu y otros no atendieron sus órdenes, envió un mensaje a Ong Ching Siang diciendo: «Que se dispongan las tropas sin demora». Ong Ching Siang sube por el Ulja, detrás de los tátaros, que se acercan con Meguyín Segultu a la cabeza, con sus rebaños y sus carros.

Gengis Kan dijo entonces:

Desde tiempos antiguos, desde que mataban a nuestros padres y a nuestros abuelos, son los tátaros enemigos. Ahora llega su hora.

Mandó un mensajero a Togoril Kan, le dijo: Me dicen que el príncipe Siang se acerca, sube por el Ulja detrás de los tátaros de Meguyín Segultu. Ataquemos juntos a los tátaros que mataron a los padres y a los abuelos nuestros. Póngase mi padre Togoril Kan en marcha.

Recibido el mensaje, Togoril Kan dijo:

Mi hijo vino a mí. Sus palabras son justas.

Y ordenó su ejército Togoril Kan y llegó al cabo de tres días. Gengis y Togoril mandaron un mensaje a los yurkines. Decía: Ataquemos unidos ahora a los

tátaros que mataron a los padres y a los abuelos nuestros.

Seis días esperaron que llegara respuesta. Pero como la respuesta no llegó y no podían esperar más, mandaron Gengis y Togoril a sus ejércitos ponerse en marcha. Por el Ulja fueron y atacaron con el príncipe Siang en Jutusu Chituguen y Naratu Chituguen del Ulja, donde los tátaros, mandados por Meguyín se hicieran fuertes.

Defendiendo el fortín les encontraron.

Gengis Kan y Togoril Kan tomaron el fortín, cogieron presos a los defensores; mataron a Meguyín y Gengis Kan tomó para sí su cuna de plata y la manta tachonada de estrellas.

Gengis Kan y Togoril Kan fueron los dos donde el príncipe Siang y le dijeron: Ya matamos a Meguyín [illegible] príncipe Siang, muy complacido, dio a Gengis el título de Pacificador. A Togoril le nombró Ong, que significa príncipe. Y porque el príncipe Siang le diera este título, Togoril se llamó desde entonces Ong Kan.

Luego, el príncipe Siang habló y dijo así: Fue un servicio grande al Altán Kan ayudarnos a matar a Meguyín Segultu. Informaré de él. Que diga el Altán Kan si Gengis Kan merece mejor título.

Volvió hacia el sur el príncipe Siang feliz con la victoria. Gengis Kan y Ong Kan partieron el botín, juntaron a los suyos y volvieron también.

Sikiken Juduju

Cuando saqueaban nuestros soldados el campamento de los tátaros en Naratu Chituguen, donde se habían fortificado, encontraron abandonado un niño. Y llevó Gengis Kan a aquel niño, que tenía en la nariz un

anillo de oro y que vestía un peto de seda dorada forrado de marta, a madre Joguelun. Le dijo: Un regalo.

Y habló madre Joguelun. Dijo así: Hijo de un noble ha de ser. Su padre ha de ser de noble origen.

Y, haciéndole el sexto de sus hijos, hermano pequeño de sus cinco, le puso la madre Sikiken Juduju. Con ella lo crió.

La traición de los yurkines

Gengis Kan dejara acampando a los suyos en las orillas del lago de Jariltu. Y los yurkines despojaron de sus ropas a cincuenta hombres de los que habían quedado allí en el gran campamento, mataron a diez. Cuando los que quedaran en el campamento dijeron a Gengis Kan «mira lo que nos hicieron los yurkines», Gengis Kan se enfureció.

Dijo: ¿Cómo se atrevieron a hacernos esto? Dijo: Cuando celebramos la fiesta en el bosque del Onón pegaron a Sikigur. Luego hirieron a Belgutei. Cuando dijeron «Hagamos las paces» les devolvimos a Yoriguín y a Jugurchín. Luego les dijimos: «Venid contra los tátaros odiados que mataban a los padres y a los abuelos nuestros». Y aunque les esperamos seis días no vinieron y apoyándose en nuestros enemigos se hicieron enemigos.

Contra los yurkines

Y salió contra ellos.

Acampaban entonces en el Dologan Boldagud de la isla de Kodoge del Kerulen. Cayeron sobre ellos y les desbarataron.

Y Sacha Beki y Taichú, con unos cuantos sólo, huyeron con lo puesto. Y los nuestros siguieron su rastro, les dieron alcance en el estrecho de Teletu.

Dijo Gengis Kan a Sacha y a Taichú: ¿Qué hablamos tiempo ha?

Sacha y Taichú dijeron: No cumplimos lo dicho. ¡Cumple lo que dijimos! Y pusieron el cuello.

Gengis Kan, haciendo honor a su palabra, cumpliendo lo que dijeran ellos mismos, les cortó la cabeza. Abandonadas quedaron en el polvo sus dos cabezas cuando partió de allí.

Tras cumplir con Sacha Beki y con Taichú, reunió a los demás yurkines y les hizo alzar el campamento. Y los hijos de Telejetu el Rico, Gugún Ugá, Chilagún Gúgún á Gengis Kan con sus dos hijos, Mujali y Buja, y haciéndole entrega de ellos dijo:

Déjales ser esclavos
del umbral.
Si del umbral de tu tienda se apartan,
córtales los tendones encima del talón.
Déjales ser esclavos de tu umbral.
Si abandonan tu puerta,
sácales las entrañas
y olvídate de ellos.

Y Chilagún entregó a Gengis Kan también a sus dos hijos, Tungue y Jasi, diciendo: Te los entrego y digo:

Deja que guarden el umbral
de tu tienda dorada.
Si abandonan el umbral de tu tienda
siega su vida y olvídate de ellos

Te los doy y te digo:
Abran ellos la ancha puerta.
Si de ella se apartan
atraviésales el corazón y olvídate de ellos.

Borogul

A Yebke se lo dieron a Jasar. Yebke trajo del campamento de los yurkines un niño llamado Borogul: fue a madre Joguelun, se lo dio.

Y madre Joguelun criaba en su tienda al niño Guchu hallado en el campamento de los merkides, al niño Kokochu, del campamento de los besudes tayichigudes, al niño Sikiken Juduju, del campamento de los tátaros, y al niño Borogul, de los yurkines, cuatro, y mientras madre Joguelun les criaba en su tienda, decía:

¿Quiénes serán mejor para mis hijos,
ojos que de día ven,
oídos que oyen de noche?

Razón de que a los yurkines les llamaran así

La razón de que llamaran yurkines a los yurkines es que el hermano mayor de Kabul Kan, Okín Barjaj, tenía un hijo llamado Sorjatu, que cuando se hizo yurkín diciendo «El hermano mayor de los hijos de Kabul Kan», Kabul Kan eligió de su gente y le dio hombres fuertes y potentes

con hiel en el hígado,
con buen pulgar para tirar las flechas;
con los pulmones llenos de corazón;
con bocas llenas de furor.
Todos ellos hábiles y diestros.

Y porque tenían furia, tenían bilis, tenían corazón eran yurkines, que significa irresistibles, he ahí la razón de su nombre.

Gengis Kan venció a aquellas gentes valerosas, destruyó su linaje. Hizo a libres y siervos posesión suya.

Cómo murió Buri el Fuerte

Y Gengis Kan dijo: Que luchen Buri el Fuerte y Belgutei.

Buri el Fuerte era yurkín.

Una vez, cogiera a Belgutei con una mano, derribárale con una zancadilla, pusiérale con la espalda en el suelo. Buri el Fuerte era el más fuerte de toda la nación. Por [illegible] hacía luchar.

Buri, el hombre con quien no podía nadie, se dejó caer, pero no dejaba a Belgutei ponerle de espaldas en el suelo. Sólo sujeto de los hombros sentado se dejaba tener. Con la espalda bien recta.

Belgutei miró atrás. Vio que Gengis Kan se mordía el labio, comprendió, le trabó por los hombros, le cruzó las puntas del cuello, tiró, asiéndolas con fuerza, púsole la rodilla en la espalda, se la partió y acabó así con él: le partió la columna. Y Buri el Fuerte, con la espalda quebrada, habló así, dijo así:

No debí dejarme caer. Por miedo al Kan, por argucia, caí, vacilé. Y así me quitaron la vida.

Y murió.

Y Belgutei, que le había partido la espalda, lo llevó, arrastró lejos y allí lo dejó.

De los siete hijos de Kabul Kan, Okín Barjaj era el mayor. Le seguía Bartán el Valeroso. Yesuguei el

Valiente era hijo suyo. Le seguía Jutujtú Mungler. Dél era Buri el Fuerte, que olvidando el linaje de Bartán el Valeroso, se hiciera compañero de los valientes hijos de Barjaj. Buri el Fuerte, el más fuerte de toda la nación, al que Belgutei partió el espinazo.

Yamuga Kan

Luego de esto, por el año del gallo, los jadaguines y los salyigudes se juntaron. Los jadaguines al mando de Baju Chorogui y al de Chirgadai los salyigudes. Hicieron la paz dorbenes y tátaros, los dorbenes con Jayigún Beki; con Yalín Bujá, tátaro aichi, los tátaros; Tugue Mague, ikir, con los ikires; Derjet, Emel Alkí y varios más, con los unguirades; Chonaj y Chagagán con los gegolas; Butyiruj Kan de los naimanes guchugudes, con los naimanes; Jutu, hijo de Togtoga Beki, con los oyirades; y tayichigudes como Targutai Kiriltug, Jodún Orchang y Aguchu Bagatur con los tayichigudes.

Todos hicieron junta en la fuente de Aljui, todos dijeron: Nombremos kan al yayirad Yamuga.

Cortaron por la mitad la yegua y luego el garañón. Hicieron alianza.

Bajaron por el Ergune luego hasta la punta de la isla que hay donde desemboca el Ken en el Ergune. Allí hicieron a Yamuga señor de todos, kan.

Y dijeron después:

Vamos contra Gengis Kan y contra Ong Kan. Pongámonos en marcha.

Y Yoridai, gorola, avisó a Gengis Kan, que estaba en el Gurelgu, le envió recado, le mandó un mensajero a decir todo lo que dijeran.

Cuando lo supo Gengis Kan mandó mensaje a Ong Kan. Nada más recibirlo, Ong Kan se puso en pie de guerra, acudió sin demora, vino, acudió a Gengis Kan.

Llegado Ong Kan, juntáronse los dos, hablaron, dijeron: Vamos contra Yamuga.

Se pusieron en marcha, siguieron el Kerulen. Gengis Kan mandó a Altán, Juchar y Daritai, los tres, en vanguardia. Ong Kan mandó a Sengum, Yaja Gambu y Bilgue Beki, los tres, en vanguardia. Y luego mandaron batidores de esas vanguardias que corrieran el campo y pusieron primero centinelas en Enejen Guiletú, luego en monte Chegcher. Luego en el Chijurjú.

Cuando nuestras vanguardias, Altán, Juchar, Sengum y los demás, llegaron a Udkiya, dijeron: Acampemos. Y llegó a toda prisa uno de los centinelas del Chijurjú con este mensaje: Ya viene el enemigo.

Al saber esto, no acamparon. Dijeron: Veamos quiénes son.

Fueron, llegaron, preguntaron, dijeron: ¿Quién?

Aguchu Bagatur, mongol, Buyirug Kan, naimán, Jutu, el hijo de Togtoga Beki, el merkid, Juduja Beki, oyirade, vanguardias de Yamuga.

Nuestras avanzadillas les gritaron.

Cuando gritaron ellos, caía ya la noche.

Dijeron: Lucharemos mañana. Y se retiraron para pasar la noche, se unieron a las tropas.

La yada de la tempestad

A la mañana, ordenaron sus tropas, unieron fuerzas, presentaron combate en Koyiten. Buyirug Kan y Juduja sabían una *yada*, sabían hacer la *yada* que trae las tempestades.

Y cuando empezaron a hacerla, se volvió contra ellos. La *yada* se volvió contra los que la hacían.

Los que hicieron la *yada* no podían avanzar, caían en los barrancos, decían «El cielo no nos quiso», se dispersaban.

Buyirug Kan, con sus naimanes, se separó, se fue, se dirigió al Monte Grande del Altai.

Jutu, hijo de Togtoga, de los merkides, se fue camino del Selengue.

Juduja Beki, de los oyirades, se fue buscando el bosque, camino del Onón.

Y Yamuga expolió a aquellos mismos que le habían hecho kan. Luego se fue también. Volvió, bajó por el Ergune.

La lucha de los tayichigudes

Dispersados así los enemigos, Ong Kan se fue tras de Yamuga por el Ergune. Gengis Kan, tras Aguchu, de los tayichigudes, al Onón.

Aguchu Bagatur juntó su gente, se apartó, marchó en retirada con los tayichigudes. Al verse perseguido, dispuso sus guerreros en orden de combate a orillas del Onón. Pararon a hacer frente. Dijeron: No pasarán el río. Dijeron: ¡Luchemos!

Y Gengis Kan luchó. Luchando encarnizadamente con la suerte indecisa, cayó la noche. Pasaron la noche casi hombro con hombro todos los combatientes, en el mismo campo de batalla.

Y la gente que venía huyendo se acercó, se juntó, hizo allí campamento. Pasó la noche junto a los soldados.

La herida del cuello

Hirieran a Gengis Kan de un flechazo en el cuello en el combate y allí estaba, intentando restañar la sangre de la herida. Desde mucho antes que el sol se pusiera no paraba de sangrar la herida. Allí estaba herido, hombro con hombro con el enemigo.

Yelme le chupaba sin cesar la sangre para curar la herida. Velando estaba Yelme con él. Y tanta sangre había chupado que se le escapaba ya por las comisuras de los labios. Pero no podía confiar en nadie más. Hasta la media noche estuvo Yelme chupando y escupiendo la sangre que manaba.

Cuando Gengis Kan recuperó el sentido, habló así, dijo así:

La sangre dejó de manar ya. Tengo sed.

Y Yelme se quitó el gorro, se quitó botas, ropas, todo se lo quitó. Sólo con los calzones y lo demás desnudo, cruzó corriendo entre los enemigos que estaban allí al lado, hombro con hombro, subió a un carro de los que huyeran y acamparan detrás. Buscó leche de yegua. No la había. Al huir, soltaran las yeguas. No habían ordeñado.

Al no hallar leche, cogió de aquellos carros un caldero de cuajo. Volvió con ello.

No le vieron al ir ni al volver. No le vio nadie. El Cielo sí le vio. Le protegía.

Luego él mismo, el propio Yelme, sí, fue a buscar agua, mezcló con ella el cuajo, dio de beber al Kan.

Gengis Kan bebió, descansando, tres veces.

Luego habló y dijo: Se me aclaró la vista ya.

Incorporóse. Y como ya empezaba a amanecer, miró en torno suyo y vio el charco donde Yelme, tras chupar y chupar, escupiera la sangre de la herida.

Y dijo Gengis Kan al ver aquel charco de sangre: ¿Qué es esto? ¿No pudiste escupir esa sangre un poco más lejos?

Dijo Yelme: Era una mala herida. No podía tragar más. ¿Cuánta sangre puede tragar un hombre? Sangraste muchas horas. No podía separarme de ti.

Y Gengis Kan dijo: ¿Cómo, entonces, corriste desnudo y entraste entre ellos? Si te hubiesen cogido, ¿habrías dicho que yo estaba así?

Dijo Yelme: Cuando me fui desnudo pensé, si me sorprenden les diré: «Venía con vosotros. Los mongoles me vieron, me cogieron, dijeron "Matémosle", y me empezaron a desnudar. Pero cuando sólo les faltaba ya quitarme los calzones, conseguí escapar y aquí estoy, vengo a unirme a vosotros». Me creerían, me darían ropa y armas, me darían un caballo. Ante sus propios ojos, rápido, ¿no me habría puesto en marcha, no habría vuelto? Eso pensé. Pensé: «Podré saciar la sed del kan en un pestañeo». Pensando eso fui.

Y Gengis Kan habló así, dijo así:

¿Ahora qué diré? Tiempo ha, cuando vinieron aquellos tres merkides y me hicieron dar vuelta a Burjan por tres veces, me salvaste la vida una vez. Ahora otra vez, sorbiendo con tu boca la sangre de mi herida, me salvaste la vida. Luego, cuando me abrasaba de sed, arriesgando la vida, en un pestañeo, cruzaste entre las filas enemigas y dándome de beber lo que necesitaba, me volviste a la vida. Son tres grandes servicios. No los olvidaré.

Jadagán

Al amanecer, los soldados que pasaran la noche hombro con hombro con el enemigo, vieron que el enemigo había alzado el campo. Las gentes que huyeran y plantaran un círculo de tiendas detrás dijeron que no podrían huir. No abandonaron el lugar donde habían acampado.

Hagamos que los que huyeron vuelvan, dijo Gengis Kan.

Y hacia ellos fue para hacerles volver. Y cuando iba hacia allí, él mismo vio a una mujer vestida de rojo que gritaba en un alto: ¡Temujin!

Mandó uno a preguntar. Le dijo, dile: ¿De quién es esposa la que grita así?

Fue aquél y preguntó. La mujer dijo: Hija soy de Sorjan Chira, soy Jadagán. Los soldados cogieron a mi esposo para matarle. Yo llamé, di gritos, di voces, dije «Que Temujin le salve».

Cuando volvió aquél y lo explicó, el propio Gengis Kan fue allí al galope. Desmontó donde estaba Jadagán. Se abrazaron.

Pero nuestros soldados mataran ya al marido.

Después de hacer volver a aquella gente, Gengis Kan, con todo el grueso del ejército, acampó allí para pasar la noche. Y mandó Gengis Kan que llevaran a su tienda a Jadagán, la hizo sentarse a su lado.

Al día siguiente, llegaron a unirse a ellos también Sorjan Chira y Yebe, que estaban con los tayichigudes. Y dijo Gengis Kan a Sorjan Chira:

> Echar al suelo la pesada madera que al cuello llevaba,
> quitarme de encima la pesada madera que al cuello tenía,

fueron servicios vuestros, de padre e hijos. ¿Cómo tardasteis tanto?

Y dijo Sorjan Chira: Pensé, dije: «¿Por qué apresurarme? Si me precipito y voy con él, los príncipes tayichigudes, ésos, esparcirán como cenizas a mi esposa, mis hijos, mi ganado, mis bienes, todo lo que deje atrás». Sin precipitación, ahora, con nuestro Kan vinimos.

Así habló Sorjan Chira.
Gengis Kan dijo: ¡Bien!

Yebe

Luego, Gengis Kan dijo: En el encuentro de Koyiten, al empezar la lucha, vino una flecha hacia nosotros lanzada desde un alto. ¿Quién lanzó aquella flecha que atravesó el cuello a mi caballo, el de la boca blanca?

Entonces, Yebe dijo: Yo lancé aquella flecha. Si el kan me hace matar, fecundaré sólo un pedazo de tierra como la palma de la mano. Mas si me favorece

> avanzaré por él
> hasta partir en dos las aguas hondas
> hasta hacer mil pedazos la piedra brillante.
> Avanzaré por él
> hasta hacer trizas la piedra azul
> cuando él diga «Adelante»,
> hasta hacer mil pedazos la piedra negra
> cuando él diga «¡Al ataque!»

Y dijo Gengis Kan: El que fue enemigo, oculta que mató, que fue enemigo, esconde su cuerpo y esconde sus palabras, teme. Pero él no oculta que ha matado, que ha sido enemigo; lo proclama. Puede ser compañero. Se llama Yirgogadai. Como hirió a mi caballo de guerra, el de la boca blanca, en el cuello, lo usaré como un arma, le llamaré Yebe, que significa arma.

Y llamándole por el nombre de Yebe, le dijo: Ven a mi lado.

Así vino Yebe de los tayichigudes y se hizo compañero.

Luego de expoliar a los tayichigudes y esparcirlos como las cenizas, Gengis Kan segó la semilla de la semilla de todo su linaje, rompió el hueso de los tayichigudes. Acabó con Aguchu Bagatur, con Joton Orchang, con Jududugudar.

Luego, levantó el campo. Fue a pasar el invierno a Juba Jaya.

CINCO

El anciano Sirguguetu y sus hijos Alag y Nayaga

El anciano Sirguguetu, bagarín nichigud, con sus hijos Alag y Nayaga, apresaron a Targutai Kiriltug, jefe de los tayichigudes, que estaba escondido en el bosque. Dijeron: Es un hombre odiado. Como no podía montar a caballo, le subieron a un carro. Y cuando ya venían con él, llegaron tras ellos los hijos y hermanos pequeños, les dieron alcance. Dijeron: ¡Entregádnoslo!

Y el anciano Sirguguetu sacó el cuchillo y dijo así:

Tus hijos y hermanos pequeños vinieron por ti. Si dijese «Alcé la mano contra mi señor» y no te matase, ellos me matarían, dirían: «Alzaste la mano contra tu señor». Si te mato me matarán igual, pero tendré una almohada, serás almohada mía.

Cuando iba a degollarle ya con el cuchillo, Targutai dijo a voces a sus hijos y hermanos pequeños: Sirguguetu va a matarme. Después que me mate, ¿de qué os valdrá llevaros mi cuerpo sin vida? Antes de que

me mate, volved grupas. Temujin no me matará. Cuando Temujin era niño, yo dije:

La mirada le arde,
la cara le brilla.

Dije: «Se quedó abandonado en un campamento sin amo». Fui por él y lo llevé conmigo. Dije: «Si le enseño, creo que aprenderá». Le instruí y le adiestré como se adiestra a un potro de tres años, a un potro de dos. Si hubiese dicho: «Acabaré con él. Le mataré», ¿acaso no habría podido hacerlo? Ahora que dicen que

su inteligencia
vuela,
su pensamiento
se remonta,

él no me matará. Hijos míos, hermanos pequeños, dad vuelta. Me matará Sirguguetu si no.

Y sus hijos y hermanos pequeños hablaron entre sí. Dijeron: Vinimos diciendo «Salvaremos la vida del padre». Si ahora Sirguguetu le quita la vida, ¿qué haremos con su cuerpo vacío? Demos la vuelta antes de que le mate.

Y volvieron.

Los hijos del anciano Sirguguetu, Alag y Nayaga, que se habían apartado, volvieron. Y cuando se acercaban ya con Targutai Kiriltug a Jutujul Nugú, Nayaga dijo:

Cuando lleguemos, Gengis Kan se dirá «Éstos se alzaron contra su señor». Dirá: «Éstos que se han alzado contra su señor, ¿qué confianza merecen? ¿Qué compañeros van a ser? No los queremos como compañeros. El que se alza contra su señor, debe morir decapitado». Pero si soltamos a Targutai, si le dejamos libre, si vamos y decimos: Vinimos sólo con nuestros cuerpos a darte poderío. Si decimos: Apresamos a Targutai y veníamos con él hacia aquí, pero no fuimos capaces de entregar a nuestro señor. Dijimos «¿Cómo podemos ser la cau-

de que muera ante nuestros ojos?» Por eso le soltamos y vinimos, por fe que te tenemos. Porque dijimos: Acrecentemos su poder.

Siguieron el consejo de Nayaga. Dejaron libre a Targutai en Jutujul Nugú, le dejaron volver.

Y cuando se presentaron ante Gengis Kan, Gengis Kan dijo:

Contad cómo vinisteis.

Y dijo el anciano Sirguguetu: Cuando después de apoderarnos de Targutai veníamos hacia ti, dijimos: «¿Cómo vamos a ser la causa de que nuestro señor muera ante nuestros ojos?» Y le soltamos, le dejamos volver, dijimos: Vamos nosotros solos a dar poder a Gengis Kan.

Y dijo Gengis Kan:

Si me hubieseis entregado a Targutai, vuestro señor, os habría hecho decapitar. Con vuestra semilla y la semilla de vuestra semilla hubieseis perecido por entregar a Targutai, que era vuestro señor. Obrasteis bien.

Y favoreció mucho a Nayaga.

Luego, cuando Gengis Kan estaba en Rersud, Yaja Gambu, kereyid, vino para ser un compañero más.

Luego, vinieron contra nosotros los merkides. Y Gengis Kan, Yaja Gambu y otros más, les hicieron frente, les pusieron en fuga.

Luego, los diez mil tubeguenes, los numerosos donjayides y los kereyides, vinieron a unirse a Gengis Kan.

Cómo Yesuguei Kan y Ong Kan se hicieron andas

Cuando vivía Yesuguei Kan, él y Ong Kan, de los kereyides, vivían feliz y pacíficamente en buena vecindad. Se hicieron *andas*.

Ong Kan se hizo *anda* de Yesuguei Kan porque cuando mató a los hermanos pequeños de Jurchajus Buyirug Kan, su padre, cuando se alzó contra su tío paterno Gur Kan y hubo de refugiarse en Jaragún Jabchal sólo con cien y acudió a Yesuguei, Yesuguei le acogió, le defendió con sus soldados, hizo retroceder a Gur Kan hacia Jasín y le tomó y dio a Ong Kan gente y parientes suyos. Así se hicieron *andas*.

La historia de Ong Kan

Mató luego Ong Kan a su hermano pequeño Erke Jara y huyó. Entró en el territorio de Inancha Kan de los naimanes. Inancha Kan envió tropas. Ong Kan cruzó por tres ciudades, fue con Gur Kan de los jara kitades.

Luego, se alzó contra Gur Kan, pasó por las ciudades de los uyigudes. Cinco cabras de leche para alimentarse tenía sólo. Y la sangre que le iba sacando a un solo camello que llevaba.

Así llegó al lago de Gusegur.

Y Gengis Kan, como había sido *anda* de Yesuguei, su padre, le envió mensajeros, mandó a Tagaí Bagatur y a Sukeguei Jegún, desde las fuentes del Kerulen.

Luego, el propio Gengis Kan salió a su encuentro. Dijo: «Viene hambriento, pobre y necesitado».

Y le dio gente suya, dejó que entrara en su círculo de tiendas, le alimentó.

Pasaron juntos el invierno en Juba Jaya.

Luego, los hermanos pequeños de Ong Kan, príncipes, y otros más hablaron, dijeron:

Este Kan nuestro hermano tiene mal carácter. Mató a sus hermanos. Se sometió a los jara kitades. Es cruel. ¿Qué haremos con él? Cuando era niño, cuando contaba siete años, le cogieron cautivo los merkides, vestido con la piel de una cabra pinta, le pusieron a batir el

mortero, allá en la estepa de Bugura, donde corre el Selengue. Luego, su padre Jurchajus Kan venció a los merkides, salvó a su hijo. Pero Ajaí Kan de los tátaros le cogió cautivo otra vez cuando tenía trece años, junto con su madre; hubo de guardar su rebaño de camellos hasta que mató al pastor que le guardaba a él y pudo huir. Luego, por miedo a los naimanes, huyó otra vez, se fue con Gur Kan de los jara kitades a la tierra de los musulmanes, por donde corre el Chui. Y antes de que se cumpliera el año, se alzó contra Gur Kan, cruzó las tierras de los uigudes y de los tangudes, vivió de la leche que daban cinco cabras y de la sangre de un camello. Solo, en un caballo ciego, en el caballo de crin y cola negras, acudió a su hijo Temujin. Y Temujin le dio gente, le dio de comer. Ahora, olvidando cómo llegó al hijo Temujin, se va, se separa de él. No es digno. ¿Qué haremos con él?

Altún Asug contó a Ong Kan todo lo que se había dicho. Le dijo: Yo también intervine en el consejo, pero no pude abandonar a mi kan.

Ong Kan mandó apresar a los hermanos pequeños y a los jefes, a Al Jutur, a Julbari, a Arín Taisi, a los que habían hablado.

Yaja Gambu abandonó a los hermanos pequeños, se fue con los naimanes.

Ong Kan mandó que se los llevaran a su tienda encadenados. Así les dijo:

Cuando cruzábamos el territorio de los uigudes y de los tangudes, ¿recordáis qué decíamos? ¿Cómo podría pensar como vosotros yo?

Les escupió en la cara. Mandó que les quitaran las cadenas.

Y después que el Kan les escupió, los que estaban en la tienda se levantaron todos y les escupieron en la cara también.

Contra los tátaros

Pasado aquel invierno, en el otoño del año del perro, Gengis Kan juntó a los suyos en Dalan Nemurgues para ir a combatir a los tátaros cagaganes, los tátaros alchíes, los tátaros dutagudes, los tátaros alujáis.

Y antes de que se iniciara el combate, Gengis Kan ordenó:

Si hacemos retroceder al enemigo, no se detenga nadie a coger el botín. Cuando los hayamos derrotado del todo, el botín será nuestro. Lo repartiremos. Si el enemigo nos hace retroceder, que vuelvan todos al punto de partida. El que desobedezca será decapitado.

Y librado combate en Dalan Nemurgues, les hizo batirse en retirada. Los desbarató. Los hizo volver con toda su nación a Uljui Silujeljid. Tomó gran botín.

Desbaratadas todas estas gentes poderosas de los tátaros, los chajanes, alchíes, dutagudes, a pesar de lo dicho, pese a la orden que diera, Altán, Juchar y Daritai, los tres, no cumplieron lo dicho, no atendieron la orden, se detuvieron a tomar el botín.

Y Gengis Kan envió a Yebe y a Jubilai, los dos, mandó que les dijeran: No cumplisteis la palabra dada. Les mandó que les quitaran los rebaños y bienes que tomaran, lo que habían expoliado.

_Todo se lo quitó.

La venganza

Tras desbaratar y expoliar a los tátaros, Gengis Kan dijo: ¿Cómo trataremos a toda esta nación? ¿Qué haremos con todas estas gentes?

Se juntó en una tienda con todos los parientes, celebró un gran consejo.

Y en el gran consejo, los parientes dijeron:

Desde antiguo los tátaros han venido matando padres y abuelos nuestros.

Vengando
la venganza,
desquitando
el desquite

de abuelos y de padres, vayamos, midámoslos a todos con una cabilla. A los que midan más, matémoslos, acabemos con ellos. A los que queden, hagámosles esclavos. Esparzámosles bien entre todos nosotros.

Y concluido el consejo, cuando salieron de la tienda, Yeke Cherén, el tátaro, preguntó a Belgutei: ¿Qué decisión tomasteis?

Y Belgutei le dijo: Dijimos: Pasen por la cabilla, *matémoslos a todos.*

Al saber esto por Belgutei, Yeke Cherén habló a sus tátaros, alzaron una empalizada, se hicieron fuertes, resistieron. Murieron muchos de los nuestros.

Tras mucho trabajo, se logró que los que se habían hecho fuertes se rindieran. Pero cuando íbamos ya a matarles, cuando les medíamos ya con la cabilla, hablaron entre sí, dijeron:

Que guarde cada uno un cuchillo en la manga, que cada uno se lleve por delante otra vida que le sirva de almohada.

Y mataron a muchos de los nuestros.

Consumada al fin la matanza, tras medirles a todos, Gengis Kan habló así, ordenó, dijo así:

Porque Belgutei reveló lo decidido en el consejo de todos los parientes, murieron muchos de los nuestros. Que Belgutei no vuelva nunca a estar presente en el gran consejo, que quede fuera hasta que acabe. Sea él quien juzgue los actos de los que roban y de los que mienten. Hasta que el consejo no concluya, hasta que no bebamos el vino de la ofrenda, no entren en la tienda ni Belgutei ni Daritai.

Yesuguén y Yesui

Luego, Gengis Kan tomó a Yesuguén Katún, hija de Yeke Cherén el tátaro. Después que Gengis Kan la tomó, Yesuguén dijo:

Si el Kan acepta mi palabra, si el Kan me considera digna a mí y se cuida de mí, sepa el Kan que una que se llama Yesui y es mi hermana mayor, es aún mejor que yo. Ella sí que es digna de un kan. Se casó hace muy poco, ¡quién sabe dónde estará ahora en esta confusión!

Y dijo Gengis Kan:

Si tu hermana mayor es mejor que tú, como me dices, la haré buscar. Pero dime, si apareciese, ¿le cederías tu puesto?

Y dijo Yesuguén: Si el Kan me oye, si pudiera volver a ver a mi hermana mayor, le cedería mi puesto muy gustosa.

Gengis Kan la mandó buscar. Nuestros soldados la encontraron. Iba por el bosque con el hombre al que había sido dada, que lograra escapar. La llevaron al campamento.

Yesuguén al verla, fiel a su palabra, se levantó y le cedió el asiento, se sentó más allá.

Como era tal y como Yesuguén dijera, Gengis Kan la dejó entrar en su pensamiento, la tomó, le hizo ocupar un puesto entre sus esposas.

—

Destruidos ya del todo y expoliados los tátaros, estando un día Gengis Kan sentado fuera de la tienda bebiendo en compañía, con Yesui Katún y Yesuguén Katún, bebiendo juntos, Yesui suspiró.

Gengis Kan, se quedó pensativo, llamó a sus capitanes, a Bogorchu, Mujalf y otros más y dijo, ordenó así:

Mandad que todos los que están en este campamento se coloquen por tribus, que nadie se ponga en una tribu que no sea la suya.

Cumplida la orden, quedó en medio, solo, un joven muy apuesto.

Le preguntaron: ¿Tú quién eres? Dijo: Soy aquel al que dieron a Yesui de Yeke Cherén, tátaro. Cuando el enemigo saqueó el campamento, tuve miedo y huí. Pero volví porque me dije «Ahora hay paz». Dije: «No me descubrirán».

Cuando dijeron esto a Gengis Kan, Gengis Kan ordenó, mandó, dijo así:

Marchó considerándose enemigo, prefirió vivir como un ladrón. ¿A qué vino luego? ¿A espiar qué? Ya pasamos a los otros por la cabilla. ¿Qué dudáis? Quitadle de mi vista.

Y le cortaron la cabeza.

La guerra sigue

Y en ese mismo año del perro que Gengis Kan aniquiló a los tátaros, Ong Kan fue contra los merkides, puso en fuga a Togtoga Beki, le hizo refugiarse en la Hondonada de Bargujin, mató a Togus Beki, su hijo mayor, se apoderó de Jutugtai y de Chagalun, hijas de Togtoga, se apoderó de sus mujeres, despojó a sus hijos Jutu y Chilagún y a todas sus gentes y no le dio nada a Gengis Kan.

Luego, Gengis Kan y Ong Kan fueron contra Buyirug Kan de los naimanes guchugudes.

Llegaron donde estaba acampado, en el Sojog, en Ulug Tag. Él, no pudiendo presentar combate, levantó el campo, pasó el Altai.

Desde el Sojog le persiguieron y, pasados los montes, le siguieron por el Urungu de Jun Singuir y su jefe Yedi Tublug vino en una avanzadilla a espiar y, sorprendido por los nuestros, se le rompió una cincha al caballo y cayó.

Dieron alcance los nuestros a Buyirug Kan en el lago de Kisil Basí y le aniquilaron allí.

La deserción

Cuando Gengis Kan y Ong Kan venían de vuelta, cuando volvían ya, Kogsegu Sabrag, caudillo naimán, dispuso a los suyos en orden de combate en Bayidarag Belchir.

Gengis Kan y Ong Kan se dispusieron también para darle batalla. Pero se hacía de noche ya y dijeron: Mañana. Acamparon.

Y Ong Kan, después de mandar encender fuegos a los suyos, levantó el campo en mitad de la noche y se fue. Por el Jara Segul.

Luego, fue Yamuga a Ong Kan, se unió a él, habló con él, dijo Yamuga:

Mi *anda* Temujin había avisado a los naimanes. Por eso no viene. Kan, mi Kan, yo soy el ave que no se va cuando el invierno llega. Soy ave que se queda. Temujin es como la golondrina que se va. Se fue con los naimanes. Se quedó atrás para juntarse a ellos.

Y Gurín Bagatur de los ubchigues dijo a Yamuga entonces:

¿Por qué para halagar, injurias y afrentas a tu justo hermano?

Gengis Kan había dicho «Luchemos». Pasó la noche allí y, a la mañana, cuando rayaba el día miró donde Ong Kan estaba y ya no estaba.

Y dijo:

Somos para ellos como despojos quemados de la ofrenda.

Partieron de allí, entraron por el valle de Eter Altai, acamparon en la estepa de Sagarí.

Desde la traición de los naimanes, Gengis Kan y Jasar, ya no les consideraron compañeros.

Kogsegu Sabrag siguió tras Ong Kan y tras expoliar a las mujeres y a los hijos de Sengum y apoderarse de

ellos y de su gente y siervos, volvió con la mitad de la gente, rebaños y víveres del gran campamento de Ong Kan, que estaba en la desembocadura del Teleguetu. Y en ese combate, los dos hijos de Togtoga, que estaban allí, Jutu y Chilagún, reunieron su gente y se apartaron de él, le dejaron, se fueron Selengue abajo a unirse a su padre.

Despojado por Kogsegu Sabrag, mandó Ong Kan un mensajero a Gengis Kan. Mandó decir, dijo así:

Los naimanes me quitaron gente y siervos, mujeres, hijos. Recurro a ti. Présteme mi hijo sus cuatro capitanes. Que me devuelvan ellos mi gente y mis siervos.

Y juntó Gengis Kan a los suyos y les puso al mando de sus cuatro héroes, Bogorchu, Mujali, Borogul, Chilagún.

Antes de que los cuatro perros de Gengis Kan llegaran, Sengum entró en combate en Julagún Jud y, herido su caballo de un flechazo, cuando estaba a punto ya de caer prisionero, llegaron los cuatro capitanes, le pusieron a salvo, rescataron su gente, siervos, mujeres, hijos, todo.

Entonces, Ong Kan habló así, dijo así:

Su buen padre me devolvió a mi gente, que se había apartado de mí. Ahora también él me devuelve la gente que yo había perdido. Por el Cielo y la Tierra prometo que sabré devolver el servicio.

El padre Ong Kan

Luego, Ong Kan dijo también así:

Mi *anda* Yesuguei Bagatur me devolvió una vez a mi gente separada de mí. Mi hijo Temujin me devol-

vió también a mi gente perdida. Él me los dio otra vez. Cuando éstos, dos, el padre y el hijo, salvan y dan a los que se fueran, ¿en nombre de quién salvan y dan? Yo ya

voy siendo viejo,
y cuando lo sea del todo y llegue,
suba a las cumbres...
Voy siendo viejo ya, sí,
y cuando viejo ya del todo llegue,
vaya a los altos,
a mi gente, ¿quién la gobernará?

Mis hermanos pequeños no son dignos ninguno de ellos. Mi único hijo de nada me vale. No tengo más. Si hiciera a mi hijo Temujin hermano mayor de Sengum tendría ya dos hijos. Mi sucesión sería segura.

Y Ong Kan y Gengis Kan se hicieron padre e hijo en el Bosque Negro del Tugula.

La razón de que se hicieran padre e hijo: Tiempo atrás, antaño, Ong Kan fuera *anda* de Yesuguei Kan, padre de Temujin, y éste dijera: Eres como mi padre. Por eso se hicieron padre e hijo.

Y hablaron, se dijeron, dijeron: Cuando vayamos contra el enemigo, vayamos juntos, luchemos unidos. Cuando vayamos de caza, cacemos unidos, formemos una sola partida.

Se dijeron también, dijeron: A los dos nos envidian,

si la serpiente venenosa
tienta,
no cedamos.
Creamos sólo lo que nos digamos cara a cara.
Si la serpiente del veneno
muerde,
rechacemos la mordedura.
Creamos sólo en lo que verifiquemos cara
a cara.

Y dando así palabra, se quisieron como padre e hijo.

La afrenta

Y dijo Gengis Kan, dijo así: Si ya nos queremos, querámonos más.

Pidió a Jochi Chagur la Bella, hermana pequeña de Sengum. La pidió así, dijo:

Daré a cambio a Tusaja, hijo de Sengum, a nuestra Jojín Beki.

Y Sengum, que se creía muy grande, dijo:

Si fuese con ellos una de las nuestras, habría de quedar a la puerta, mirando al fondo. Si una de las suyas viniese, habría de sentarse al fondo de la tienda mirando a la puerta.

Creyóse más grande, por eso dijo así, nos despreció, no nos quiso, no dio a Chagur Beki, no nos aceptó.

Gengis Kan perdió por dentro por ello el afecto que sentía por Ong Kan y por Nilja Sengum.

La traición

Yamuga comprendió que había perdido aquel afecto por dentro.

Y por la primavera del año del cerdo, Yamuga, Altán y Juchar, Togoril y Jachigún Beki, de los jardakides, Ebuguejín y Noyakim, todos, de acuerdo, fueron con Nilja Sengum hasta los arenales de Berke. Y habló Yamuga calumniosamente. Dijo así:

Mi *anda* Temujin mandó un mensaje, mandó mensajeros a Tayang Kan de los naimanes. La boca dice «padre, hijo». Los hechos otra cosa. ¿Os fiáis? Si no le paráis, ¿qué os aguarda? Si le atacáis, yo iré por un lado.

Cuando Altán y Juchar hablaron, dijeron así: Por ti

sus manos ataremos,
ataremos sus pies.

Cuando Togoril habló, dijo así: Lo mejor es ir y apoderarse de su gente. Si nos apoderamos de su gente, sin gente, ¿qué harán?

Cuando habló Jachigún, dijo así: Si tú, Nilja Sengum, hijo, lo quieres y pides, llegaré al extremo final de lo más largo, al fondo más hondo de lo más profundo.

Dicho todo esto, mandó Nilja Sengum recado, transmitió todas estas palabras a Ong Kan, por Sayiján Todoguen.

Cuando Ong Kan lo supo, habló, dijo:

¿Por qué pensáis así de Temujin, mi hijo? Hasta ahora fue nuestro sostén. Si ahora pensamos mal de él ya no nos querrá el Cielo. Yamuga dice palabras sin sentido. ¿Habla rectamente? ¿Habla verdad?

No aceptó sus palabras. Le mandó volver con Nilja Sengum. No aceptó.

Sengum le envió otra vez a él y le dijo dijera: Si un hombre tiene boca y tiene lengua y habla, ¿por qué no se le cree?

Luego fue ya él en persona y habló. Dijo así:

Si aún estás vivo y fuerte y él no nos considera, cuando a ti, su padre el Kan

se te atragante
la leche que bebas,
se te atasque
la carne en el gaznate

¿querrá que gobernemos nosotros la mucha gente que tu padre Jurchajus Kan reunió con trabajo? ¿Quién y cómo querrá que la gobierne?

Habló entonces Ong Kan, dijo así:

¿Cómo voy a abandonar a un compañero, a un hijo? Si hasta ahora fue nuestro sostén, ¿es justo pensar mal? No nos querría ya el Cielo.

Su hijo Nilja Sengum, al oír esto, abandonó la tienda.

Y Ong Kan, temiendo perder el afecto del hijo, le llamó, le hizo volver y le habló, le dijo así:

Tal vez el Cielo nos quisiera. ¿Cómo dijiste que podríamos matar a ese hijo mío? Ojalá seáis capaces. Explícamelo todo.

Y Sengum habló así, dijo así:

Él pidió a nuestra Chagur Beki. Digámosle: «Ven a comer la comida del compromiso», señalemos un día. Invitémosles y hagámosles venir y apoderémonos de él, de todos ellos.

Dijeron todos ¡Sea! Hicieron un pacto.

Ong Kan mandó un mensaje, dijo: Damos a Chagur Beki. Ven al banquete del compromiso.

El aviso del padre Munglig

Gengis Kan se puso en camino con diez de los suyos. Y, de camino, pasó la noche primera en la tienda de Munglig. Y padre Munglig habló así, dijo así:

Cuando pedimos a Chagur Beki, no la quisieron dar, nos despreciaron. Ahora nos invitan a ir. ¿Por qué esos, que se creen más grandes que nosotros, nos invitan ahora y nos dicen «la damos»? ¿Son sinceros? Hijo mío, te quieren a ti. Piénsalo bien. No vayas. Da un pretexto cualquiera. Di «Llegó la primavera. Han de engordar un poco los caballos».

No fue. Mandó a Bujatai, a Kiratai. Les dijo: Id vosotros al banquete del compromiso.

No pasó de la tienda de padre Munglig. Regresó.

Cuando vieron llegar a Bujatai y a Kiratai, los otros se dijeron: «Desconfía». Vamos y cerquémosle de mañana temprano.

Los dos pastores

Cuando Yeke Cherén, hermano pequeño de Altán, volvió a la tienda, explicó la decisión que habían tomado. Dijo: Dijimos «Vayamos y cerquémosle y apoderémonos de él». Dijimos: «Cojamos prisionero a Temujin de mañana temprano».

Luego dijo: El que le llevase este mensaje, sería bien venido.

¿A qué dices eso? ¡Cuidado!, dijo su esposa Alag Yid.

Mientras hablaban ellos dos, su pastor Badaí entrara con la leche y oyera qué hablaban y habló a su compañero, el pastor Kisilig. Le contó lo que oyera.

Dijo Kisilig: Iré yo a ver. Fue hasta la tienda, y el hijo de Cherén, Narín Keguén, estaba allí fuera, sentado con él, limpiando las flechas, decía: ¿Qué dijimos ha poco?

¿Hemos de soportar que la lengua calle?
¿Hemos de soportar
que la boca no hable?

Luego, Narín Keguén dijo a su pastor, dijo a Kisilig, dijo así: Ve y trae de los pastos al merkid blanco y al bayo de crin y cola negras, el de la boca blanca. Disponlos para salir temprano.

Y volvió Kisilig y habló con Badaí. Dijo así:

Ya miré, ya vi. Era lo que decías. Es verdad. Vayamos los dos. Llevemos el mensaje a Temujin.

Y hecho pacto los dos, fueron por el merkid blanco, por el bayo de crin y cola negras, el de la boca blanca, los dejaron dispuestos y, a la noche, mataron un cordero dentro de la tienda, lo asaron allí, con la madera de su propio lecho hicieron fuego, montaron el merkid y el bayo que tenían dispuestos, partieron en la noche, llegaron aún de noche donde acampaba Gengis Kan y, puestos los dos al norte de la tienda, dijeron en voz alta cuanto oyeran a Yeke Cherén, lo

que dijera su hijo Narín Keguén cuando estaban sentados fuera de la tienda limpiando las flechas, las mismas palabras que ellos dijeran:

> Trae y dispón el merkid blanco y el bayo de crin y cola negras, el de la boca blanca.

Dijeron: Créanos Gengis Kan, no hay duda alguna. Hicieron ese pacto, cumplirán su palabra, dijeron: «Vayamos y cerquémosle y apoderémonos de él mañana temprano».

La huida

Gengis Kan creyó a Badaí, creyó a Kisilig. Mandó avisar a los de más confianza que había cerca, partió, lo dejó todo, huyó. Aquella misma noche alzó su campamento. Fue por detrás de los altos de Mau. Yelme Joga de los urianjades, en retaguardia, con centinelas y vigías, así emprendió la marcha.

Y al día siguiente por la tarde llegó a los arenales de Jalajalyid y acampó allí y descansaron y comieron.

Y cuando estaban allí descansando y comiendo, Chijideí y Yadir que guardaban caballos de Alchidai, vieron la polvareda que alzaba el enemigo en retaguardia, pasados ya los altos de Mau, por Julagán Burujad.

Ya llega el enemigo, vinieron diciendo. Venían arreando los caballos. Cuando dijeron «Ya llega el enemigo», Gengis Kan salió y miró y vio la polvareda que se alzaba por delante de los altos de Mau, por Julagán Burujad y dijo:

Ong Kan es ése. Se acerca. Nos persigue.

Mandó ponerse en marcha. Si no les hubiesen visto a tiempo, les habrían sorprendido.

Y entre los que iban con Ong Kan estaba Yamuga. Y Ong Kan le preguntó:

¿Quiénes lucharán con mi hijo Temujin?

Y dijo Yamuga: Tiene esa gente suya que llaman mangudes y urugudes. Esos combatirán por él. Ésos

> siempre que dan vuelta
> mantienen la fila.
> Siempre que giran,
> conservan el orden.

Son hombres hechos desde muy niños a la espada y la lanza. Hombres que tienen estandartes negros y pintos. Hombres de los que hay que cuidarse.

Y Ong Kan habló entonces así y dijo así:

Que nuestros valientes yirguines se enfrenten a ellos, que Jadag les mande. Y como apoyo suyo Achig Sirún, al mando de los tubeguenes tumenes. Y de apoyo suyo vayan los valientes donjayines olones. Y apoyándolos, con Jori Silemún al mando, los mil de la guardia. Luego iremos nosotros, el grueso del ejército.

Y Yamuga se fue, se apartó de él, y cuando estaba solo, aparte, dijo a sus compañeros:

Ong Kan dice que mande yo este ejército suyo. Nunca pude luchar contra mi *anda*. Él dice que debo mandar este ejército. Él puede menos aún que yo. No es compañero de verdad. Mandaré un mensaje a mi *anda*, que esté prevenido.

Y Yamuga envió un mensaje secreto a Gengis Kan, mandó que le dijeran, dijo:

Ong Kan me preguntó, dijo así: «¿Quién luchará por mi hijo Temujin?» Yo dije: «Irán primero los urugudes y los mangudes». Decidieron entonces poner en vanguardia a los yirguines como primera línea. En apoyo de los yirguines, Achig Sirún, con los tubeguenes tume-

nes apoyados por los donjayines olones apoyados por Jori Silemún, con los mil de la guardia de día de Ong Kan. Luego dijo: «Y como apoyo de él, yo y el grueso del ejército». Luego, Ong Kan me dijo a mí, dijo así: «Hermano pequeño Yamuga, manda tú nuestro ejército». No es un buen compañero. No sería capaz de mandar él su ejército. Nunca pude yo luchar contra mi *anda*. Ong Kan menos que yo. No temas, *anda*. Pero vigila, sí.

El combate

Tras recibir este mensaje, Gengis Kan dijo:

¿Qué me dices tú, tío Jurchedei de los urugudes? Tú serás la vanguardia.

Antes que Jurchedei hablase, Juyildar Sechén, de los mangudes, dijo: Yo lucharé en nombre de mi *anda*. Que decida mi *anda* cómo se cuidará, después, de mis huérfanos.

Y Jurchedei dijo: Por Gengis Kan irán los urugudes y los mangudes formando vanguardia.

Tras estas palabras, Jurchedei y Juyildar, los dos, juntaron a los suyos, pusieron en orden de combate a los urugudes y mangudes.

Y con los yirguines en vanguardia, llegó el enemigo.

Urugudes y mangudes se enfrentaron con los yirguines y les hicieron retroceder. Y cuando iban ya tras ellos, Achig Sirún salió en su auxilio con sus tubeguenes. Y en la lucha, Achig Sirún hirió a Juyildar de un flechazo, le tiró del caballo. Los mangudes se pusieron a cubrir a Juyildar. Jurchedei siguió combatiendo con sus urugudes y desbarató a los tubeguenes. Cuando iba tras ellos, que iban en retirada, le atacaron los donjayides. Jurchedei hizo retroceder también a los donjayides. Y cuando iba tras ellos, cayó sobre él Jori Silemún con los mil de la guardia. Y cuando Jurchedei

rechazó también el ataque de Jori Silemún, le puso en retirada, empezó a perseguirle, Sengum, sin separarse de Ong Kan, le atacó también; pero recibió un flechazo en la mejilla y cayó del caballo. Al caer Sengum del caballo, todos los kereyides abandonaron la lucha para protegerle. Y cuando ya se ponía el sol, los nuestros volvieron con Juyildar muy mal herido. Regresaron.

Gengis Kan, con todos los nuestros, se separó de Ong Kan, abandonó el lugar del combate, se retiró para pasar la noche.

Ogodei, Borogul y Bogorchu

Y cuando estaban pasando allí la noche, esperando que amaneciese, se pasó revista a la tropa y Ogodei, Borogul y Bogorchu, los tres, faltaban.

Y habló Gengis Kan, dijo así: Los fieles Bogorchu y Borogul quedaron atrás con Ogodei. ¿Están vivos o muertos?, ¿cómo ha podido ser?

Pasada ya la noche, Gengis Kan dijo así: Si vienen a acosarnos, lucharemos.

Puso a sus soldados en orden de combate. Esperó.

Y cuando aclaró ya el día, vieron que se acercaba uno. Cuando llegó, vieron que era Bogorchu. Y al verle llegar, Gengis Kan dijo: Alabado sea el Cielo azul eterno. Se dio de golpes en el pecho.

Y dijo Bogorchu:

Cuando atacaba al enemigo, me mataron el caballo a flechazos. Huí corriendo a pie. Y cuando vi un momento favorable cuando los kereyides protegían a Sengum, vi un caballo con la carga inclinada a un lado y le corté las cuerdas, monté, salí al galope, siguiendo vuestro rastro, buscándoos. Así vine, aquí estoy.

Poco después vieron llegar a otro. Iba a la grupa, las piernas colgando. De lejos, parecía uno solo. Llegó.

Era Borogul con Ogodei echado delante en el caballo. Borogul tenía sangre en las comisuras de los labios, Ogodei, una herida de flecha en el cuello. Le había cerrado la herida chupándole la sangre.

Gengis Kan, al verle, se echó a llorar, se le encogió el espíritu, mandó encender un fuego, mandó cauterizar la herida, mandó dar de beber a Ogodei. Dijo: Si el enemigo viene, lucharemos.

Y habló Borogul, dijo así:

La polvareda del enemigo se aleja ya, va ya por delante de los altos de Mau, por Julagán Burujad, se ve ya el polvo, ya se alza por allí la gran polvareda, parten ya, ya se van.

Y dijo Gengis Kan: Si hubiesen venido, habríamos luchado. Si huyen, reagruparemos nuestras fuerzas y ya lucharemos.

Dicho esto, Gengis Kan alzó el campo. Partió de allí. Subió con los suyos por el Uljuí, hacia Dalan Nemurgues.

Jadagán Daldurjan

Luego, por retaguardia, llegó Jadagán Daldurjan, dejaba atrás a su mujer, dejaba a su hijo. Llegó y dijo así:

Palabras de Ong Kan. Ong Kan, como su hijo Sengum cayó del caballo con un flechazo en la mejilla y sus hombres le cubrieron y se retiraron, habló, dijo:

Cuando parecía
que había que alentar,
alentamos.
Provocamos
cuando parecía que había que provocar.
Hicimos, ay, así, que uno clavase
un clavo en la mejilla de mi hijo.

Iremos contra ellos a buscar su vida.

Eso dijo, dijo así. Y dijo Achig Sirún: ¡Kan, mi Kan, deja que el agua corra! Cuando buscábamos al hijo que aún no había llegado, rezábamos al Cielo por él con conjuros y ensalmos y decíamos «*Abui, Balbui*». Hagamos ahora igual. Cuidémonos de Sengum, del hjio que nació. Los mongoles están casi todos aquí con Yamuga, con Altán y Juchar, están con nosotros. Los mongoles que no se someten, que fueron con Temujin, ¿a dónde podrán ir?

Sólo tienen los caballos que montan,
sólo tienen los árboles por tienda.

Si no vienen, si escapan, ya les traeremos, ya les echaremos en el fuego como excremento seco de caballo.

Dijo entonces Ong Kan, dijo así:

Sí, temo por mi hijo. Cuidémonos de él. Llevadle con cuidado.

Y regresó, volvió, abandonó el combate.

Muerte de Juyildar

Luego, cuando Gengis Kan partió de Dalán Nemurgues y se fue por el Jalja, contó a sus soldados y eran dos mil seiscientos. Subió él con mil trescientos por la orilla derecha del Jalja. Y otros mil trescientos, urugudes y mangudes, subieron por la orilla derecha. Y así siguieron marcha, por la orilla cazando. Juyildar, que no tenía aún cerradas las heridas, aunque Gengis Kan le previno, no quiso ser menos y, persiguiendo una pieza de caza, se le abrieron de nuevo las heridas y murió.

Gengis Kan mandó poner sus huesos en Kelteguei Jada, por donde pasa el Jalja.

Los unguirades

Y sabiendo que en la desembocadura del Jalja en el lago Buyur estaban los unguirades, Terge, Amel y otros más, mandó a Yurchedei con sus ungurudes a verles.

Le envió allá, dijo así: Si dicen «Los unguirades

vivieron siempre
de la belleza
de las hijas de hijas,
de la belleza
de las hijas»,

es que nos acatan. Si dicen: «¡No acatamos!» lucharemos.

Se sometieron a Yurchedei. Y como se sometieron, Gengis Kan no hizo mal a ninguno de ellos.

Mensajes de Gengis Kan

Sometidos los unguirades, partieron de allí. Plantaron sus tiendas a orillas del Tungue. Y Gengis Kan mandó un mensaje a Ong Kan por Arjai Jasar y Sugueguei Yegún, los dos, dijo así:

Decid a mi padre Ong Kan: «Acampamos al este del Tungue. La yerba es buena. Los caballos engordan. Se están poniendo fuertes».

Luego dijo así:

Decidle: Padre mío, ¿por qué causa me atacas? Y aunque me atacases a mí, si hay motivo de ello, ¿por qué has de atacar también a los que son los hijos de tu hijo, a las esposas de tu hijo y turbarles el sueño? ¿Por qué

derribas el banco en que se sientan,
dispersas el humo de su hogar?

¿Por qué les atemorizas así, padre mío? ¿Te lo aconseja alguien que está junto a ti? ¿Te empuja alguien que está a tu lado? Padre mío y kan, ¿qué nos dijimos tú y yo en Julagunagud Boldagud, en Jorjal Jun, cuando hablamos? ¿No dijimos

si la serpiente venenosa
tienta,
no cedamos
creamos sólo en lo que nos digamos cara
a cara?

Y ahora, padre mío, di, ¿me atacaste después de hablar cara a cara? ¿No dijimos

si la serpiente del veneno
muerde,
rechacemos la mordedura,
creamos sólo en lo que verifiquemos cara
a cara?

Ahora, padre Kan, dime, ¿me atacaste después de verificar cara a cara? Padre Kan, aunque éramos pocos, no tuviste que buscar muchos más. Aunque malos, no tuviste que buscar a los buenos. Un carro tiene dos varas y si una rompe, el buey no puede ya tirar de él. ¿No soy acaso yo tu vara segunda? Un carro tiene dos ruedas y si una rompe, no puede ya seguir. ¿No soy también yo la rueda segunda? ¿Recuerdas el pasado? ¿No te acuerdas ya de cuando murió tu padre y dijiste: «Yo soy el mayor de los cuarenta hijos» y te hiciste kan? Y cuando ya eras kan mataste a tus hermanos pequeños, a Tai Temur y a Buja Temur. Y cuando ibas a matar a tu hermano pequeño Erke Jara, salvó la vida, huyó, escapó, fue con Inancha Bilgue Kan de los naimanes. Cuando tu tío Gur Kan dijo «Mató a sus hermanos pequeños» y fue contra ti, te atacó, tú, con sólo cien hombres, con sólo la vida, escapaste, huiste, por el Selengue, por Jaragún Jabchal. Luego, diste a tu hija Juyadur Ujín a Togtoga el merkid para que te acogiese. Luego, saliste de Jaragún Jabchal y fuiste con

mi padre Yesuguei Kan, le hablaste así, dijiste: «Devuélveme la gente que mi tío Gur Kan me quitó». Y mi padre Yesuguei, con Gunán y Bajagui, al mando de los tayichigudes, dijo «Te la devolveré», dispuso su ejército, partió, fue por Jasin, fue contra Gur Kan que tenía veinte o treinta mil hombres y que estaba en Gurban Telesud, te devolvió tu gente. Y luego, en el Bosque Negro del Tugula te convertiste en *anda* de mi padre, diste gracias, dijiste: «Por esto que me hiciste, juro por el Cielo de arriba y la Tierra de abajo que pagaré el servicio por la semilla de la semilla». Y después, cuando Erke Jara pidió soldados a Inancha Bilgue Kan de los naimanes y fue contra ti, abandonaste a tu gente para salvar la vida, huiste con sólo unos pocos, anduviste con Gur Kan de los jara kitades, por el Chui, por las tierras de los musulmanes. Y al año, saliste de allí, te rebelaste contra Gur Kan, huiste por las tierras de los uiugudes y de los tangudes, con sólo cinco cabras, sin más de comer que su leche, sin otro alimento que la sangre de un solo camello, viniste a mí sólo con un caballo ciego, en el caballo bayo de crin y cola negras. Y sabiendo cómo tú, mi padre Kan, te hallabas, que venías a mí, recordando que fueras el *anda* de mi padre, mandé de emisarios a Tagaí, a Sugueguei, salí a tu encuentro, dejé mi campamento de Buguri, en el Kerulen, nos juntamos en lago Gusegur. Al saber cómo estabas, que recurrías a mí, te di gente, diciendo: «Fuiste *anda* de mi padre. ¿No nos hicimos padre e hijo por eso tú y yo en el Bosque Negro de Tula?» Y en invierno, acampaste en mi campamento. Te alimenté. Pasó el invierno, el verano. En el otoño, fui contra Togtoga Beki de los merkides, combatí con él en Muruché Según de Jadiglig Nirugún, le hice huir por el valle de Barbuguín, expolié a los merkides, les quité sus rebaños, sus numerosos animales, sus tiendas regias, sus provisiones, todo, y todo se lo di a mi padre el Kan. No quise que pasase hambre de día. No permití que sufriese de noche. Luego, atacamos a Buyirung Kan de los guchugures, le hicimos pasar el Altai, le aniquilamos en el lago de Kichil Bas. Y cuando regresábamos de allí, Kogsegu Sabrag de los naimanes tenía dispuestos a los

suyos en orden de combate en Baidarag Belchir. Como era ya casi de noche, acampamos, pusimos en orden a los nuestros, dijimos «Combatiremos en cuanto amanezca», y tú, mi padre el Kan, mandaste encender fuegos y luego, en medio de la noche, levantaste el campo, me dejaste, subiste por el Jara Segul. Cuando, por la mañana, miré hacia donde estabas ya no estabas, te habías ido en la noche, me habías abandonado y yo dije: «Somos para ellos como restos quemados de la ofrenda» y levanté el campo, me puse en marcha, entré por el valle de Eder Altai, acampé en la estepa de Sagari. Luego, Kogsegu Sabrag te persiguió, te quitó esposas, hijos, a la gente y los siervos de Sengum, todo, te quitó la mitad de los tuyos, se llevó los rebaños y víveres de mi padre el Kan que estaban en la desembocadura del Teleguetu. Y Judu y Chilagún, hijos de Togtoga, merkid, que estaba contigo, con toda su gente, con todas sus tiendas, en aquella batalla, se fueron con su padre, te abandonaron, se apartaron de ti. Y entonces tú, padre mío, viniste, dijiste: «Kogsegu Sabrag de los naimanes se ha llevado a mi gente, me ha quitado mis tiendas. Ven tú, hijo mío, en mi ayuda, déjame a tus cuatro capitanes». Y yo te envié a mis cuatro capitanes Bogorchu, Mujali, Borogul, Chilagún Bagatur. Y antes que llegasen, cuando Sengum iba a entrar en combate en Julagán Jud, le derribaron de un flechazo y, cuando estaba ya a punto de caer prisionero, llegaron mis cuatro paladines, le salvaron, y salvaron también las esposas, los hijos, los siervos, las tiendas. Y entonces mi padre el Kan, creyó en mí, habló, dijo: «Había perdido ya mi gente, había perdido tiendas y rebaños, y mi hijo Temujin me lo devolvió todo, mandó a sus cuatro capitanes». Ahora, padre mío, di, ¿en qué te agravié? Envía mensajeros que me digan en qué. A Julbarí Jurí y a Idurguen. Si no a los dos, al menos al segundo.

Al oír esto, Ong Kan habló así, dijo así:

¡Aj! ¡Soyilug! ¡Me aparté de mi hijo! ¡Y si hice

así, me separé del buen principio. ¡Me aparté de él! Me aparté de mi obligación.

Luego, dijo muy afligido:

Id, decid a mi hijo que si hay en mí un mal deseo hacia él, salga el mal de mí como sale esta sangre.

Y se tajó con un cuchillo la yema del dedo meñique y recogió en un vaso de corteza de abedul la sangre y dijo así: Id, dad esto a mi hijo.

Y dijo Gengis Kan:

Decid a mi *anda* Yamuga: Por envidia, porque no soportabas mi compañía, me traicionaste, me separaste de mi padre el Kan. El que se levantase primero de los dos era el que debía beber la copa azul del padre kan, y yo madrugué más, bebí. Y tú sentiste envidia. Bebe ahora tú la copa azul. ¿Cuánto podrás beber?

Y luego dijo así:

Decid esto a Altán, a Juchar, decid: Vosotros dos me abandonasteis, olvidasteis el pacto, la promesa. ¿Recuerdas, Juchar, cuando dijimos «Es hijo de Nekún Taisi. Sea Juchar nuestro Kan»? No quisiste. Y cuando dijimos «Jutula Kan mandaba. Sé tú, Altán, su hijo, nuestro kan». ¿Quisiste serlo, Altán? ¿No dije yo «Los dos sois hijos de Bartán Bagatur, Sacha y Taichú, sed kanes»? No pude convenceros. Y cuando me dijisteis «Sé tú el kan», yo dije sí, acepté. Si hubierais querido serlo vosotros, yo habría combatido al enemigo por vosotros. Con la gracia del Cielo, hubiera tomado del botín

doncellas de lindas mejillas,
damas, esposas,
potros de buena grupa,
y os los habría entregado.
Si me hubieseis mandado ir delante
a cercar las piezas,
los animales de los montes,
los animales de la estepa,
todos los hubiese juntado
lomo con lomo irían
para vosotros.

Sed buenos compañeros para mi padre el kan, que no se diga de vosotros: «No fueron nada sin el apoyo de él». No permitáis que otros acampen en nuestra tierra madre, do nacen los tres ríos.

Luego Gengis Kan dijo así:

Decid al hermano pequeño Togoril: La razón de que diga «hermano pequeño» es: Ogda fue hecho cautivo, fue esclavo de Tumbinaí y de Charajaí Lingju. De Ogda, nació el esclavo Subeguei. De él, Kokochu Kirsagán. De Kokochu, Yeguei Jontagar. Y de él tú, Togoril. ¿A quién dices tú por halagar, que quitarás la gente para dársela a Ong Kan? Ni Altán ni Juchar permitirán jamás que a nuestra gente la gobierne nadie. Y te llamo «hermano pequeño» porque eres

esclavo del umbral
de mi tatarabuelo.
Esclavo del umbral de la puerta
de mi bisabuelo.

Esto habéis de decir.

Luego, Gengis Kan dijo así:

Decidle a mi *anda* Sengum: Yo soy hijo que nació ya vestido. Tú eres hijo que naciste desnudo. El padre Kan no nos crió igual a ti y a mí. Porque podías ser sustituido me envidiaste, me traicionaste. Que no se acongoje el corazón de nuestro padre ahora, mañana y noche, acude, ve, consuela. Si no desechas las viejas envidias, sólo conseguirás que sufra. Pero quizás estando aún vivo él, digas «Quiero ser Kan».

Esto mandó decir, así dijo por Arjai Jasar y Sugueguei.

Y cuando le llegó el mensaje, Sengum habló así, dijo así:

Cuando dijo «mi padre el Kan», ¿no dijo «ese viejo asesino»? Cuando me llamó *anda*, ¿no quiso decir «ese mal hechicero que se ha puesto un rabo demasiado

grande»? Son palabras falsas. Son palabras que anuncian guerra. Bilgue Beki y Todoguen, enarbolad el estandarte y proclamad la guerra. Que pasten bien esos caballos, que engorden, que se pongan fuertes. No cabe duda ya.

Y cuando Arjai Jasar volvía de ver a Ong Kan, las esposas y los hijos de Sugueguei quedaban allí con Togoril. Sugueguei tuvo miedo por ellos. Quedó atrás. No volvió.

Arjai volvió. Llevó el mensaje a Gengis Kan.

Y Gengis Kan levantó el campo, se fue al lago Baljuna. Cuando estaba acampando allí, llegaron los gorulas de Chogos Chaján. Se sometieron, sin luchar.

Y de Ala Jus Diguid Juri de los ongudes, subió por el Ergune un musulmán, Asán, con un camello blanco y mil carneros, a comprar martas, a comprar ardillas. Fue a abrevar al Baljuna, donde acampaban ellos.

Jasar

Y cuando Gengis Kan estaba acampado en el Baljuna, Jasar se separó de Ong Kan, dejando atrás a su mujer y a sus tres hijos, Yegu, Yesungue y Tuju. Le abandonó con unos compañeros, pocos, sólo lo puesto. Dijo «Es mi hermano mayor», y buscó a Gengis Kan, subió hasta los montes de Jaragún Yidún y no pudo encontrarle. Estaba ya en situación difícil, comiendo cuero crudo, comiendo tendones para sobrevivir, cuando llegó al Baljuna.

Al saber que llegara Jasar, Gengis Kan se alegró. Celebró consejo con él, dijo así:

Mandaré dos mensajeros a Ong Kan.

Y mandó a Jaligudar de los yeguriyedes, a Chajurján, urianjai, a los dos. Dijo así:

Hablad al padre Kan, decidle así: Palabras de Jasar:

Miraba a mi hermano mayor
y le dejé de ver.
Le seguí,
no pude hallar su rastro.
Cuando grité,
no oyó mi voz.

Mirando a las estrellas estoy,
tengo la tierra por almohada,

Mi esposa y mis hijos están con el padre Kan. Si él me hace merced, si me da esperanza, volveré con él.

Luego, habló Gengis Kan, dijo así:

En cuanto salgáis, saldremos detrás. En Arjal Gueugui del Kerulen nos encontraremos. Id allá.

Así fijó el lugar de encuentro.

Y, tras enviar a Jaligudar y a Chajurján, los dos, mandó delante a explorar a Churguedei y a Arjai Jasar. Luego, levantó el campo, se puso en marcha, llegó a Arjal Gueugui del Kerulen.

Y los mensajeros llegaron a Ong Kan. Dijeron: «Palabra de Jasar». Dijeron cuanto les mandaran decir.

Ong Kan había plantado la tienda regia, su tienda dorada, celebraba una fiesta. Y cuando oyó el mensaje, habló y dijo así:

Está bien, que venga Jasar.

Iturguen

Mandó a buscarle. Dijo: Mandaré a Iturguen, en quien él confía.

Y cuando venían los tres, al llegar al lugar del encuentro a Arjal Gueugui, ante lo que allí vio, Iturguen huyó. Jaligudar tenía un caballo muy veloz y le dio alcance. Pero no tuvo corazón, le falló el valor.

Chajurján tenía un caballo lento. Y cuando Iturguen escapaba ya en su caballo negro, llegó una flecha y se clavó en la grupa del caballo, el de silla de oro.

Luego, Jaligudar y Chajurján, los dos, apresaron a Iturguen, le llevaron ante Gengis Kan. Gengis Kan no quiso hablar siquiera con Iturguen. Dijo: Id, llevádselo a Jasar. ¡Que decida él!

Y fueron, y Jasar no habló siquiera con Iturguen, le decapitó de un solo tajo.

Y Jaligudar y Chajurján, los dos, hablaron a Gengis Kan así, dijeron:

Ong Kan está desprevenido. Está en la tienda de oro, está de fiesta. Si nos apresuramos, cabalgando de noche, podremos sorprenderle y rodearle.

Gengis Kan mandó a Jurchedei y a Arjai delante. Cabalgaron de noche, llegaron, cercaron a Ong Kan en la desembocadura del Yer Jabchigai, debajo de los altos de Yeyeguer.

Jadag Bagatur

Después de combatir tres noches y tres días, tras dura resistencia, sin alzar el cerco, al tercer día, muy malparados ya, se rindieron.

No se supo cómo habían huido Ong Kan y Sengum durante la noche. Sostuvo el combate Jadag Bagatur, yirguín. Y al entregarse, vino, habló, dijo así:

Luché tres noches y tres días, porque dije: «¿Cómo voy a dejar que cojan a mi señor ante mis ojos y le maten»? No podía abandonarle, por eso combatí, por eso prolongué la lucha, dije «Que él huya, que salve él la vida». Ahora puedes mandar que me maten si quieres, pero si me perdonas, te daré poderío.

Gengis Kan aprobó las palabras de Jadag Bagatur y mandó, tuvo a bien decir, dijo:

He aquí un hombre que nos combatió porque dijo «No puedo abandonar a mi señor, que él huya, que salve él la vida». He aquí un compañero.

Le otorgó su favor, no le mandó matar, decretó, tuvo a bien decretar, dijo así:

Por la vida de Juyildar, que Jadag Bagatur y los cien yirguines den poder a la viuda y los huérfanos de Juyildar. Si les nacen varones que den poder por la semilla de la semilla a Juyildar. Si hembras, no las casen sus padres según su voluntad. Que sirvan delante y detrás de la tienda de la esposa y los hijos de Juyildar.

Como Juyildar Sechén le hiciera aquel ruego antes de la batalla, él mandó, tuvo a bien mandar, dijo así:

Por la semilla de la semilla de Juyildar, por el servicio que Juyildar hizo, sea otorgada a los suyos la «donación del huérfano».

SEIS

Reparto y despojo de los vencidos

Luego de derrotar y desbaratar a los kereyides, se repartió el botín. Y por el servicio de Tagai Bagatur dio cien yirguines. Luego, de las dos hijas de Yaja Gambu, hermano pequeño de Ong Kan, Gengis Kan tomó a Ibaja Beki, la mayor, y dio a Sorjatani Beki, la menor, a Tolui.

Luego, diciendo que Yaja Gambu y sus siervos personales y la gente sometida a él debían ser la otra vara del carro, le hizo merced, no permitió que le expoliaran.

Luego, Gengis Kan ordenó, tuvo a bien ordenar, dijo así:

Por el servicio de Badaí y Kisilig, la tienda dorada de Ong Kan, la tienda regia, tal como está, con las jarras de oro y la gente que cuida los cuencos y las ollas. Que los kereyides onjoyides sean sus guardias. Puedan llevar aljaba y beber el viño de la ofrenda y gocen como libres por la semilla de la semilla.

Cuando caigamos sobre el enemigo numeroso,
en la expoliación,
tanto como toméis sea vuestro.
Cuando cerquemos las piezas en la caza,
tantas cuantas matéis sean vuestras.

Luego, Gengis Kan tuvo a bien decretar, decretó, dijo:

Porque Badaí y Kisilig me hicieron el servicio de la vida, con la protección del Cielo eterno, derrotando a los kereyides, he llegado a sentarmė en el alto trono. De ahora en adelante, por la semilla de la semilla, que sentado en mi trono, sucesivamente, se sienten a mi lado los que me sirvieron así.

Y, expoliados los kereyides, les esparcieron entre ellos de modo que hubiese para todos. Repartieron a los tubeguenes tumenes entre todos hasta el último de ellos. Despojaron a los numerosos donjayides, no se tardó ni un día. Reunieron y distribuyeron a los valerosos yirguines, los qué robaran la ropa ensangrentada, mas no hubo para todos.

Destruidos así los kereyides, Gengis Kan pasó el invierno en Abyiga Kodeguer.

La muerte de Ong Kan

Ong Kan y Sengum, sólo con lo puesto, huyeron, no se sometieron, escaparon. Y Ong Kan, sediento, bajó hasta el río Nekún por Didig Sajal y cayó en manos de Jori Subechi, centinela naimán.

Soy Ong Kan, dijo, pero Jori no le reconoció, no le creyó, le mató.

Sengum abandonado en el desierto

Sengum no bajó al Nekún en Didig Sajal, siguió, entró en el desierto y desmontó para encontrar agua, siguiendo a unos caballos salvajes que había allí. Y con Sengum estaba Kokochu, el que antes le cuidaba los caballos, y la mujer de éste. Solos los tres. Y mandó Sengum a Kokochu que le tuviera el caballo de las riendas. Y Kokochu emprendió con el caballo de la rienda el camino de vuelta.

La mujer de Kokochu le habló así, dijo así:

> Cuando el vestido tenía hilos de oro,
> cuando la comida era sabrosa,

él te llamaba «mi Kokochu». ¿Cómo abandonarás así a Sengum, tu señor?

Así dijo la esposa y se detuvo, se quedó atrás, paró, no quiso seguir.

Y dijo Kokochu: Lo que tú piensas es: «Tomaré a Sengum por marido».

Y, al oír esto, su mujer habló así, dijo así: No me llames desleal, infiel, esposa de cara de perro. Dale al menos su copa de oro. Pueda al menos coger agua y beber.

Entonces Kokochu le tiró la copa de oro. Dijo. ¡Toma! Se alejó al galope.

Y, tras esto, Kokochu vino a Gengis Kan. Dijo así: Aquí estoy. Vengo de abandonar a Sengum en el desierto.

Y explicó a Gengis Kan lo que hablaran él y su mujer. Y Gengis Kan mandó premiar a la mujer. Luego dijo así:

Kokochu viene a mí abandonando a su señor. ¿Quién va a confiar en un hombre así si se hace compañero?

Mandó que le mataran. Mandó que abandonasen sus despojos.

La cabeza de Ong Kan

Gurbesu, madre de Tayang, kan de los naimanes, habló y dijo así:

Ong Kan es un gran kan. Traed su cabeza. Si de verdad es él, le haremos honras fúnebres.

Mandó un emisario a Jori Subechi, pidió que cortase la cabeza al muerto, que se la llevase.

Y la reconoció. La colocó en una gran alfombra blanca de fieltro. Mandó a las nueras hacer los ritos de la nuera. Mandó ofrendar el vino de la ofrenda. Mandó tocar el *jubur*. Y, alzando el cuenco, le hizo el sacrificio.

Pero cuando le hacían el sacrificio, la cabeza de Ong Kan soltó una carcajada.

Y dijo Tayang Kan: La cabeza se ríe.

Y la pisoteó, la hizo pedazos a patadas.

Kogsegu Sabrag habla

Entonces, Kogsegu Sabrag habló así, dijo así:

La cabeza del kan muerto mandas cortar y traes. Luego la haces pedazos. ¿Cómo es eso? Mal ladran nuestros perros, mal presagio. Inancha Bilgue Kan dijera tiempo atrás, dijera así: «Esposa joven tengo, marido viejo soy. Engendramos a este Tayang con oraciones. ¿Será capaz este hijo tardío de cuidar y mantener la herencia que le dejo? ¿Será capaz de mantener unida a tanta gente mala y revoltosa?» Sí, mal ladran los perros, mal augurio, ladran diciendo que se acerca. Gurbesu, la Katún, es ambiciosa, sus órdenes son duras. Tayang, mi señor, tú no sabes mandar, tú sólo vales para adiestrar halcones, para cazar con ellos. No sabes otra cosa.

Entonces Tayang Kan habló y dijo así:

Dicen que son muy pocos los mongoles que que-

dan al Este. Y con sólo el rumor de sus aljabas hicieron que el viejo Ong Kan, el grande, el muerto, temiese, huyese, fuese a morir su mala muerte. Esos mongoles dicen «Seremos señores de todo». No es ésa la ley del Cielo azul eterno. ¿No brillan en el Cielo dos luces grandes, Luna y Sol? Sea en la Tierra como es en el Cielo. Mas ellos no quieren que haya dos kanes en la Tierra. Vayamos contra esos mongoles.

Dijo madre Gurbesu, habló, dijo así:

¿De qué te valdrían ésos? Los mongoles huelen mal y visten andrajos. Mejor están lejos. Mas si hacemos a sus mejores nueras e hijas lavarse bien las manos, podrían ordeñar quizás las vacas y cuidar las ovejas.

Entonces, Tayang Kan habló así, dijo así: ¡Sea! Vayamos contra ellos. Vayamos por esos mongoles. Vayamos a quitarles las aljabas.

Oído esto, Kogsegu Sabrag habló y dijo así:

¡Ay! Eso que dices son palabras muy grandes. ¡Ay! ¿Respondes de ellas? ¿Sabrá cumplirlas mi señor?

Pero el Kan no le oyó.

Ala Jus Diguid Juri

Tayang Kan mandó de mensajero a Torbi Tasi a hablar a Ala Jus Diguid Juri, de los ongudes. Mandó decir, dijo así:

Dicen que quedan muy pocos mongoles al Este. Sé tú mano derecha. Vayamos tú y yo por las aljabas de esos pocos mongoles.

A estas palabras, Ala Jus Diguid Juri contestó así, mandó decir, dijo así: No.

Luego Ala Jus Diguid Juri mandó decir a Gengis Kan por su mensajero Yojunan:

Tayang Kan de los naimanes va a quitarte la aljaba. Vino a mí, me dijo: «Sé la mano derecha». Yo dije: «No». Estate prevenido.

Gengis Kan estaba entonces cazando en la estepa de Temeguén, cercando presas, por Tulkín Chegut. Allí estaba cuando llegó el mensaje.

Y, oído el mensaje, todos los mongoles, que estaban cazando, se dijeron ¿Qué haremos? Se juntaron, hablaron, dijeron: Los caballos están muy delgados, ¿qué haremos?

Y Odchiguín Noyán habló y dijo así: ¿Qué excusa es decir «Los caballos están muy delgados»? Los míos están gordos de más. ¿Cómo vamos a seguir aquí sabiendo lo que ya sabemos?

Habló entonces Belgutei Noyán, dijo así:

Si, vivo aún, dejas que el enemigo te quite la aljaba, qué vale haber vivido. De qué vale la vida si cuando el que ha nacido muere no yacen con sus huesos su aljaba y su arco. Los naimanes piensan que son muy grandes, que son muchos. Si fuéramos ahora contra ellos dejarían atrás sus muchos rebaños, dejarían vacías sus ricas tiendas. ¿Qué hacemos sentados aquí? ¡Vayamos contra ellos!

Gengis Kan ordena sus fuerzas

Gengis Kan aprobó las palabras de Belgutei Noyán. Dejó la cacería, dejó Abyiga Kodeguer, acampó en Kelteguei Jadá, por Or Nugú, a orillas del Jalja. Contó a los suyos. Luego los dividió en millares para formar millares. Nombró luego capitanes de mil, capitanes de cien, capitanes de diez. Luego, nombró intendentes. Nombró estos seis intendentes: Dodai, Dojolju, Oguele, Tolún, Bucharán y Soyiketu. Tras dividir en millares para formar millares, en cientos para formar cientos y en decenas para formar decenas, eligió y reclutó para la guardia ochenta guardias de noche y setenta

de día, eligiendo a los hijos y hermanos pequeños de los capitanes de mil y de cien, hijos y hermanos pequeños de hombres libres. Eligió y reclutó a los más diestros, a los más apuestos y gallardos.

Luego, otorgó su favor a Arjai Jasar, decretó, tuvo a bien decir, dijo:

Elija él hombres valientes y forme un millar. En el combate, combata delante de mí. Sean mi guarda en la paz, mis guardias de día.

Y dijo:

Que mande Oguele a los setenta guardias de la guardia de día. Que le aconseje Judus Jalchán.

Y luego, Gengis Kan decretó, tuvo a bien decretar, dijo así:

Que todos los que portan aljaba, que los guardias que me guardan de día, que los despenseros, que los que guardan las puertas, que los que guardan los caballos, sirvan de día y, antes que el sol se ponga, cedan su puesto a mis guardias de noche, vayan con los caballos, pasen la noche allí. Que los guardias de noche, de noche, dejen tenderse a los suyos que duermen rodeando la tienda y hagan turno los que estén a la puerta. Que los que llevan aljaba y los guardias de la guardia de día, al día siguiente, cuando tomemos el caldo, se lo digan a los guardias de noche y dejen éstos que los que portan aljaba, los guardias de día, los despenseros y los guardianes de la puerta hagan su servicio. Que ocupen sus puestos. Que hagan un turno de servicio de tres noches y tres días y pasen de ese modo las tres noches, dejando la noche a los guardias de noche. Que pasen durmiendo la noche.

Y tras concluir la división en miles para formar miles, nombrados intendentes, reclutados ochenta guardias de noche y setenta de día, elegida la guardia de honor de Jasar, Gengis Kan fue contra los naimanes.

Contra los naimanes

El día dieciséis de la primera luna del verano, el día del círculo rojo del año de la rata, tras la aspersión del estandarte con la leche de yegua, Gengis Kan se puso en marcha, subió por el Kerulen. Yebe y Jubilai delante, batiendo el campo.

Cuando llegaron a la estepa de Sagari, en la cresta de Janjarján estaban los centinelas naimanes.

Perseguidos los nuestros, uno de ellos, uno que llevaba un caballo blanco y mala silla, cayó preso de los naimanes. Los naimanes que capturaron el caballo aquel de la mala silla, hablaron, dijeron: Los caballos de los mongoles están muy delgados.

Y los nuestros, tras de llegar a la estepa de Sagari y parar, dijeron: ¿Qué haremos?

Y habló Dodai a Gengis Kan, habló así, dijo:

Somos muy pocos, sí. Además de ser pocos, estamos muy cansados. Mejor será parar, dejar comer bien a los caballos. Acampemos, esparzámonos bien por la estepa y que cada uno encienda cinco fuegos en sitios distintos. Les espantaremos con el fuego. Dicen que los naimanes son muchos pero su kan es hombre débil, es un cobarde que no ha salido nunca de su tienda. Mientras les engañamos con el fuego, pacerán los caballos. Con los caballos hartos, si perseguimos a sus centinelas, si hacemos retroceder precipitadamente a la vanguardia y cuando se junten todos caemos sobre ellos, en la confusión, ¿de quién será el triunfo?

Gengis Kan aprobó las palabras de Dodai. Mandó, proclamó, ordenó así a sus soldados, dijo:

Sea. Que cada uno prenda cinco fuegos.

Pararon. Se esparcieron por la estepa. Hizo cada uno cinco fuegos distintos en cinco lugares.

De noche, los centinelas naimanes, desde la cima de Janjarján, viendo tantos fuegos, mandaron aviso a Tayang Kan, dijeron: ¿Quién dijo que eran pocos los mongoles? Tienen más fuegos que estrellas el cielo.

Le mandaron aquel caballo blanco de la mala silla, le mandaron recado, le dijeron:

Los soldados mongoles acamparon. Cubren la estepa de Sagari. ¿Crecerán con el día? Tienen más fuegos que estrellas el cielo.

Cuando recibió este mensaje de sus centinelas, estaba Tayang Kan a la orilla del Jachir, en el Jangai. Mandó, dijo a su hijo Guchulug Kan, mandó decir así, dijo así:

Los caballos de los mongoles están muy flacos. Dicen que tienen más fuegos que estrellas el cielo. Los mongoles son muchos. Ahora,

si vamos al combate,
¿no será difícil mantenerles a buena distancia?
Si vamos cuerpo a cuerpo,
¿no nos guiñarán ésos sus ojos negros?

Si vamos cuerpo a cuerpo,
con esos mongoles indomables
que no retroceden
ni con una flecha clavada en la mejilla,
ni aunque la negra sangre mane,
¿de quién será el triunfo?

Dicen que los caballos de los mongoles están muy flacos. Vamos hacia el Altai, vayamos retrocediendo hacia allí con escaramuzas, llevándoles hasta las faldas del Altai. Nuestros caballos están gordos, nuestros caballos pacerán bien en las laderas; esperemos allí a que los caballos de los mongoles se agoten y entonces caeremos sobre ellos.

Al recibir este mensaje, Guchulug habló así, dijo así:

¡Habla el de siempre! ¡Habla la mujer! Le falló el valor, por eso habla así. ¿Desde cuándo son tantos los mongoles? Están casi todos con Yamuga, aquí con nosotros. Porque al corazón de mujer de Tayang,

que no ha salido aún de donde orina la preñada,
que no salió aún ni a donde pasta el potro que se ata a la rueda,

le falta valor, por eso habla así.

Esto mandó decir al mensajero. Mucho le dolieron estas palabras a su padre. Se sintió afrentado. Dijo:

Que el vigoroso y valeroso Guchulug cuando llegue el combate, cuando la matanza, no esconda esa bravura. Cuando luchemos cuerpo a cuerpo, cuando empiece el combate, mantenerles a buena distancia no será fácil.

Habló entonces Jori Subechi, gran jefe a las órdenes de Tayang Kan. Dijo así:

Tu padre Inancha Bilgue Kan jamás mostró la espalda de un hombre, la grupa de un caballo, a un enemigo igual. ¿Cómo puede fallarte tan pronto el valor? Si hubiésemos sabido, habríamos traído a Gurbesu, tu madre. Ella habría mandado poner el ejército en orden de combate. ¡Ay! ¿Por qué habría de envejecer Kogsegu Sabrag? En este ejército ya no manda nadie. Ha sonado la hora del destino para los mongoles. Nuestra hora ya pasó. ¡Ay, Tayang, Tayang, no vales nada!

Y, tras decir esto, golpeó su aljaba con desprecio y se alejó al galope.

Entonces, Tayang Kan, irritado, habló así, dijo así:

Una vida que muere y un cuerpo que sufre tenemos igual todos. Si así es, lucharemos.

Levantó el campo, dejó Jachir, bajó por el Tamir, cruzó el Orjón, pasó por la falda oriental de Naju Jun y cuando ya llegaba, cuando se acercaba ya a Chakirmagut, los vigías de Gengis Kan le vieron. Mandaron un mensaje, dijeron:

Ya llegan los naimanes, ya se acercan.

Recibido el mensaje, Gengis Kan decretó, mandó, dijo así:

Que las adversidades sean más que muchas o menos que pocas.

Salió contra ellos, desbarató sus avanzadillas, puso luego a los suyos en orden de combate, dijo:

Avanzad agrupados como crece el espino en la estepa, extendeos luego como si fuerais las aguas de un lago, entrad luego en punta por ellos lo mismo que el cincel.

Y, tras decir esto, Gengis Kan fue él mismo a reconocer el campo con los batidores, mandó a Jasar poner en orden el grueso del ejército. Mandó a Odchiguín Noyán poner en orden la vanguardia.

Los naimanes se retiraron, retrocedieron, se alinearon al pie de Naju Jun y en las faldas del monte. Y nuestra vanguardia fue empujando a su vanguardia hasta unirla al grueso del ejército al pie de Naju Jun.

Yamuga

Tayang Kan, al ver que hacían retroceder así a su vanguardia, al ver que se acercaban y, estando allí con los naimanes Yamuga, los hombres dispuestos, preparados, Tayang Kan preguntó a Yamuga:

¿Ésos quiénes son? Son como lobos que persiguen a las ovejas numerosas y entran por el rebaño, ¿quiénes son ésos que persiguen así? ¿Quiénes son ésos que se acercan así?

Habló entonces Yamuga, y dijo:

Mi *anda* Temujin alimentó a cuatro perros con carne humana, les ató con cadenas. Ésos que se acercan persiguiendo a los nuestros, ésos son. Esos cuatro perros,

sus yelmos, cobre,
sus hocicos, cinceles,
las lenguas, leznas,

los corazones, hierro,
espadas, las fustas,

avanzan implacables, beben el rocío, cabalgan el viento.

Los días de la matanza,
comen la carne de los hombres.
Los días del combate,
con carne humana se alimentan.

Sin cadenas, ¿quién les detendrá? Ya se acercan, gozosos. Babeantes, ávidos, se acercan.

Y dijo Tayang Kan: Esos cuatro perros, ésos, ¿quiénes son?

Y dijo Yamuga: Yebe y Jubilai, dos. Yelme y Subeguetei, dos. Cuatro.

Y dijo Tayang Kan, dijo:

Alejémonos bien de esas horribles criaturas.

Y retrocedió, se situó a caballo entre la llanura y la montaña. Y viendo que aquellos hombres, saltando de júbilo y haciendo círculos, seguían avanzando. Tayang Kan preguntó otra vez a Yamuga, preguntó así, dijo:

¿Quiénes son ésos? ¿Cómo es que se acercan así. saltando, cabalgando en círculo como potrillos que sueltas de mañana, potrillos que después de mamar corretean alegres al lado de la yegua?

Dijo Yamuga, dijo:

Ésos son los que llaman urugudes y mangudes,
que, arrollando a los que llevan lanzas,
les arrancan la ropa ensangrentada;
que, arrollando a los que luchan con espada,
derriban, matan,
arrebatan ropas, tesoros, cuencos.

Son ésos que cabriolean y brincan gozosos. Mira cómo se acercan, mira.

Y Tayang Kan habló así, dijo:

Si es así, alejémonos bien de esas horribles criaturas.

Y retrocedió de nuevo, subiendo la ladera. Dijo:

Y ésos que un poco adelantados del resto se acercan tras ellos, ávidos como halcones hambrientos, ¿quiénes son ésos que se acercan tras ellos?

Y Yamuga habló así, dijo:

Ése es mi *anda* Temujin, ya se acerca. En todo su cuerpo

no hay un hueco que lo pase una lezna,
ni aun forjada
con el cobre más puro.
No hay rendija que atraviese una aguja
forjada
con el más puro hierro.

Mi *anda* Temujin viene ya como un halcón hambriento y ávido. Mírale, ¿no le ves? ¿No decían los naimanes que en cuanto tuviesen delante a los mongoles les aplastarían? Mírales, ¿no les ves?

Habló entonces Tayang. Dijo así:

¡Son temibles! Sigamos subiendo la montaña. Allí resistiremos.

Y siguió subiendo con la retaguardia.

Luego, Tayang Kan preguntó otra vez a Yamuga, preguntó así, dijo así:

¿Y quiénes son ésos que se acercan en grupo compacto tras él?

Y dijo Yamuga:

Madre Joguelun alimentó con carne de hombre a sus hijos,

el cuerpo de gran talla,
su alimento ganado de tres años.
Coraza
de tres capas,
avanza en un carro que arrastran tres bueyes.
Si se traga
a un hombre con aljaba y todo
no se atragantará sólo por eso.
Si se traga a un hombre entero,
no se quedará harto.

Si se enfurece,
si tensando el arco, lanza su flecha *anguga*,
podrá atravesar
diez hombres,
o veinte,
que estén tras un monte.
Si tensa el arco y lanza su flecha *keyibur*,
podrá ensartar y traspasar
al enemigo al que combate
desde el otro lado de la estepa.
Si tensa el arco con fuerza y lanza la flecha,
puede llegar con ella a novecientas aldas,
Si tensa el arco y tira,
llega hasta quinientas.
Es distinto a los hombres.
Yochi Jasar se llama, nació de una pitón *gurelgu*.

Ése es.

Y dijo Tayang Kan:

Si así es, subamos más. ¡Vayamos, arriba!

Y subió más arriba. Pararon.

Y preguntó de nuevo Tayang Kan a Yamuga:

¿Y quiénes son ésos que tras él se acercan?

Y dijo Yamuga:

Ése es el Odchiguín, de madre Joguelun. Dicen que es perezoso. Que se acuesta temprano y se levanta tarde.

Mas no se queda atrás en la batalla,
No queda atrás en el combate.

Luego, Tayang Kan dijo así:

Si es tal y como dices, sigamos subiendo, lleguemos a la cima.

Tras hablar de este modo a Tayang Kan, Yamuga se separó de los naimanes, les abandonó, se quedó solo.

Y, una vez solo, mandó, hizo llegar mensaje a Gengis Kan, mandó decir, dijo así: Tayang Kan

perdió, por mis palabras,
la cabeza.
Huyó aterrado;
a la cumbre ha ido.
Muerto con la boca,
se fue.
La montaña subió.

¡Temujin, prudencia! Se ha ido a las montañas. No tiene valor para hacer frente. En cuanto a mí, he abandonado a los naimanes.

Al oscurecer, Gengis Kan detuvo su avance. Pasó la noche cercando el Naju Jun.

Y por la noche, los naimanes empezaron a huir, caían a vueltas por las laderas, se amontonaban con los huesos rotos, se derrumbaban en montones como árboles podridos y morían.

Por la mañana, los nuestros acabaron con Tayang Kan.

Guchulug Kan estaba en otra parte y, derrotado, sin querer someterse, con pocos, plantó su campamento en el Tamir. Allí se hizo fuerte. Pero no pudo resistir. Tuvo que huir. Huyó.

El fin de los naimanes

Juntaron a todos los naimanes y acabaron con ellos delante del Altai. Los yadaranes, los jatayines, los salyigudes, los dorbenes, los tayichigudes, los unguirades y otros que habían estado con Yamuga también quedaron sometidos allí.

Luego, Gengis Kan mandó que le llevaran a Gurbesu, madre de Tayang. Le habló así, le dijo:

¿Eres tú la que dices que los mongoles huelen mal? ¿Qué haces, pues, entre ellos?

Luego la tomó por esposa.

Contra Togtoga Beki

En el otoño del mismo año de la rata, Gengis Kan combatió contra Togtoga Beki de los merkides en Jaradal Yuyagur, le puso en fuga, expolió gentes, siervos, nación, en la estepa de Sagari.

Togtoga, sus hijos Judu y Chilagún, con pocos, sólo con lo puesto, escaparon, huyeron.

Julán Katún

Y, expoliados los merkides, Dayir Usún de los merkides jogas vino, tomó a su hija Julán Katún, dijo: Se la daré a Gengis Kan.

Y en el camino le detuvieron los soldados. Se encontró con el bagarida Nayaga Noyán. Y dijo Dayir Usún:

Vine diciendo «Daré esta hija mía a Gengis Kan».

Y Nayaga Noyán le detuvo, habló así, le dijo:

Iremos los dos juntos a darle a tu hija. Si vas solo, en el camino los soldados te quitarán la vida. Y con tu hija, ¡quién sabe lo que harán!

Y retuvo a Dayir Usún y a su hija tres días y tres noches. Luego les llevó a Gengis Kan. Y Gengis Kan, enfurecido, dijo:

¿Por qué la retuviste? Haré un escarmiento.

Y Julán Katún habló y dijo así. Nayaga habló; advirtió, dijo: «Soy un gran jefe de Gengis Kan. Iremos los dos juntos a darle a tu hija. Si vas solo, en el camino,

los soldados, ¡quién sabe lo que harían!» Si hubiéramos encontrado a otros soldados, ¿qué hubiese sucedido? Nuestro encuentro con Nayaga fue afortunado. En vez de castigarle, favorézcame el Kan, pida si lo desea la carne que mi padre y mi madre engendraron por destino del Cielo. Cuando preguntamos a Nayaga, dijo: «Yo no tengo otra cara que la del Kan. Si encuentro

una doncella de hermosas mejillas,
un caballo de buena grupa,

de gente extranjera, digo: «De mi Kan son. Son de él. ¡Muera yo si no digo verdad!»

Gengis Kan aceptó estas palabras y el mismo día, examinada la doncella y hallada intacta, Gengis Kan, complacido, la tomó.

Y aceptó la palabra de Nayaga, dijo:

Es hombre veraz. Le favoreceré.

Merkides y naimanes

En el espolio de los merkides se tomaron cautivas a Tugueí y a Doreguene, katunes de Judu, hijo mayor de Togtoga Beki. Y Gengis Kan dio luego a Doreguene a Ogodei Kan.

La mitad de los merkides no se quisieron someter, se hicieron fuertes en la cima de un monte. Gengis Kan envió a Chimbai, hijo de Sorjan Chira, como capitán suyo, le mandó atacar con las tropas de la mano izquierda a los merkides que se habían hecho fuertes.

Gengis Kan, por su parte, persiguió a Togtoga, que junto con sus hijos Judu y Chilagún, pocos, sólo con lo puesto, habían huido, no se sometían. Y después de pasar el invierno delante de Altai, cuando en la primavera del año del buey pasó por el Arai, Guchulug Kan de los naimanes dejó que Gengis Kan se apoderara de los suyos, no quiso someterse, se fue, huyó con

unos pocos y se unió a Togtoga el merkid, se juntaron en la fuente Bugdurma del Erdis, prepararon allí sus soldados para la batalla.

Gengis Kan también puso a los suyos en orden de combate.

Iniciada la lucha, Togtoga, herido de un flechazo, cayó del caballo. No pudiendo llevarse sus huesos, no pudiendo llevarse el cadáver entero, sus hijos le cortaron la cabeza y se llevaron eso, con eso se fueron. Luego, cuando los naimanes y los merkides unidos se vieron desbordados, huyeron y al cruzar el Erdis se ahogaron muchos. Murieron casi todos en el agua. Los pocos que pudieron salvarse, siguieron huyendo tras de cruzar el río.

Guchulug Kan de los naimanes pasó el Guigurtai y el Jarlugud, fue a unirse a Gur Kan de los jara kitades, que estaba en la orilla del Chui, en tierra de los musulmanes.

Los merkides, con Judu, Jal y Chilagún, hijos de Togtoga, a la cabeza, pasaron el Janglín y el Kinchagud.

Luego, Gengis Kan volvió, pasó por el Arai, regresó al campamento.

Chimbai aniquiló a los merkides que se habían hecho fuertes en la cima de un monte.

Luego, Gengis Kan dio una orden, mandó matar a todos los merkides que debían morir, dejó que los soldados despojasen al resto. Y los merkides que se habían sometido, se sublevaron, se alzaron en armas en el campamento. Y nuestros siervos del campamento les sometieron. Y Gengis Kan, decretó, mandó, dijo así:

Dijimos: «Que vivan unidos». Pero se rebelaron.

Y mandó esparcirlos entre todos, para que se extinguieran.

Subeguetei va contra los merkides

En el mismo año del buey, Gengis Kan dio una orden, mandó montar a Subeguetei en el carro de hierro, le mandó perseguir a los hijos de Togtoga Beki, a los merkides que estaban al mando de Judu, de Jal, de Chilagún. Decretó, mandó decir a Subeguetei, dijo así:

Los hijos de Togtoga, con Judu, Jal y Chilagún a la cabeza, se fueron, asustados, volvieron, atacaron, se fueron otra vez como caballos salvajes con un lazo al cuello, como corzos flechados. Si les saliesen alas y volando subiesen al cielo, ¿no volarías tú, Subeguetei, como un gerifalte y les apresarías? Si se hicieran marmotas, y cavasen con sus garras y se metiesen en la tierra, ¿no cavarías tú como barra de hierro, hasta alcanzarles y vencerles? Si, haciéndose peces, entrasen en el mar, ¿no te harías tú red, Subeguetei, red que se echa y se arrastra y captura y pesca, no les apresarías? Te envío de nuevo a pasar las altas montañas, a pasar anchos ríos. Piensa en las distancias, reserva fuerzas, aprovecha cuando los caballos aún no estén cansados, sé prevenido, no agotes los víveres. Si un caballo se agota, déjalo, ya no valdrá de nada. Si acabaste las provisiones, piensa que habrá caza abundante en ruta. En la marcha, piensa en lo que falta, no permitas que los soldados galopen detrás de la caza. No caces sin límite. Si cazas para aumentar las provisiones del ejército, hazlo como se debe. Nadie galope salvo en las cacerías permitidas. Dejen todos el caballo con el bocado suelto. Marchando así, no podrán galopar los soldados. Dada la orden, que se vigile y se castigue a quienes la transgredan. A todo aquel que conozcamos Nos y no respete este mandato nuestro, que se presente a Nos. A los que Nos no conozcamos, hazles decapitar sin más allí donde se encuentren.

Al pasar los ríos
os separaréis.
Pero marchad igual, siguiendo el mismo orden.

Al pasar los montes,
os dividiréis.
Pero marchad igual, siguiendo el mismo orden.

Si el Cielo eterno aumenta mi mando y mi poder y hace que los hijos de Togtoga caigan en tus manos, ¿a qué cargar con ellos hasta aquí? Mátales allí mismo.

Luego, Gengis Kan dijo a Subeguetei:

Si te hago ir a la guerra, es porque siendo yo niño, los uduyides de los tres merkides me hicieron dar tres vueltas a Burjan Jaldún, amedrentado. Porque son enemigos que juraron no someterse a mí. Ve y puedas tú llegar hasta el extremo más lejano de lo más largo, hasta el fondo más hondo de lo más profundo.

Le mandó perseguirles, le mandó hasta el extremo más lejano, le hizo montar en el carro de hierro, le hizo ir a la guerra en el año del buey, decretó, mandó, dijo así:

Si vas, no nos verás, y será como vernos; aunque estemos muy lejos, será como si estuviésemos al lado. También a ti te protegerá el Cielo.

La entrega de Yamuga

Cuando acabó de destruir a naimanes y merkides, como Yamuga estaba con los naimanes, al quedarse sin gente, vivía como un ladrón con cinco compañeros. Subieron al Tanglú, mataron un muflón, lo asaron y mientras lo comían, Yamuga dijo a sus compañeros:

¿Los hijos de quién pueden matar en este día un muflón y comerlo así como nosotros?

Y mientras estaban comiendo la carne de ese mismo muflón, sus cinco compañeros se abalanzaron sobre él, le ataron, lo llevaron atado a Gengis Kan.

Y cuando sus compañeros le llevaron a Gengis Kan, Yamuga habló así, dijo así: Decid a mi *anda* el Kan

Cuervos negros cazaron
un pato *jarambai*.
Plebeyos y esclavos
han alzado la mano
contra su señor.
¿Errará acaso mi *anda* el Kan?

Los buitres cazaron
un pato *borchín*.
Esclavos y siervos
con traiciones y astucias apresaron
a su propio señor.
¿Errará mi *anda* santo?

Ante estas palabras de Yamuga, Gengis Kan decretó, mandó, dijo así: ¿Cómo dejar que vivan los que se alzaron contra su señor? ¿De quién pueden ser ésos compañeros? Que decapiten hasta la semilla a ésos que se alzaron contra su señor.

Y, en presencia del propio Yamuga, hizo decapitar a los que le habían entregado.

Los dos andas

Luego, Gengis Kan habló así, dijo:

Decid a Yamuga: Ahora que los dos nos hemos juntado otra vez, seamos compañeros. Estamos los dos juntos, somos las dos varas del carro, no pienses ya en separarte y alejarte de mí. Ahora, juntos en un mismo lugar,

que uno recuerde al otro aquello que olvide,
que uno despierte en el otro lo que quede dormido.

Aunque te separaste,
fuiste mi *anda* feliz y dichoso
y el día del combate
te dolía el pecho, te dolía el corazón.

Aunque te apartaste,
el día de la matanza
te dolía el aliento, te dolía el corazón.

Si dices «¿Cuándo?» diré: Cuando luchaba yo con los kereyides en los arenales de Jalajalyid, me hiciste saber lo que dijeras al padre Ong Kan, así me serviste. Luego, enviaste otro mensaje también, me hiciste saber cómo asustaras a los naimanes

haciéndoles morir
con tus palabras.
Matando
con la boca.

Dijiste: «Eso les dije». Así me serviste.

Y Yamuga habló así, dijo así:

Al principio, cuando éramos niños, cuando me hice *anda* de mi *anda* el Kan, en el valle de Jorjonag

comimos juntos comida que no se digiere,
hablamos juntos palabras que nunca se olvidan,

en nuestro refugio estuvimos, los dos en uno.

Azuzados
por personas que se interpusieron,
empujados
por personas que estaban al lado,
nos separamos totalmente.
Dije: «Nos hemos dicho cosas graves»,
sentí la cara negra,
la cara roja de vergüenza.

Temí aproximarme,
marché, no podía ver el rostro amable
de mi *anda* el Kan.
Dije: «Nos hemos dicho cosas que ya no se olvidan».
Porque mi rostro rojo ardía,
me fui, me voy, no puedo ver el rostro amable
del *anda* que no olvida.

Mi *anda*, el Kan quiere hacerme merced, dice: «Seamos compañeros». Cuando debía ser compañero no lo fui. Ahora, *anda* mío,

pacificaste todas las naciones,
uniste todas las gentes enfrentadas.

Te ha sido otorgado el trono del Kan. Si ya tienes el mundo, de qué te sirve un compañero. Yo

entraría en tus negros sueños en la noche negra;
turbaría tu pensamiento claro en el claro día.

Sería sólo

piojo en el cuello,
espina entre la ropa.

Tuve muchas abuelas por parte de mi padre. Empecé a dejar de pensar en mi *anda*, le dejé atrás, me equivoqué, mi nombre ya corrió desde su amanecer hasta su ocaso. Mi *anda* tuvo madre sabia. *Kulug* de nacimiento, tiene buenos hermanos. Fiel a sus valerosos compañeros, fiel a sus cien caballos, mi *anda* creció potente. Pero a mí no me criaron de pequeño mi padre y mi madre. Y no tuve hermanos. Tuve una esposa lenguaraz. Compañeros indignos. Me superó mi *anda* por el destino que baja del Cielo. Favorézcame pues el *anda* mío con una muerte rápida y dejaré su corazón en paz. Favorézcame el *anda* y, al matarme, que la sangre no corra. Y, muerto, mis huesos en un alto serán

protección eterna por el germen del germen. Seré una oración. Tuve de origen otra suerte. Me aplastó la majestad del *anda* mío con su suerte magnánima. No olvides lo que dije. Si lo recuerdas, de mañana y de noche hablaremos tú y yo en oración. Haz que muera en seguida.

A estas palabras, dijo Gengis Kan:

Aunque mi *anda* se apartase de Nos y hablase mal de Nos, no se supo que quisiera dañarnos. Es un hombre del que podría aprenderse. Pero él no querrá. Si digo «Hagámosle morir», no sería buen augurio. Si le dañase sin razón, no sería justo. Es un hombre grande. Podría decirse que tiene razón, sí. Podríamos decir: «Tiempo ha, porque Yochi Darmala y Taichar se robaron caballos, mi *anda* Yamuga, tú, sin que hubiese por qué entre tú y yo, fuiste contra mí conjurado con otros, combatimos y hube de huir, refugiarme en los desfiladeros de Yerene, ¿no me atemorizaste allí? Ahora, si digo «Seamos compañeros», no servirá. Pretendo salvarte la vida y tú no lo permites.

Luego, habló y le dijo así:

Que ahora, según dijiste tú, te maten sin que corra la sangre.

Ordenó así, dijo así:

Que se le haga morir sin que la sangre mane. No se abandone su cadáver. Tenga unas honras dignas.

Mandó matar así a Yamuga, mandó que se cuidaran de sus restos.

SIETE

El gran Kan de todos los mongoles otorga cargos en pago de servicios

Y así, llegó a regir Gengis Kan a todos los que viven en tiendas de fieltro.

En el año del tigre, juntáronse todos donde nace el Onón, alzaron el blanco estandarte de las nueve colas, hicieron todos a Gengis Kan su kan, Kan de todos, señor de la nación.

Luego, Gengis Kan nombró a Mujali príncipe del reino.

Tras mandar a Yebe perseguir a Guchulug Kan, de los naimanes, partió él también para la guerra y, cuando acabó de pacificar a los demás mongoles, decretó, tuvo a bien mandar, dijo así:

A los que están conmigo formando nación juntos, yo, formando miles y nombrando capitanes de mil, voy a dar mando.

Y nombró a los capitanes de mil. Padre Munglig, Bogorchu, Mujali Güi Ong, Jorchi, Iluguei, Jurchedei, Gunán, Jubilai, Yelme, Tugue, Deguei, Tolún, Ongur,

Chulguetei, Borogul, Sigui Jutuju, Guchu, Kokochu, Jorgosun, Jusún, Juyildar, Siluguei, Yetei, Tagai, Chagagán, Joga, Alaj, Sorjan Chira, Burugán, Jarachar, Koko Chos, Suyiketu, Nayaga, Yungsoi, Guchugur, Bala, Oronartai, Dayir, Mugué, Buyir, Mungugur, Dologadai, Boguen, Judús, Moral, Yepké, Yuruján, Koko, Yebe, Udutai, Bala Cherbi, Kete, Subeguetei, Mungké, Jalyá, Jurchajus, Gueuguí, Badai, Kisilig, Ketei, Chagurjai, Onguirán, Togón Temur, Meguetú, Jadagán, Morojá, Dori Buja, Idugadai, Siragul, Dagun, Tamachi, Jagurán, Alchí, Tobsajá, Tunjuidai, Tóguja, Ayinai, Tuyideguer, Sechegur, Yeder, Olar Gureguen, Kinguiyadai Buja Gureguen, Juril Asig Gureguen, Jadai Gureguen, Chigu Gureguen.

Achi Gureguen, tres mil onguirades, Gutu Gureguen, dos mil ikires, Ala Jus Diguid Juri Gureguen, de los ongudes, cinco mil ongudes, y luego la gente del bosque.

Así se nombraron los capitanes de los noventa y cinco mil a los que Gengis Kan dio capitanes de los miles de todos los mongoles.

Cuando, reunidos todos con los maridos de las hijas, de nuevo Gengis Kan decretó, mandó, dijo así:

Favoreceré a los que me sirvieron.

Y mandó llamar a los capitanes al mando de Bogorchu y Mujali. Sigui Jutuju estaba ya en la tienda.

Y dijo Gengis Kan a Sigui Jutuju: Ve, llámalos tú.

Y Sigui Jutuju habló así, dijo así:

Bogorchu y Mujali y los demás, ¿te sirvieron acaso más que nadie? ¿Dieron más poderío? ¿Acaso yo te serví menos? ¿Acaso te di yo menos poder?

Desde la cuna
hasta tu umbral insigne
viví,
mientras creció
toda esta barba,
en la barbilla,
sin otra idea.

Desde que andaba con el orinal entre las
piernas,
en tu dorado umbral
viví,
hasta que el bigote
se hizo así,
sin errar.

Tendido a sus pies,
me hizo crecer la madre como a un hijo.
Echado junto a ella,
me crió como a hermano pequeño.

Ahora, ¿qué me vas a otorgar?

Entonces, Gengis Kan dijo a Sigui Jutuju, mandó, decretó, dijo así:

¿No eres acaso tú mi sexto hermano? Tú, nuestro hermano pequeño tardío, tendrás tu parte, recibirás la parte del hermano pequeño. Y por lo que me serviste, que no se te castigue en nueve transgresiones.

Decretó, mandó, dijo así:

Ahora que el Cielo eterno me protege y estoy rigiendo a todas las gentes, haciéndolas

ojos que ven,
oídos que oyen,

reparte tú a todas las gentes, da su parte a la Madre, a Nos, a los hermanos pequeños, a los hijos, según los nombres de las gentes. Divide

a todos los que viven en tiendas de fieltro,
separados
de los que tienen puertas de tablas.

Que todos respeten tu palabra.

Luego, dijo que Sigui Jutuju sería quien

castigando al que roba,
castigando al que miente,

haría morir a los que la costumbre dice que han de morir y daría castigo a los que la costumbre dice que reciban castigo. Le encomendó juzgar a todos.

Decretó, mandó, dijo así:

Que él, escribiendo en el registro azul, deje constancia de que de todas las gentes él ha de hacer partes. Y que será él quien juzgue en los juicios. Y que, por la semilla de la semilla, nadie ose cambiar lo que está escrito con la escritura azul, lo que Sigui Jutuju, porque yo se lo dije, escriba en papel blanco. Mi maldición caerá sobre aquel que lo cambie.

Y Sigui Jutuju habló, pidió, dijo así:

Ya que a un hermano tardío como yo dejas tomar una parte igual, favorézcame aún más el Kan y deme las ciudades que tienen murallas de tierra.

A esto, dijo Gengis Kan: Tú mismo lo dijiste. Sea.

Y Sigui Jutuju no pidió ya más, fue, llamó a los capitanes, a Bogorchu, Mujali y los demás, les hizo entrar.

Luego, Gengis Kan dijo a Padre Munglig, mandó, decretó, dijo así:

Tú, que dichoso y feliz
naciste al nacer yo,
creciste al yo crecer,

tu ayuda, tus servicios, ¿cuántos fueron? Cuando padre Ong Kan y *anda* Sengum, los dos, arteramente, me llamaran y me puse en marcha y pasé de camino la noche en tu tienda, si tú, padre Munglig, no me hubieras dicho que no siguiese, temo que habría caído

en el centro del remolino,
en el fuego que arde.

Por sólo ese servicio, ¿cómo podría olvidar por la semilla de la semilla? Recordándolo ahora, quiero hacerte

sentar a mi lado y consultarte los años y las lunas y otorgarte favores y dádivas. Pagaré los servicios, ¡por la semilla de la semilla!, ¡por el germen del germen!

Luego, cuando Gengis Kan se dirigió a Bogorchu, decretó, dijo así:

Recuerdo aquella vez que nos quitaron los caballos y yendo tras ellos, después de tres noches de marcha, llegué hasta ti, nos encontramos y me hablaste, dijiste: «Necesitas ayuda. Seré un compañero. Vamos, yo te indicaré el rastro». Y sin avisar siquiera a tu padre, escondiste la jarra y el cuenco de ordeñar allí mismo en la estepa y haciéndome dejar el bayo de la cola pelada, me hiciste montar en otro con una mancha negra de la crin a la cola, montaste tú un bayo muy veloz, dejaste la caballada sola, fuiste mi compañero. Perseguimos otros tres días y tres noches a los que nos quitaran los caballos y cuando llegamos al círculo de tiendas, se los quitamos nosotros a ellos, los sacamos de allí, huimos, volvimos con lo nuestro. Tu padre es Naju Bayan. Tú, su único hijo. Nada podía yo darte que tú no tuvieras. Te hiciste compañero por tu corazón grande. Y después de aquello yo pensaba continuamente en ti. Por eso mandé a Belgutei. Por eso dije: «Seamos compañeros». Y cuando

cabalgando un bayo de grupa curvada,
atada tras la silla la capa gris de fieltro,

viniste como mi compañero, vinieron contra nosotros los tres merkides. Cuando me hicieron dar las tres vueltas a Burjan, tú diste las tres vueltas conmigo. Luego, cuando casi hombro con hombro con los tátaros pasamos la noche en Dalan Nemurgues y, día y noche, sin cesar, caía la lluvia, diciendo que yo debía dormir, me protegiste con tu capa, no permitiste que la lluvia cayese sobre mí, aguantaste a pie firme toda la noche entera. Sólo una vez cambiaste de pie. Mostraste tu valía. ¡Cuántas más pruebas de valor tuyas podría

contar! No acabaría nunca de contar, si empezase. Bogorchu y Mujali, los dos

empujando hacia fuera mi bondad
bloqueando el mal

me habéis hecho llegar hasta este trono. Sentaos ahora a mi lado y que nadie os castigue en nueve transgresiones y que Bogorchu mande los diez mil de la mano derecha, los que tienen el Altai por almohada.

Luego, Gengis Kan habló a Mujali, decretó, mandó, dijo así:

Cuando acampamos al pie del Gran Árbol del valle de Jorjonag, alrededor del cual Jutula Kan bailaba, porque el cielo habló claro a través de Mujali, yo, pensando en su padre, Gugún Ugá, le di mi palabra. Dije así: «Que se siente a mi lado y que, por la semilla de la semilla, sea príncipe del reino de todas las gentes». Y le di título de príncipe del reino. Que Mujali Güi Ong gobierne a los diez mil de la mano izquierda que tienen Jaragún Yidún por almohada.

Luego, Gengis Kan habló a Jorchi, decretó, mandó, dijo así:

Tú me profetizaste y, desde que era pequeño hasta hoy, durante mucho tiempo,

aguantando la lluvia conmigo,
aguantando conmigo el frío,

te has conducido como un dios que trae gozo. Cuando dijiste «Si lo que auguro se cumple y si por don del Cielo sucede según lo deseado, permíteme tener treinta mujeres». Cúmplase ahora el deseo. Yo te lo otorgo. Busca entre las mejores doncellas de las gentes que se han sometido y elige treinta.

Luego mandó, decretó, dijo así:

Aparte de los tres mil bagarines de Tagai y Asig, que a los chainos, los togolos y los telengudes de los

adarkines, todos los diez mil, los mande Jorchi. Que Jorchi acampe libre junto al pueblo del bosque. Que Jorchi gobierne y mande a esos diez mil.

Decretó, mandó, dijo así:

Que la gente del bosque no obre nunca sin permiso de Jorchi. ¿Qué duda puede haber con quien obre sin autorización?

Luego, Gengis Kan habló a Yurchedei, dijo así:

Qué bien me serviste cuando luchábamos en los arenales de Jalajalyid con los kereyides y yo estaba inquieto. Juyildar hizo una promesa y tú la cumpliste, Yurchedei, tú la ejecutaste. Desbarataste a los yirguines, a los tubeguenes, a los donjayides, a los juri silemunes, a los mil de la guardia de día, a tropas aguerridas, a todos ellos superaste y llegaste al grueso mismo del ejército y allí, con una flecha *uchumag*, atravesaste la mejilla a Sengum, y, por el Cielo eterno, se me otorgaron así la puerta y las riendas. Si Sengum no hubiese sido herido así, ¿qué habría ocurrido? Muy gran servicio fue. Cuando te separaste de mí al bajar por el Jalja, pensaba yo en ti como en el refugio de una alta montaña. Luego, llegamos a abrevar al lago Malyuna. Y cuando salimos de allí contra los kereyides, contigo en vanguardia, el Cielo y la Tierra aumentaron nuestro poderío, desbaratamos y expoliamos a los kereyides. Dispersadas esas gentes poderosas, naimanes y merkides, desbaratados y ahuyentados, no pudieron ya presentar batalla, quedaron esparcidos. En el combate en que merkides y naimanes fueron dispersados, Yaja Gambu de los kereyides, con sus dos hijas, estaba con sus gentes, separado. Y tú, atrayendo con astucia al que se separara de nosotros haciéndose por segunda vez nuestro enemigo, te apoderaste de él con astucia, acaque se separara de nosotros haciéndose por segunda vez baste con el que se apartara. Y, aplastado por segunda vez el poderío de Yaja Gambu, cogimos a toda su gente. Ése fue el segundo gran servicio que me hiciste.

Porque el día del combate
pudiste la vida perder;
porque el día de la matanza
pudiste morir combatiendo,

te doy a Ibaja Beki.

Luego, Gengis Kan habló así, dijo así a Ibaja Beki:

No es que piense que careces de méritos, no es que no seas bella. Por tus muchos méritos y tu belleza te doy a Yurchedei, a ti, que has entrado en mi pecho y que has figurado entre mis esposas. Recordando el gran principio de pagar los servicios, porque Yurchedei

fue escudo el día del combate;
refugio contra el enemigo;
unió a los que se habían separado;
reunió a los que se habían dispersado.

Después, cuando sea mi semilla quien se siente en el trono, que fiel al gran principio de recompensar al que sirvió, respete mi palabra y no olvide la condición de Ibaja.

Luego, Gengis Kan habló así a Ibaja, dijo:

Tu padre Yaja Gambu te dio doscientos siervos de dote y te dio al cocinero Asig Temur y al cocinero Alchig. Cuando te vayas ahora con los urugudes, dame como recuerdo tuyo cien de tus siervos y a tu cocinero Asig Temur.

Luego, Gengis Kan dijo a Yurchedei, decretó, mandó así, dijo así:

Te he dado ya a mi Ibaja. ¿Querrás gobernar además a tus cuatro mil urugudes?

Luego, Gengis Kan habló a Jubilai, dijo así:

Tú humillaste en mi nombre
los cuellos de los poderosos,
las nalgas de los fuertes.

Vosotros, Jubilai, Yelme, Yebe, Subetei, cuando os mandé, mis cuatro perros, cuando os mandé que obrarais según mis designios, fuisteis

destruyendo las piedras firmes,
cuando dije «Id por ellos»;
abatiendo los cerros
cuando dije «A la carga».
Quebrando piedras relumbrantes,
cortando por medio aguas hondas.

Cuando mandé, sí, a Jubilai, a Yelme, a Yebe, a Subetei, a vosotros, mis cuatro perros, al lugar señalado, si Bogorchu, Mujali, Borogul y Chilagún, mis cuatro valientes, estaban a mi lado, si era día de combate, si colocaba a Yurchedei y Juyildar delante mío con sus urugudes y sus mangudes, mi pensamiento se calmaba. ¿Querrás tú, Jubilai, hacerte cargo de los asuntos del ejército, de todos ellos?

Luego, dijo así:

Por la obstinación de Bedugún me enfurecí con él y no le di un millar. A ti te hará caso, que mande mil contigo, con el consejo tuyo.

Luego dijo: Veremos así qué hace Bedugún.

Luego, Gengis Kan habló a Gunán, de los guenigues. Mandó, decretó, dijo:

Vosotros, los jefes que estáis bajo el mando de Bogorchu y Mujali, vosotros los intendentes Dodai, Dojolju y los demás: Este Gunán es lobo sagaz en la noche oscura, cuervo negro en el claro día,

no se detiene cuando viajamos,
no viaja cuando nos detenemos,
no tiene otra cara con el enemigo.
No tiene otro rostro con el adversario.

No obréis sin que lo aprueben Gunán y Koko Chos. Seguid sus consejos. Luego mandó, decretó, dijo:

Yochi es el mayor de mis hijos. Póngase Gunán al mando de sus guenigues y sea capitán de diez mil al mando de Yochi. Gunán, Koko Chos, Deguei y el anciano Usún, los cuatro,

nada de lo que vieron ocultaron.
Nada de lo que oyeron escondieron.

Luego, Gengis Kan habló a Yelme, decretó, mandó, dijo así:

Cuando el anciano Yarchigudai, con los fuelles al hombro, cuando Yelme estaba aún en la cuna, vino, bajó de Burjan Jaldún, trajo pieles de marta para envolverme, cuando yo nací en la colina Deligún del Onón, cuando se convirtió en compañero, se convirtió en

esclavo del umbral.
Esclavo privado de la puerta.

Muchos son los servicios de Yelme,

nació cuando yo nací,
creció cuando crecí yo,

vino a mí con las pieles de marta con que me envolvieron por primera vez. Que al feliz y afortunado Yelme, si transgrede, no se le castigue en nueve transgresiones.

Luego, Gengis Kan habló a Tolún, decretó, mandó, dijo así:

¿Cómo es que padre e hijo mandáis un millar distinto cada uno? Porque antaño reuniste a las gentes, fuiste una de las dos alas de tu padre, procuraste unir, uniste a las gentes, te he dado el título de *cherbi*. Ahora, con todos los que hallaste y juntaste tú mismo, sé capitán de tu propio millar. Seguirás el consejo de Turuján.

Luego, Gengis Kan habló a Ongur. Habló así, dijo así:

Los tres toguragudes, los cinco targudes, tú, Ongur, hijo de Monguetu Kiyán, con los chagsigudes y los bayagudes, formas un círculo de tiendas para mí. Tú, Ongur,

no te extraviaste en la niebla,
no te apartaste en la rebelión,
aguantaste conmigo la lluvia,
aguantaste conmigo el frío.

Ahora, ¿qué merced querrás tú?

Y habló Ongur, dijo así:

Si me permites elegir: mis hermanos bayagudes están esparcidos y dispersos por las diversas tribus. Si tú lo permitieses, reuniría a mis hermanos bayagudes.

Y dijo Gengis Kan: ¡Sea! Reúne a tus hermanos bayagudes y manda un millar.

Luego, Gengis mandó así, habló, dijo:

Que cuando Ongur y Borogul distribuyan la comida a derecha e izquierda, no permitan que falte

a los que están de pie ni a los sentados,
a la derecha.
A los que ocupan sus lugares en la fila y a los que no,
a la izquierda.

Si distribuís así los dos, no me atragantaré, tendré sereno el pensamiento. Ahora, Ongur y Borogul, los dos, id, repartid los alimentos entre todos.

Luego, dijo: Cuando ocupéis el puesto que os toca, cuando ocupéis el sitio que os está asignado, supervisad la comida a derecha e izquierda en la mesa grande

del vino, sentaos con Tolún y los demás, mirando hacia el norte.

Así asignó los puestos.

Luego, Gengis Kan dijo a Borogul:

Cuando mi madre, recogiéndoos a los cuatro, Sigui Jutuju, Borogul, Guchu y Kokochu, de los campamentos de otras gentes, cuando mi madre,

tomándoos en su regazo,
tratándoos como hijos, cuidándoos,
os nutrió,
tirándoos hacia arriba del cuello
hasta que alcanzasteis la talla de un hombre,
tirándoos de los hombros,
hasta que alcanzasteis la talla del varón,

os hizo compañeros de nosotros sus hijos. Ella os alimentó y vosotros, en pago, ¿cuántos favores y servicios le habéis hecho? Borogul, buen compañero mío, en la rápida guerra,

no permitiste que pasara una noche en ayunas,
una noche de lluvia.
Frente al enemigo,
hombro con hombro y espalda con espalda,
no permitiste que pasara yo una noche sin caldo.

Luego, cuando aplastamos a los odiados tátaros que mataban a los padres y a los abuelos nuestros, cuando les destruimos y les aniquilamos, cuando les hicimos pasar a todos por la cabilla, cuando les abatíamos, uno de ellos, Jarguil Chira, huyó, prefirió vivir como un bandido. Y un día, hambriento, vino, entró en la tienda, dijo a la madre: «Sólo pido, mi intención es buena». Y la madre dijo: «Si tu intención es buena, siéntate». Y cuando estaba allí sentado a la entrada, junto a la puerta, en el banco, Tolui, que tenía cinco años, entró en la tienda y cuando volvió a salir

corriendo, cuando ya se iba, Jarguil Chira se levantó, le asió con una mano, sacó el cuchillo con la otra. Y Altani, mujer de Borogul, cuando la madre gritó y dijo «Va a matar al niño», se abalanzó sobre Jarguil Chira, le asió con una mano por las trenzas y le arrebató el cuchillo con la otra. Y en ese momento, Yetei y Yelme, que estaban matando un buey al norte de la tienda, al oír el grito de Altani, los dos, con un hacha en la mano cada uno, con los puños rojos de sangre, entraron corriendo. Con hachas y cuchillos mataron allí mismo a Jarguil Chira. Y Altani, Yetei y Yelme empezaron a discutir a quién correspondía el mérito de haber salvado la vida al niño. Y Yetei y Yelme dijeron: «De no ser por nosotros, de no llegar nosotros corriendo a toda prisa, ¿qué habría hecho Altani, una simple mujer?» Y Altani dijo: «Si no hubieseis oído mi grito, ¿habríais venido? Si cuando corrí y me abalancé sobre él y le así con una mano las trenzas y con la otra la suya que tenía el cuchillo, si el cuchillo no hubiese caído, ¿no le habría quitado la vida al niño antes de que llegaseis vosotros?» Y todos reconocieron que el mérito era suyo. La mujer de Borogul fue para él la otra vara del carro, ayudó a salvar la vida de Tolui. Luego, cuando luchábamos con los kereyides, en Jaljalyid Eled, Ogodei fue herido de un flechazo en la vena del cuello y cayó del caballo. Y Borogul le subió al suyo, le chupó la sangre de la herida, pasó toda la noche con él, y a la mañana le subió en su caballo y, como no podía sostenerse, se colocó detrás y le llevó abrazado. Fue chupando y sorbiendo la sangre de la herida hasta que le bajaba ya la sangre por las comisuras de los labios. Y le salvó la vida. Lo que mi madre luchó para criarle, sirvió para salvar la vida a mis dos hijos. Borogul es un buen compañero. No vaciló nunca,

a la más leve seña,
al grito y al eco.

Si Borogul comete nueve transgresiones, que no se le castigue.

Luego, Gengis Kan habló al anciano Usún, decretó, dijo así:

Usún, Gunán, Koko Chos y Deguei, los cuatro, no ocultaron, no escondieron, dijeron cuanto vieron y oyeron, dijeron cuanto sintieron y pensaron. Según los principios de los mongoles, según la vía del jefe, existe la costumbre de que uno puede llegar a ser *beki*. Usún es semilla del hermano mayor Bagarin. Así pues, por Nos y para Nos, sea el anciano Usún *beki*. Que como *beki* vista ropa blanca, monte un caballo blanco, ocupe su lugar, que se le sirva, que aconseje sobre el mes y el año. ¡Sea como queda dicho!

Luego, Gengis Kan habló, mandó, dijo así:

Por el servicio del *anda* Juyildar en el combate en que perdió la vida atacando el primero y por la petición que hizo, reciba la donación del huérfano por la semilla de la semilla.

Luego, Gengis Kan habló así a Narín Togoril, hijo de Chagán Joga. Dijo:

A tu padre Chagán Joga, hombre intrépido, cuando empezaba a combatir a mi servicio, cuando luchábamos en Dalán Balyud, le mató Yamuga. Reciba ahora Togoril, en honor de su padre, la donación del huérfano.

Y Togoril habló así, dijo:

Mis hermanos neguses están esparcidos y dispersos por todas las tribus, pueda yo reunirles por favor del Kan.

Y Gengis Kan decretó, mandó, dijo así: ¡Sea! ¿Por qué no habrías de poder reunir tú a tus hermanos neguses y regirles por la semilla de tu semilla?

Luego, Gengis Kan dijo a Sorjan Chira:

Cuando era yo pequeño, cuando Targuta Kiriltug de los tayichigudes, porque mis parientes me envidiaban, se apoderó de mí, entonces tú, con tus hijos, diciendo «sus parientes le envidian» mandaste a tu hija Jadagán que cuidase de mí, que me ocultase,

Luego, me dejaste marchar, me diste libertad. No olvidé aquel servicio, tu bondad, lejos de tu lado seguí recordándolo

en mis sueños en la noche negra,
en mi pecho en el claro día.

Luego, viniste a mí de los tayichigudes. Ahora, si te otorgase un don, ¿qué don querrías?

Y Sorjan Chira, que estaba con sus hijos Chilagún y Chimbai, habló así, dijo:

Si se me otorga un don, que pueda yo elegir libremente un campamento, que pueda acampar en el país de los merkides, en el Selengue, en el lugar donde me plazca. En cuanto a más mercedes, que Gengis Kan decida.

Gengis Kan decretó, habló así, dijo:

Dispón, pues, del país de los merkides, el Selengue, como tu territorio, acampa allí en el lugar que quieras, sé libre, sean los tuyos de los que porten aljaba y beban vino santo. No sean castigados en nueve transgresiones.

Luego, Gengis Kan favoreció a Chilagún y a Chimbai, decretó, dijo:

Pensando lo que dijeron tiempo ha Chilagún y Chimbai, ¿cómo podría olvidar? Vosotros dos,

si tenéis que decir algo que penséis,
si tenéis que pedir algo que deseéis,

no lo hagáis por persona intermedia. Por vuestra persona y boca

decid lo que penséis,
pedid lo que queráis.

Luego decretó, dijo así:

Sorjan Chira, Badaí y Kisilig, sois hombres libres y como hombres libres, cuando ataquemos al enemigo numeroso, en el espolio,

cuanto podáis tomar, sea vuestro.
En la caza,
cuanto podáis matar, sea vuestro.

Sorjan Chira era siervo de Todegue, de los tayichigudes. Badaí y Kisilig cuidaban los caballos de Cherén. Ahora por mí, porque lo mando yo, porten aljaba, beban el vino de la ofrenda, sean libres.

Luego Gengis Kan habló así a Nayaga, mandó, dijo así:

Cuando el anciano Sirguguetu venía con vosotros, sus hijos Alag y Nayaga, trayéndonos a Targutai Kiriltug, en el camino, cerca ya de Jutujul Nugu, Nayaga habló y dijo: «¿Cómo vamos a entregar a nuestro señor?» No fuisteis capaces de entregarle, le pusisteis en libertad, le dejasteis ir. Y cuando llegasteis a mí, tú, Nayaga, dijiste: «Cuando tras alzarnos contra nuestro señor Targutai Kiriltug, veníamos con él, no fuimos capaces de entregarle, le soltamos, le dejamos marchar, vinimos solos sin él a dar poderío a Gengis Kan. Dijimos: Dirán, ¿cómo confiar en quienes han alzado la mano contra su señor?» Entonces yo dije: «Por la buena razón no fue capaz de entregar a su Kan, recordó el gran principio». Y aprobé tus palabras, dije: «Que se le asigne un cargo». Ahora Bogorchu manda los diez mil de la mano derecha. Mujali es príncipe del reino y manda los diez mil de la mano izquierda. Que Nayaga mande los diez mil del centro.

Luego dijo: Que Yebe y Subetei, los dos, manden como capitanes de mil a todos los suyos que han agrupado y reunido.

Luego mandó al pastor Deguei reunir a la gente oculta y dispersa y le dio el mando de un millar.

Luego dijo: Como el carpintero Guchudur necesita gente, que la reclute donde haya. Mujalju el yaradán ha sido un compañero digno. Que Guchudur y Mujalju manden un millar juntos, que se aconsejen entre sí.

Haciendo capitanes de miles a los que con él habían unido la nación, a los que con él habían luchado, dividiendo en miles, nombrando capitanes de mil, de cien, de diez, dividiendo en diez miles, nombrando capitanes de diez mil, nombró, mandó, dijo así:

Antes tenía yo ochenta guardias de noche y setenta de día. Ahora que por el Cielo eterno creció mi poderío, ahora que gobierno a toda la nación que se rige sólo por mis riendas, ahora voy a escoger de los diversos miles a los guardias de día. Entre guardia de noche, los que portan aljaba y los guardias de día, habrán de ser diez mil.

Y transmitió a todos los diversos miles orden, decretó, dijo así:

Al elegir a los guardias de nuestra guardia, a los hijos de los capitanes de diez mil, de mil, de cien, a los hijos de los otros que vayan a servirnos, que se elijan los más apuestos y gallardos, los que parezcan más dignos de servir en nuestra presencia. Y que los hijos de los capitanes de mil escogidos traigan diez compañeros y traigan con ellos también un hermano. Y que los hijos de los capitanes de cien traigan cinco compañeros y un hermano pequeño. Y que los hijos de los capitanes de diez y los hijos de los demás que vengan a servirnos traigan tres compañeros y un hermano pequeño y que traigan caballos. Aumentado así el número de los que sirven en nuestra presencia, dense diez compañeros a los hijos de los capitanes de mil de los miles y cientos de los que procedan. Aunque sus padres les den una parte o tengan hombres y caballos que por su calidad les correspondan y sean suyos, que, aparte de su parte personal, elijan y tomen en la cuantía que hemos establecido, que, señalados hombres y animales, se les entreguen. Y que, asimismo, aparte de su haber personal y de lo escogido, se den

a los hijos de los capitanes de cien y de los de diez, cinco compañeros, y tres compañeros a los hijos de los demás que vengan a servirnos.

Decretó así, dijo así:

Los capitanes de mil, de cien, de diez y todos los demás que tras recibir esta orden nuestra o saber de ella no la cumplan, serán castigados. Si entre los que vengan a servirnos los hay que evitan el servicio, que no sirven, que lo consideran un servicio difícil, que se elijan otros para ocupar su puesto y a ellos se les castigue y se les mande lejos de nuestra vista. Y al que diga que quiere aprender a servir en presencia nuestra, que nadie se lo impida.

Como Gengis Kan mandara elegir de todos los miles y mandara elegir de los hijos de los capitanes de cien y de diez y como había ya ochenta guardias de la guardia de noche, mandó aumentarlos a ochocientos. Y dijo:

Que de los ochocientos se llegue a mil. Y si alguien quiere servir en la guardia de noche, que nadie se lo impida.

Decretó, dijo así:

Que Yeke Negurín sea capitán de la guardia de noche, que mande mil.

Como, tiempo atrás, eligiera ya cuatrocientos que portaban aljaba. Los juntó, dijo así:

Que Yesún Tegue, hijo de Yelme, sea capitán de los que llevan aljaba. Que le aconseje Buguidai, que le aconseje Tugue.

Decretó, dijo así:

Cuando los que portan aljaba se junten con los guardias de día dentro de las diversas unidades, que Yesún Tegue figure también entre ellos, sea capitán de una unidad de arqueros. Que Buguidai figure también, que sea capitán de una unidad de arqueros. Y que lo sea también Jorjudag. Y Lablaja. Así sea. Formen los que llevan aljaba sus unidades con esos capitanes. Que Yesún Tegue, formando una unidad de arqueros de hasta mil, sea también capitán.

Además de los guardias de día que ya servían antes con Oguele Cherbi, completando un millar, Gengis Kan dijo así:

Que de la familia de Bogorchu, Oguele Cherbi mande mil guardias de día. Que de la familia de Mujali mande Buja mil guardias de día. Que de la familia de Iluguei, Alchidai mande mil guardias de día. Que de la familia de Yurchedei, mande Chanai mil guardias de día. Que de la familia de Alchi, mande Ajutaí mil guardias de día. Que Arjai Jasar mande mil guardias de día, mande mil valientes que sean guardias de día los días ordinarios y que el día del combate sirvan a mi lado formando mi guardia de honor.

Llegaron ocho mil guardias de día, elegidos de los miles y miles. Dos mil eran los guardias de noche y los arqueros. Diez mil guardias había. Y Gengis Kan decretó, mandó, dijo así:

Refuércense los diez mil guardias, los que están en presencia nuestra y sean ellos el centro, el grueso del ejército.

Luego Gengis Kan nombró a los que debían ser los jefes de las cuatro unidades de guardias de día. Dijo:

Que Buja mande una unidad de guardias, que mande a los guardias y que me sirva así. Que Alchidai mande una unidad de guardias, que mande a los guardias y me sirva así. Que Dodai Cherbi mande una unidad de guardias, que mande a los guardias y me sirva así. Que Dojolju Cherbi mande una unidad de guardias. Que mande a los guardias y me sirva así.

Cuando empiece el servicio, que el capitán de la unidad reúna a los guardias que sirvan con él y que sirvan tres noches y dejen el servicio. Si uno olvida el servicio, que se le corrija con tres palos para que no lo olvide. Si por segunda vez lo olvida, que se le corrija con siete palos para que no lo olvide. Si, sin estar enfermo y sin consulta previa al capitán, el mismo, por tercera vez lo olvida, tras corregirle con treinta palos, puesto que tan difícil le es servirnos, desaparezca de nuestra vista, no siga a nuestro lado.

Decretó, dijo así:

Que los capitanes de las unidades transmitan a los guardias esta orden cada tercer servicio y si no lo hiciesen que sean castigados. Y que si, transmitida, no la cumplen y olvidan el servicio, sean castigados.

Dijo así:

Que los jefes de las unidades, diciéndose «Tienen menos mando», no reprendan a mis guardias, sin permiso mío. Si alguien no cumple esto, que se nos comunique. Los que merezcan ser decapitados, serán decapitados. Los que merezcan palos, serán apaleados. Si diciéndoos «Mandamos más», dierais palos a nuestros guardias, que son iguales que vosotros, pagaréis los palos con palos y con golpes los golpes.

Luego Gengis Kan mandó así, decretó, dijo así:

Los que son de mi guardia, son más que los capitanes de mil que no son de mi guardia. Los compañeros de mis guardias son más que los capitanes de cien y de diez que no son de mi guardia. Si capitanes de mil que no sean de mi guardia pretendan ser igual que mis guardias y como iguales se enfrenten a ellos, serán castigados.

Luego, Gengis Kan decretó, mandó, dijo:

Que los que portan aljaba, los guardias de día y los cocineros que entren a servirme en su turno, cada uno en su tarea, recorrido el camino del día, dejen a los guardias de noche servir cuando se apague el sol y se vayan, pasen la noche fuera. Sean los guardias de noche los que de noche pasen la noche con nosotros. Que se vayan los que portan aljaba, entréguenla a los guardias de noche y entréguenles los cocineros los cuencos y las ollas. Y que al día siguiente a la mañana, los que portan aljaba, los guardias de día y los cocineros que estén la noche fuera hasta que tomemos el caldo matutino, se lo comuniquen a los guardias de noche cuando lo tomemos y vuelvan a sus puestos. Que quienes entren a servir en los diversos

turnos obren de este modo y manera, que así hagan, según esta norma.

Dijo:

Que tras ponerse el sol, los guardias de noche detengan a todo el que ronde por detrás y por delante de la tienda regia y, pasada la noche, de mañana, que los guardias de noche le interroguen. Al cambiar la guardia, que los que dejan el servicio den sus contraseñas.

Dijo:

Que los guardias de noche que de noche se tienden alrededor de la tienda regia, que los guardias de noche que hacen guardia de pie ante la puerta abran la cabeza por medio de un tajo hasta los hombros a los que entren de noche, den sus despojos a los perros. Si alguien viene de noche con un mensaje urgente, que lo comunique a los guardias de noche. Transmítase al norte de la tienda, mientras el mensajero está con los guardias de noche.

Decretó así, dijo:

Nadie se sitúe más acá de los guardias de noche. Nadie entre sin permiso de los guardias de noche. Nadie ande entre ellos. Nadie pregunte cuántos son. Detengan los guardias de noche al que ande entre ellos y la tienda, al que ande entre ellos y al que pregunte cuántos son, junto con la montura que monte, con la silla y la brida y la ropa que vista.

Elyiguedei era muy digno de confianza, pero, al anochecer, osó andar más acá de los guardias de noche. ¿Qué le pasó? ¿Qué fue de Elyiguedei?

OCHO

La guardia

Y Gengis Kan habló luego así, decretó, dijo:

Capitanes de mi guardia de noche
que, en la noche sombría,
rodeando mi tienda, la del agujero arriba,
me permitís dormir tranquilo y sereno,
vosotros me hicisteis llegar a este trono.

Capitanes dichosos de mi guardia de noche
que rodeáis en la noche estrellada
mi tienda de oro,
por vosotros no temo yo tendido en mi lecho,
vosotros me hicisteis llegar a este trono.

Guardias fieles
que, aunque la nieve espante,
el frío estremezca
y caiga la lluvia,
firmes, sin descanso,

rodeáis mi tienda de bordes de encaje,
por vosotros está mi corazón en paz,
vosotros me hicisteis alcanzar este trono de gozo.

Mis guardias leales
que, cuando el enemigo numeroso acecha, ataca,
rodeando mi tienda de fieltro
sin un pestañeo,
resistís, rechazáis el asalto.

Guardias de noche vigilantes
que, en cuanto una aljaba de abedul resuena
os alzáis sin demora.

Guardias de noche, de rápido paso
que, en cuanto un rumor de aljabas de sauce suena
os alzáis sin retraso.

Mis guardias dichosos,
seréis desde hoy «Guardias de noche mayores».

Sean los setenta guardias de día que entraron a servir con Oguele Cherbi «Guardias de día mayores». Y los paladines de Arjai «Paladines mayores». Llámense los que portan aljaba, como Yesún Tegue y Buguidai «Aljaberos mayores».

Dijo:

A mis diez mil guardias, los que sirven en presencia mía, que vinieron a servirme elegidos de los noventa y cinco mil, vosotros, hijos míos, los que luego os sentéis en mi trono, hijos de mi semilla, a esos guardias, recordadlo cómo legado mío, cuidadles y

atendedles, que no estén descontentos. ¿No son acaso esos mis diez mil guardias dioses que traen la dicha?

Luego, Gengis Kan habló así, dijo así:

Que los guardias de noche se cuiden de las doncellas que sirven en la tienda regia, de todos los hijos de la tienda y de los camelleros y boyeros y cuiden de los carros de la tienda regia. Que los guardias de noche pongan las lanzas al pie de los estandartes y tambores. Que los guardias de noche recojan también los cuencos y las ollas. Que los guardias de noche supervisen lo que se coma y beba. Que los guardias de noche supervisen y preparen la carne entera y la comida. Si faltase comida y bebida, que provean de ella los guardias de noche encargados de la supervisión.

Dijo:

Que cuando los que portan aljaba distribuyan comida y bebida no la distribuyan sin permiso de los guardias de noche encargados de su supervisión. Que cuando distribuyan comida, empiecen por los guardias de noche.

Dijo:

Que los guardias de noche encargados de instalar el campamento sean quienes planten la tienda regia.

Dijo:

Que cuando vayamos de caza, los guardias de noche vayan con Nos de caza. Pero que queden la mitad con los carros.

Luego, Gengis Kan habló así, dijo así:

Que si no vamos Nos a la guerra, los guardias de noche no vayan a la guerra dejándonos a Nos.

Decretó, mandó, dijo así:

Que si, tras recibir esta orden nuestra, los capitanes que mandan los soldados, transgrediendo esta orden, por envidia de los guardias de noche, les hacen ir, sean castigados.

Dijo:

Si decís: «¿Cómo no se hace ir a los soldados de

la guardia de noche?» Decimos: Los guardias de noche protegen mi vida preciada. Cuando yo voy de caza, ellos cazan conmigo. Son los que velan por la tienda regia si viaja la tienda, los que si está plantada cuidan de los carros. ¿Es fácil pasar la noche en vela cuidándonos? ¿Es fácil cuidar los carros que llevan las tiendas cuando el Gran Campamento viaja y cuando se detiene? Decimos: Tienen tareas dobles y muy señaladas. Decimos: Que dejándonos y por separado, no vayan a la guerra.

Luego, decretó, dijo así:

Que algunos de entre los guardias de noche oigan los juicios, que sean oidores en los juicios con Sigui Jutuju.

Dijo así:

Que los guardias de noche cuiden las aljabas, los arcos, las corazas, las armas; que las distribuyan. Que, cogiendo los caballos que gusten, vayan a tender redes para cazar las piezas.

Dijo así:

Que los guardias de noche con los intendentes repartan las telas de raso.

Dijo así:

Cuando los que portan aljaba y los guardias de día proclamen que se acampa, que aljaberos como Yesún Tegue y Buguidai y guardias de día como Alchidai, Oguele y Ajutai vayan a la derecha de la tienda regia.

Dijo así:

Que guardias de día como Buja, Dodai Cherbi, Dojolju Cherbi, Chanaí, vayan a la izquierda de la tienda regia.

Dijo así:

Que los paladines de Arjai estén delante de la tienda regia.

Dijo:

Que los guardias de noche que cuidan de los carros de la tienda regia se pongan a la izquierda.

Luego dijo así:

Que Dodai Cherbi se cuide de los guardias de día que guardan la tienda regia, los «hijos de la tienda», pastores, yegüeros, camelleros, boyeros.

Decretó, mandó, dijo:

Que Dodai Cherbi se cuide de lo que pasa tras la tienda regia,

que no queden allí restos de yerba,
que se quemen los excrementos.

NUEVE

Jubilai Noyán somete a los jarlugudes

Gengis Kan mandó luego a Jubilai Noyán a combatir contra los jarlugudes. Y Arslán Kan, de los jarlugudes se sometió, fue ante Jubilai. Jubilai recibió el acato de Arslán Kan, vino, se presentó a Gengis Kan, dijo así:

No luchó.

Gengis Kan favoreció a Arslán, ordenó, decretó, dijo así:

Le daré una hija mía.

Subetei aplasta a los merkides

Subetei Bagatur montó en el carro de hierro, fue a la guerra también, fue a perseguir a los hijos de Togtoga el merkid, Jutu y Chilagún, se enfrentó a ellos a la orilla del Chui, les venció, les aniquiló, volvió.

Yebe

Yebe fue contra Guchulug Kan de los naimanes. Y en Sarig Jun le aplastó, le aniquiló, volvió.

El idugud de los uigudes envió embajadores a Gengis Kan. Y por ellos, Adkirag y Darbai, mandó decir así, dijo así:

Como quien ve a la madre sol
cuando las nubes se retiran;
como quien ve el agua del río
cuando se transparenta el hielo,

así me alegré yo cuando supe de tu nombre y tu fama. Reciba yo sólo uno

de los anillos de tu cinto dorado,
de los colgantes de tu ropaje carmesí,

y pueda convertirme en tu quinto hijo y darte poderío.

Gengis Kan le aceptó, mandó esta respuesta, mandó decir así, dijo así:

Te daré también una hija mía. Serás mi quinto hijo. Venga el idugud y traiga oro, plata, perlas grandes y chicas, brocados, damascos, sedas.

El idugud dijo: Me aceptó.

Y tomó oro, plata, perlas grandes y chicas, sedas, brocados, damascos, rasos. Y fue y se presentó a Gengis Kan y él le aceptó y le dio a Al Altún.

Yochi

En el año de la liebre Gengis Kan mandó a Yochi que con los hombres de la mano derecha fuese a someter al pueblo del bosque. Fue Buja con él como su guía.

Juduja Beki, oyirade, que mandaba los diez mil oyirades, se sometió, se presentó, acató. Fue a Yochi con sus diez mil oyirades, se sometió a él en Sigsid. Y después de someter a los oyirades, los buyirades, los bargunas, los ursudes, los jabjanas, los jangjas y los tubas, llegó Yochi al territorio de los kirguisudes y los jefes de los diez mil kirguisudes, Yedi Inal, Al Diguer y Ore Beg Diguín, todos sus capitanes, le acataron, fueron a él llevándole gerifaltes blancos, caballos blancos, martas negras.

Y cuando Juduja Beki el oyirad llegaba, Gengis Kan salió a su encuentro. Dijo: Viene a someterse con sus diez mil.

Y le aceptó y dio a su hija Checheyiguén a un hijo de él, a Inalchi. A Torolchí, hermano mayor de Inalchi, le dio a Joluiján, hija de Yochi. A Alaja Beki se la dio al ongud.

Luego Gengis Kan favoreció a Yochi, habló así, mandó, dijo así:

El mayor de mis hijos, apenas salido de la tienda, la suerte te guió. Sin herir ni hacer padecer a hombres ni caballos por las tierras que fuiste, volviste tras someter a ese afortunado pueblo del bosque. Que sea para ti. Te doy esas gentes.

Borogul Noyán va contra los tumades

Luego mandó a Borogul Noyán contra los jori tumades. Muerto Daidujul Sojor, mandaba a los tumades su esposa Botojui Targún. Cuando Borogul Noyán iba por el bosque con tres hombres en una avanzadilla, separado del grueso del ejército, se hizo de noche y cayeron en una emboscada de las avanzadillas tumades y los tumades mataron a Borogul Noyán.

Cuando supo que los tumades mataran a Borogul, Gengis Kan quiso ir él en persona contra ellos. Pero Bogorchu y Mujali le disuadieron.

Mandó entonces a Dorbei el Feroz, mandó así, decretó, dijo así:

Que se extreme el rigor y se imponga la mayor disciplina. Y que, por la gracia del Cielo eterno, se someta a esos tumades.

Dorbei el Feroz

Puso Dorbei en buen orden el ejército, hizo correr rumores falsos por todos los caminos y pasos por los que se esperaba que llegaran y en los que habría atalayas y centinelas enemigos.

Entró por la senda del alce, mandó que cada soldado del ejército, por si le fallaba el valor, llevara a la espalda diez varas para apalearle, mandó preparar hachas, lanzas, sierras, ganchos y armas de guerra para todos los hombres. Por la senda del alce llegó serrando y talando los árboles para abrirse camino, fue abriéndose así paso por los montes y fue como si les cayera a los tumades por el agujero del techo de la tienda. Llegó cuando festejaban, desprevenidos.

Jorchi Noyán y sus treinta mujeres

Jorchi Noyán y Juduja Beki habían sido hechos cautivos antes por los tumades, estaban allí en el campamento, con Botojui Targún.

Así habían hecho cautivo a Jorchi: Cuando Gengis Kan decretó que podía tomar treinta mujeres, treinta hermosas doncellas tumades, Jorchi fue donde los tumades y dijo: «Tomaré las mejores doncellas tumades». Y los que se habían sometido, se rebelaron, tomaron a Jorchi Noyán cautivo.

Cuando Gengis Kan supo que Jorchi estaba cautivo de los tumades, dijo: Que vaya allá Juduja, él conoce bien a la gente del bosque. Y mandó a Juduja Beki. Y también le tomaron cautivo.

El reparto

Cuando quedaron sometidos los tumades, Gengis Kan, por los huesos de Borogul, dio cien tumades. Jorchi tomó treinta doncellas. Botojui Targún se la dio a Juduja Beki.

Y Gengis Kan decretó así, dijo así:

Daré, doy su gente a la madre, los hijos, a los hermanos pequeños, a cada uno su parte.

Y la dio así, dijo así:

Ella, que tanto padeció por juntar a toda la nación, es la madre. El mayor de mis hijos es Yochi. El más joven de mis hermanos pequeños Odchiguín.

A la madre, además de la parte de Odchiguín, le dio diez mil. A la madre le parecieron pocos, pero nada dijo. A Yochi le dio nueve mil. Ocho mil a Chagadai. A Ogodei, cinco mil. A Tolui, cinco mil. Cuatro mil a Jasar. A Alchidai, dos mil. A Belgutei, mil quinientos.

Luego dijo así: Dagaritai estuvo con los kereyides, quiero quitarle de mi vista.

Y habló a Bogorchu, a Mujali, a Sigui Jutuju, a los tres. Y los tres le dijeron así:

> *Sería apagar el propio fuego,*
> *sería destruir la propia tienda.*

Como recuerdo de tu buen padre, sólo te queda ya ese hermano suyo. ¿Vas a matarle? Se equivocó, no supo lo que hacía, déjale libre. Que el hermano pequeño

de tu padre y los suyos puedan seguir encendiendo el fuego de un campamento.

Y tras hablarle

> claro,
> apartando de su nariz el humo,

se apaciguó, dijo así:

¡Bien! ¡Sea!

Yo, que di a mi madre y a Odchiguín diez mil, digo que los manden Guchu, Kokochu, Yungsai y Jorjasún, esos cuatro. Yochi Gunán, Mongkegur y Kete, esos tres. Chagadai Jarachar, Mongke, Idogudai, esos tres.

Luego, Gengis Kan habló así, decretó, dijo:

Chagadai es lento. Tiene un carácter complicado. Que Koko Chos esté a su lado día y noche y le diga todo cuanto piense.

Para Ogodei eligió a Ilugue y a Deguei. Para Tolui, a Yadai y a Bala. Para Jasar, a Yebke. Para Alchidai eligió a Chagurjai.

Jasar y los siete hijos de padre Munglig

Padre Munglig, de los jonjotades, tenía siete hijos. Era el mediano Kokochu Teb Tenguerí.

Y los siete jonjotades se juntaron un día y dieron de palos a Jasar.

Jasar se arrodilló ante Gengis Kan, dijo así: Me pegaron los siete jonjotades porque me atacaron los siete a la vez.

Gengis Kan, que estaba furioso por otros asuntos, dijo así a Jasar. ¿No andas diciendo siempre que tú puedes con todos? ¿Cómo es que pudieron contigo esos siete?

Jasar rompió a llorar. Se levantó. Se fue. Y no volvió en tres días.

Cuando Teb Tenguerí hizo el presagio a Gengis Kan, dijo así:

Habla el Cielo eterno. Presagios celestes sobre el Kan. Una vez dicen: «Que Temujin tenga la nación». Otra vez dicen: «Jasar». Si no se remedia lo de Jasar, quién sabe.

Gengis Kan fue por él aquella misma noche, fue a apresar a Jasar.

Y Guchu y Kokochu, los dos, se lo dijeron a madre Joguelun, le dijeron: Fue a apresar a Jasar.

Madre Joguelun muere

La madre aparejó un camello blanco, subió en un carro negro, viajó toda la noche. Llegó cuando ya salía el sol, cuando Gengis Kan ataba ya las mangas de Jasar, ya le quitaba el gorro, el cinto, ya estaba interrogándole.

Al ver a la madre, Gengis Kan se asustó, tuvo miedo a la madre.

La madre llegaba enfurecida, bajó del carro, la madre misma desató, ella misma soltó las mangas de Jasar, atadas ya, ella misma dio a Jasar el gorro y el cinto, la madre airada, incapaz de dominar la furia, se sentó con las piernas cruzadas, se descubrió ambos pechos, los puso en las rodillas, habló así, dijo:

Mira bien. De estos pechos mamaste. Lobos son que mordieron ya la placenta y cortaron el cordón del ombligo. ¿Qué hizo Jasar? Temujin no fue nunca capaz de vaciarme un pecho. Jachigún y Odchiguín no pudieron jamás vaciar ni uno siquiera entre los dos. Jasar me vaciaba los dos pechos, me llenaba de paz, me serenaba, sosegaba mi seno. Por eso

Temujin el mío
por eso tiene un pecho grande.

Por eso mi Jasar
es diestro flechando, es potente.

A los que huían y le lanzaban flechas
sabía flecharles él y hacerles rendirse.

A los que huían, amedrentados,
sabía lanzarles él las flechas diestramente y rendirles.

Y tú piensas ya: «Aplasté al enemigo» y no ves que es Jasar.

Tras esperar que se apaciguase la madre, Gengis Kan habló así, dijo así:

Viendo a mi madre airada, me asusté, tuve miedo. Me avergoncé, sentí vergüenza.

Dijo: Pongámonos en marcha.

Mas, sin que la madre lo supiera, fue quitando la gente a Jasar, con sigilo, hasta dejarle sólo mil cuatrocientos.

Mas súpolo la madre y envejeció de pronto y en seguida murió.

Odchiguín

Juntáronse tras esto los pueblos de las cinco lenguas en una asamblea con Teb Tenguerí y hasta del círculo de tiendas de Gengis Kan fueron algunos con Teb Tenguerí. Fue también con Teb Tenguerí gente de Temupue Odchiguín.

Odchiguín Noyán mandó de mensajero a Sojor a reclamar su gente. Y Teb Tenguerí habló así al mensajero Sojor, dijo así:

Odchiguín y tú, los dos, ¿qué pretendéis?

Le mandó apalear, le hizo volver a pie, le hizo volver con la silla a la espalda.

Odchiguín, al ver que su mensajero Sojor llegaba apaleado, a pie, fue él mismo a ver a Teb Tenguerí y habló así, dijo así:

Mandé a mi mensajero y volvió apaleado, volvió a pie. Vine yo por mi gente.

Rodearon entonces a Odchiguín los siete jonjotades. Dijeron:

¿Hiciste bien mandando al mensajero Sojor? ¡Arrepiéntete!

Le asieron entre todos, le pegaron, tuvo miedo y habló así, dijo: Hice mal.

Y dijeron los siete jonjotades:

Si hiciste mal, ponte de rodillas y pide perdón.

Le hicieron arrodillarse ante Teb Tenguerí. Y como no le daban su gente, Odchiguín, muy temprano, cuando Gengis Kan no se había levantado todavía, fue a la tienda regia, gritó, imploró, se hincó de rodillas, habló, dijo así:

Los de las nueve lenguas fueron con Teb Tenguerí y yo mandé al mensajero Sojor pidiéndole mi gente y le apalearon y hubo de volver a pie con la silla a la espalda. Y fui yo mismo a pedir lo mío y me rodearon los siete jonjotades, me hicieron ponerme de rodillas ante Teb Tenguerí y pedirle perdón.

Luego rompió a llorar.

Antes de que Gengis Kan pudiera hablar, Borte se incorporó y se sentó en la cama, se tapó el pecho con la manta. Vio que Odchiguín lloraba, que derramaba lágrimas. Habló así, dijo así:

Fueron los jonjotades, fueron ésos. Ha poco se juntaron y apalearon a Jasar. ¿Cómo se atreven a obligar a Odchiguín a arrodillarse ante ellos? ¿Qué conducta es ésa? Quieren ir echando abajo así a estos hermanos pequeños tuyos que son como cipreses, que son como pinos. Y luego, después,

cuando tu cuerpo como árbol viejo
caiga,
tus gentes como enredado cáñamo
¿a quién dejarán ésos gobernarlas?

Cuando el cuerpo tuyo como poste de tienda
se derrumbe,
tus gentes como bando de aves
¿a quién dejarán ésos gobernarlas?

Ésos que así secretamente vejan a tus hermanos, a tus hermanos que son cipreses, que son pinos, ¿permitirán que mis tres o cuatro cachorrillos gobiernen mientras crecen? Fueron los jonjotades, fueron ellos. ¿Cómo permites que les hagan eso a tus hermanos?

Luego, Borte rompió a llorar también.

Entonces Gengis Kan habló así, dijo así a Odchiguín:

Teb Tenguerí vendrá muy pronto aquí. Haz, si puedes, lo que debas hacer. Decídelo tú.

Odchiguín entonces se puso de pie, se secó las lágrimas, salió, esperó fuera con tres hombres fuertes dispuestos.

Pronto llegó a la tienda el padre Munglig con sus siete hijos y los siete entraron y Teb Tenguerí se sentó a la derecha en la mesa del vino.

Y Odchiguín entró y le asió por el cuello y le dijo:

Ayer me hiciste arrepentirme. Midamos fuerzas hoy.

Cogido por el cuello le llevó hasta la puerta. Teb Tenguerí se resistía. Forcejeó con él y se le cayó el gorro. Cayó en el centro del brasero. Padre Munglig lo cogió, lo olió, se lo metió en el pecho.

Y dijo Gengis Kan: Salid, luchad, a ver quién es más fuerte.

Y cuando Odchiguín sacó de la tienda a Teb Tenguerí, los tres hombres fuertes que tenía prevenidos junto a la salida le cogieron, le sacaron de allí, le partieron en dos la columna, le dejaron tirado al final de la hilera de carros de la izquierda. Luego Odchiguín entró otra vez en la tienda y habló así, dijo:

Teb Tenguerí me hizo pedirle perdón. Yo dije luego: «Midamos fuerzas». No quiso luchar, se dejó caer dándose por vencido. No era de verdad compañero.

Y padre Munglig lo comprendió todo y se le llenaron los ojos de lágrimas. Luego de llorar, dijo: He sido un compañero

desde que la ocre tierra era
sólo un terrón,
desde que mar y ríos eran
sólo un arroyo.

Y sus seis hijos, los seis jonjotades, se colocaban ya frente a la puerta, se pusieron alrededor del fuego, se subieron las mangas.

Gengis Kan tuvo miedo, dijo: ¡Atrás! ¡Paso! ¡Dejadme salir!

Y en cuanto salió, los arqueros y los guardias de día le dieron protección.

Y viendo Gengis Kan que a Teb Tenguerí después de partirle la columna le habían tirado al final de la hilera de carros, mandó llevar una tienda gris, mandó tapar con ella a Teb Tenguerí. Luego dijo así:

Pongámonos en marcha.

Y alzó el campamento.

Tres noches después de tapar el agujero de la tienda en que habían puesto a Teb Tenguerí y de cerrar la puerta, miraron dentro cuando ya amanecía. Abrieron el agujero del techo de la tienda. Sacaron por él el cuerpo de Teb Tenguerí, era en verdad él. Se examinó bien y quedó confirmado.

Y Gengis Kan habló así, dijo así:

Teb Tenguerí alzó la mano contra mis hermanos. Sembró entre los hermanos la calumnia. Por eso no le quiso el Cielo, que se llevó su vida, que se llevó su cuerpo.

Gengis Kan dijo luego así a Padre Munglig:

Como no educaste bien a tus hijos, llegasteis a creeros tú y tus hijos iguales a nosotros. Vosotros mismos matasteis a Teb Tenguerí. Él se mató. Si lo hubiese advertido a tiempo, habríais seguido todos

antes el camino que siguieron Yamuga, Altán, Juchar y los demás.

Tras hablar así a padre Munglig, Gengis Kan dijo:

Si se deshace por la noche lo hecho por la mañana, si se deshace a la mañana lo que se hizo a la noche, ¿qué conducta es ésa? Di mi palabra. ¡Sea, pues! ¡Basta ya!

Si os hubieseis atenido a vuestra condición, ¿quién en ella os hubiese igualado?

Después que Teb Tenguerí murió así, perdieron aquella jactancia suya los jonjotades.

DIEZ

Contra los kitades

Tras esto, el año de la oveja, Gengis Kan fue contra los kitades.

Entró por Guyiu, por el paso de la Zorra Salvaje, Sondiigu, Yebe y Guyiguneg Bagatur, los dos, en vanguardia. En Chabchiyal estaba el enemigo cortándoles el paso. Yebe habló, dijo así:

Si les engaño y se confían, les venceremos.

Se retiró.

Y al ver que se retiraba, los kitades dijeron: Persigámosles.

Y les persiguieron, salieron tras ellos llenando los montes y los valles. Y al llegar al pico de Sondiigu, Yebe dio vuelta, se lanzó sobre ellos y les desbarató.

Gengis Kan, con el grueso del ejército, llegó detrás, puso en retirada a los kitades, aplastó a los impetuosos y valientes yuyines de los jarakitades y de los yurchedes, los aniquiló allí en Chabchiyal, los dejó amontonados como árboles podridos.

Tomado el paso de Chabchiyal, Yebe cruzó los montes y Gengis Kan acampó en Sira Degtur.

Atacó Yungdú, mandó tropas contra varias ciudades, las tomó por asalto.

Mandó a Yebe a tomar Dungchang.

Y Yebe llegó a Dungchang, inició el asalto, no pudo tomarla, levantó el cerco, se retiró.

Y cuando estaba a seis días de marcha y el enemigo desprevenido, dio vuelta, cabalgando de noche, y, llegando cuando no le esperaban, tomó la ciudad.

Tomada Dungchang, regresó, vino, se unió a Gengis Kan. Cuando atacaban Yungdú, Onguing Chingsang, gran jefe del Altán Kan, habló así al Altán Kan, aconsejó, dijo así:

¿Llegó acaso el que debe pasar a ocupar el gran trono? ¿Es destino marcado por el Cielo y la Tierra? Los mongoles son demasiado poderosos, derrotaron a nuestros valerosos e intrépidos soldados yuyines de los jarakitades y de los yurchedes. Les aniquilaron, les destruyeron. Tomaron Chabchiyal. Si formamos ahora un ejército y lo mandamos contra ellos y de nuevo vencen los mongoles, nuestros soldados huirán, volverán a sus ciudades y si les obligamos a luchar otra vez no querrán, se convertirán también en enemigos nuestros, no serán compañeros. Atienda mi consejo el Altán Kan, es mejor acatar la voluntad del Cielo, tratar la paz con los mongoles, que se retiren. Después que se retiren, ya pensaremos lo que conviene hacer. Dicen que a los mongoles, a hombres y caballos, no les sienta bien este país. La pestilencia les consume. Demos a su kan una doncella. Seamos generosos, mandemos a los hombres del ejército oro, plata, raso, regalos numerosos. ¿Por qué no van a aceptar la paz que les brindamos?

El Altán Kan aprobó las palabras de Onguing Chingsang, dijo:

Bien, pues. Sea así.

Se sometió, envió a Gengis Kan una hija suya, Gungyu, mandó para los hombres del ejército oro, plata, satén, regalos numerosos. Todos recibieron según el

poder de cada uno, según cuanto pudiesen transportar. Mandó a Onguing Chingsang a hablar con Gengis Kan.

Gengis Kan aceptó el pacto, hizo volver a los soldados que estaban atacando las ciudades.

Onguing Chingsang, tras acompañar a Gengis Kan hasta los altos que llaman Moyiu y Guyiu, regresó.

Nuestros soldados cargados de telas de raso y de regalos, tantos como podían llevar, las cargas atadas con cordones de seda, regresaron también.

Los jasines

Luego fue donde los jasines.

Y Burján Kan de los jasines dijo:

A ti me someto. Déjame ser mano derecha. Daré poderío.

Salió a su encuentro. Le dio a su hija Chaja. Luego habló así, dijo, pidió así:

Al saber de la fama de Gengis Kan, temíamos. Ahora, ante tu majestad, ante ti, tu majestad temimos. Temerosos, nosotros los tangudes dijimos: «Seremos la mano derecha, daremos poderío». Pero

tenemos un campamento fijo,
tenemos ciudades con murallas.

Seremos compañeros, pero

si se emprende una campaña rápida,
si se ha de combatir en un combate súbito,
no podremos preparar la campaña rápida,
no podremos combatir en el combate súbito.

Si Gengis Kan lo acepta, nosotros los tangudes, que criamos camellos numerosos, camellos le daremos de tributo, daremos poderío. Tejiendo la lana y el raso, daremos poderío. Adiestrando las aves que cazan, las

aves que sueltas y que vuelven, dándote las mejores, daremos poderío.

Y, fiel a su palabra, tantos camellos tomó de sus tangudes, tantos dio, reunió tal rebaño de camellos que no se podían conducir casi.

Después que Gengis Kan salió con sus ejércitos, después que el Altán Kan de los kitades quedó sometido, después que tomó tantas y tantas telas de raso, después que Burján de los jasines le hizo el acato, después que tomó tantos camellos, después que Gengis Kan salió con sus ejércitos el año de la oveja, tras someter al Altán Kan de los kitades, llamado Ajutaí, y de que Ulujú Burján de los tangudes se le sometiera, volvió y acampó en la estepa de Sagari.

De nuevo contra los kitades

Luego, después, el Altán Kan Ajutaí de los kitades rechazó a los embajadores que, al mando de Yubján, mandó Gengis Kan a hacer la paz con You Gon.

Y entonces Gengis Kan, en el año del perro, fue contra los kitades.

Fue contra ellos, dijo así: Después de someterse, ¿cómo osan rechazar a los emisarios que mandé a You Gon?

Él fue por el paso de Tungón. Mandó a Yebe por Chabchiyal.

Y el Altán Kan, al saber que Gengis Kan iba a entrar por el paso de Tungón, mandó allí sus tropas con Ile, Jada y Joboguetur, los tres.

Cuando llegó Gengis Kan al paso de Tungón, los soldados kitades dijeron: Tierra nuestra. Le cortaron el paso.

Gengis Kan combatió contra Ile, Jada, Joboguetur, los tres. Hizo retroceder a Ile y a Jada.

Y Tolui y Chugu Guriguén cayeron sobre ellos con un ala, pusieron a la guardia roja en fuga, hicieron retroceder aún más a Ile y a Jada, los desbarataron, los aniquilaron, degollaron kitades hasta que quedaron cubriendo el campo como un montón de árboles que pudren.

Cuando el Altán Kan supo que sus kitades habían sido derrotados y aniquilados, salió de Yungdú, huyó, se refugió en otra ciudad, Namguing. Y los soldados que quedaron en Yungdú agotaron los víveres y se morían de hambre y empezaron a comer la carne de los muertos, empezaron a comerse unos a otros.

Y dijo Gengis Kan: Tolui y Chugu Guriguén combatieron muy bien. Y premió por ello a Tolui, premió por ello a Chugu Guriguén.

Gengis Kan bajó por el Josigu, acampó en el Llano Amarillo de Yungdú.

Yebe, tras romper las defensas enemigas en Chabchiyal, tras aniquilar a los soldados que lo defendían, avanzó, fue, vino, se unió a Gengis Kan.

Cuando el Altán Kan abandonó Yungdú, dejó en Yungdú a Jada al mando, le hizo su guardián antes de partir.

Cuando Gengis Kan mandó contar el oro y la plata y los bienes todos, las telas de raso de Yungdú, mandó a Ongur, a Arjai Jasar, a Sigui Jutuju, los tres.

Viendo que los tres se acercaban, Jada salió a su encuentro. Con rasos de oro, con rasos estampados, salió de Yungdú a recibirles.

Y Sigui Jutuju habló a Jada así, dijo así: Antes todos los bienes de Yungdú y la propia Yungdú eran del Altán Kan. Ahora, de Gengis Kan. ¿Cómo robas, traes, das tú bienes de Gengis Kan a sus espaldas? No tomaré.

Y no tomó.

Ongur y Arjai sí.

Y contaron los tres todos los bienes y cosas de Yungdú y volvieron.

Gengis Kan preguntó a Ongur, a Arjai, a Jutuju, a los tres, dijo así: ¿Qué dio Jada?

Sigui Jutuju dijo: Trajo y dio rasos de oro, rasos estampados. Yo dije: «Antes Yungdú era del Altán Kan. Ahora, de Gengis Kan. ¿Cómo robas, traes, das tú bienes de Gengis Kan a sus espaldas?» No tomé. Ongur y Arjai sí, ellos tomaron lo que dio.

Gengis Kan reprendió a Ongur y a Arjai. A Sigui Jutuju le hizo merced. Dijo así: Tú, Sigui Jutuju, recordaste bien el gran principio.

Decretó así, dijo así: ¿No habéis de ser ojos míos para ver, oídos míos para oír?

El Altán Kan se sometió él mismo desde Namguing juró obediencia, mandó a su hijo Tenguerí con cien compañeros, dijo así:

Sirva en su guardia a Gengis Kan.

Tras someterlo así, Gengis Kan dijo: Volvamos. Volvió por Chabchiyal. Mandó a Jasar subir bordeando el mar con los soldados de la mano izquierda. Dijo así:

Pon sitio a la ciudad de Buiying. Después de tomarla, sigue, ve más allá, ve donde Gujanú el yurchede. Si Gujanú no se somete, aplástale. Si se somete, pasa por sus ciudades de frontera, sigue el Ula y el Nagu, sube por el Tagur, unamos fuerzas en el gran campamento.

Envió con Jasar tres capitanes, Jurchedei, Alchi, Tolún Cherbi.

Jasar tomó Buiying, sometió a Gujanú el yurchede, sometió las ciudades. Y luego subió por el Tagur. Vino a acampar en el gran campamento.

Contra los musulmanes

Tras eso, los musulmanes afrentaron y mataron a cien embajadores que les mandara Gengis Kan con Ujuna.

Y Gengis Kan habló así, dijo así:

¿Cómo osaron romper mi brida de oro esos musulmanes?

Y cuando ya partía, dijo así: Contra los musulmanes voy, a

vengar
la venganza,
desquitar
el desquite

de los emisarios de Ujuna.

La petición de Yesui

Y Yesui Katún habló a Gengis Kan, pidió así, habló así en petición, dijo: El Kan

pasa los altos montes,
cruza los anchos ríos,
su lucha nunca cesa,
sólo piensa en gobernar las gentes numerosas.

Mas para las cosas vivas que apenas nacen mueren, no hay eternidad. Cuando tu cuerpo, como un gran árbol, caiga en tierra, ¿a quién dejarás tus gentes numerosas como tallos de cáñamo?

Cuando el cuerpo, cual base de columna,
se desplome en la tierra,
¿a quién legarás tus gentes numerosas como bando de pájaros?

¿A cuál de los cuatro valientes que engendraste nombras? Esto que yo te pido, esto que digo, lo piensan todos, los hijos, los hermanos, y todos los demás. Y también yo, la mala. Que un decreto decida.

La elección del sucesor

Y Gengis Kan decretó, dijo así:

Palabras de Yesui, palabras de mujer, palabras buenas. Ninguno de vosotros, hermanos, hijos míos, ni de vosotros, Bogorchu, Mujali y los demás, me lo dijisteis. Yo también lo olvidaba. Como si no hubiese de seguir también a los muertos. Pensaba que no podía llevarme a mí la muerte.

Dijo:

El mayor de mis hijos es Yochi. ¿Qué dices, Yochi? Habla.

Antes que Yochi hablara, Chagadai dijo: Al decir que hable Yochi, ¿hablaste tú? ¿Nombraste? ¿Cómo vamos a dejar que nos gobierne ese chululyagar de los merkides?

Yochi se levantó, cogió del cuello a Chagadai, habló, dijo así:

El padre Kan no estableció ninguna diferencia, ¿por qué las haces tú conmigo? ¿Es que eres más? Sólo en la crueldad, tal vez lo seas. Yo lanzo las flechas más lejos que tú, y me juego el pulgar. Si en la lucha me vences, no me levantaré jamás de donde caiga. Que el decreto del padre Kan decida.

Y mientras Yochi y Chagadai enfrentados ya se asían del cuello y Bogorchu asió del brazo a Yochi y Mujali sujetó a Chagadai, Gengis Kan seguía mirándoles, sentado allí en silencio.

Habló entonces Koko Chos, que estaba a la izquierda. Dijo así:

Chagadai, ¿por qué te apresuras? Tu padre el Kan, entre los hijos era en ti en quien ponía su esperanza. Antes de que nacieras,

el cielo estrellado
daba vueltas y vueltas.
Todos luchaban entre sí.
No dormían en sus lechos,
se expoliaban.

La Tierra
daba vueltas y vueltas.
Toda la nación estaba en lucha.
No descansaban en sus lechos.
Se atacaban los unos a los otros.
Entonces,
Ella no deseaba.
Debía pasar el momento del enfrentamiento.
Ella no huyó de su marido,
pero debía pasar el momento en que luchaban
entre ellos.
Ella no quería a otro,
pero debía pasar el momento en que se mataban entre ellos.

Tú hablas así para endurecer el amor de manteca, para agriar el corazón de leche de tu madre, la santa Katún.

¿No nacisteis del calor del mismo vientre?
¿No brotasteis del calor de las mismas entrañas?

Si haces que te riña tu madre
que te nació del corazón,
si su amor se enfriase,
aunque se aplaque su furor, ¿qué más da?

Si haces murmurar contra ti a tu madre
que te nació de sus entrañas,
aunque su murmuración
hagas cesar, ¿qué más da?

Cuando tu padre el Kan
pacificó a toda la nación,
cuando atando a la silla su cabeza negra,
vertiendo en un gran cubo su negra sangre,
sin un parpadeo de sus ojos negros,
sin apoyar jamás la oreja en una almohada,
por almohada la manga,

sobre la capa echada en tierra,
apagando la sed con la saliva,
escarbando la carne que quedó entre los dientes por todo desayuno,

combatió hasta que el sudor de la frente le llegó hasta los pies y el sudor de los pies le llegó hasta la frente, se afanó diligente y tu madre con él, afanosa,

recogiéndose el pelo,
ciñéndose la falda,
recogiéndose firme,
la falda bien ceñida,
os crió, suyos,
y de cada bocado suyo
os daba la mitad.
Y luego su mitad se le atragantaba,
y os lo daba todo,
y ella no comía.
Os tiraba de los hombros hacia arriba,
¡Cómo haré para que alcancen la talla de un varón!
Os tiraba del cuello, decía:
«¿Cómo hacer para que alcancen estatura de hombres?»
Y limpiaba su tienda,
os enseñaba a alzar los talones para aprender a andar.

Os hizo llegar

Hasta los hombros de los hombres,
hasta la grupa del caballo.

Y ahora, ¿no piensa acaso, acaso no dice: «Ojalá vea felices a todos los míos»? La santa Katún nuestra tiene un corazón

claro como el sol,
ancho como un lago.

Entonces Gengis Kan habló, decretó, dijo así: ¿Cómo dices eso de Yochi? ¿No es él el mayor de mis hijos? No se hable más.

Chagadai sonrió, habló así, dijo: No hablaré más de la fuerza de Yochi ni de su destreza, pero

la pieza que con la boca matas,
si la quieres comer,
¿qué te aprovecha?

La pieza que cobras con palabras,
si la desuellas,
¿cuánto valdrá la piel?

El mayor de tus hijos son dos: Yochi y yo. Debemos, uniéndonos, dar poderío a nuestro padre el Kan. Partamos en dos de un tajo al que no cumpla de los dos. Cortémosle los talones en dos a aquel de los dos que se haga atrás. Ogodei es sincero. Dígalo él. Él está al lado de nuestro padre el Kan. Si el padre Kan le muestra los preceptos de la majestad del trono grande, él sabrá.

Entonces, Gengis Kan habló así, dijo así: ¿Qué dices, Yochi? ¡Habla!

Y Yochi habló así, dijo así: Ya habló Chagadai. Los dos, yo y Chagadai unidos, daremos poderío. Decimos: Ogodei.

Y Gengis Kan decretó, dijo así:

Unidos, ¿para qué? La madre Tierra es ancha. Muchos son los ríos y las aguas. Tomad los dos extensos territorios. Que gobernando un reino cada uno quedéis separados.

Luego dijo así: Yochi y Chagadai, los dos, cumplid lo dicho.

No permitáis que os desprecien
las gentes.
No permitáis que se burlen de vosotros
los hombres.

Tiempo ha, Altán y Juchar dieron palabra; como no la cumplieron, ¿qué fue de ellos? Que los de la semilla

de Altán y de Juchar se separen, que queden repartidos entre vosotros dos, que estén a vuestro lado para que, mirándoles, no seáis negligentes.

Dijo: ¿Qué dices, Ogodei? ¡Habla!

Y Ogodei habló así, dijo así: Si el padre Kan me otorga su gracia, si me dice: «Habla», ¿qué diré yo? ¿Cómo voy a decir que no puedo? Diré: Seré diligente en todo cuanto pueda. Luego, si los que de mi semilla nacen son tales que

enrollados en yerba
no les coma un buey;
envueltos en grasa,
no les coma un perro,

que no sepan flechar ni a un alce ni a una rata, ¿qué? Así digo yo. ¿Qué más diré?

Entonces, Gengis Kan decretó, dijo:

Ya que Ogodei ha dicho lo que ha dicho, sea.

Luego, dijo así: ¿Qué dices tú, Tolui? ¡Habla!

Y Tolui habló, dijo así: Yo con mi hermano mayor, al que el padre Kan ha elegido, estaré, haré

recordar lo que él olvide,
despertar en él lo que se duerma.

Seré

compañero del sí,
fusta del caballo castaño,
no me haré atrás del sí,
no romperé la fila.

Por él

lucharé en la larga lucha,
combatiré el combate breve.

Y dio Gengis Kan su aprobación, decretó, mandó, dijo así:

Jasar, que de tu semilla uno gobierne. Alchidai, que de tu semilla uno gobierne. Odchiguín, que de tu

semilla uno gobierne, Belgutei, que de tu semilla uno gobierne. Así, gobernando uno de mi semilla, sin violar mi decreto, si no lo destruís, no erraréis, no os confundiréis. Si la semilla de Ogodei es tal que

enrollada en yerba
no la coma un buey,
que envuelta en grasa
no la coma un perro,

¿no dará mi semilla uno que valga?

Se inicia la campaña

Gengis Kan se puso luego en marcha. Mandó embajadores al tangud Burján mandó decir así, dijo así:

Dijiste: «Seré mano derecha». Los musulmanes rompieron mi «brida de oro». Salí a pedir cuentas. Ponte en marcha. Sé mi mano derecha.

Antes de que hablase Burján, habló Asa Gambu. Habló y dijo así: Si no tiene bastante poderío, ¿por qué se hace Kan?

No mandaron tropas, se creían muy grandes. Rechazaron a los embajadores con ultrajes.

Y Gengis Kan habló así, dijo: ¿Cómo osa decir eso Asa Gambu?

Dijo así: Podríamos acercarnos hasta allí. Pero iremos primero contra el enemigo. Ya iremos allí luego. Si el Cielo eterno me protege y vuelvo con las bridas de oro firmemente empuñadas, ya iremos, sí, ya iremos hasta allí.

Fue el año de la liebre cuando pasó Araí y fue contra los musulmanes. Eligió a Julán como Katún de guerra, dejó al hermano pequeño Odchiguín Noyán en el gran campamento.

En vanguardia iba Yebe. Apoyándole, Subetei.

Apoyándole, Tojuchar. A esos tres mandó por delante. Dijo así:

Id. Abrios bien. Pasad detrás. Cubrid su retaguardia.

Yebe partió, pasó por las ciudades del Kan Melig, no las tocó, siguió. Pasó tras él Subetei, no las tocó, siguió. Tras él, Tojuchar. Tojuchar saqueó las ciudades de la frontera del Kan Melig, expolió a sus labradores.

Y dijo el Kan Melig: Saquearon mis ciudades.

Se rebeló. Se unió a Yalaldín Soltán. Y los dos, Yalaldín Soltán y el Kan Melig fueron contra Gengis Kan. Delante iba Sigui Jutuju, él era la vanguardia.

Se trabó la lucha y cuando Sigui Jutuju no podía resistir ya más, llegó Gengis Kan. Y Yebe, Subetei y Tojuchar, los tres, entraron por la retaguardia de Yalaldín Soltán y del Kan Melig y los desbarataron y los aplastaron y aniquilaron y pusieron en fuga. No les dejaron reagruparse en las ciudades, ni en Bujar ni en Semisgab ni en Udarar. Tras ellos fueron hasta el Indo y entraron ellos en las aguas, se lanzaron al Indo a cruzarlo, perecieron allí llevados por las aguas en grandísimo número.

Yalaldín Soltán y el Kan Melig se salvaron. Cruzaron el Indo.

Gengis Kan siguió la orilla del Indo, tomó Batkesén por asalto, llegó a Fuente Madre y a Fuente la Yegua, acampó en la llanura de Barugan.

Mandó a Bala, yaliyar, perseguir a Yalaldín Soltán y al Kan Melig.

Hizo grandes mercedes a Yebe y a Subetei. Dijo así:

Yebe, tú tenías Yirgogadai de nombre, tú venías de los tayichigudes y te hiciste Yebe, un arma mía. Tojuchar, por su cuenta, saqueó las ciudades del Kan Melig y le hizo rebelarse. Que le corten por ello la cabeza.

Mas luego no le decapitó, le reprendió severamente, le castigó, redujo su mando en el ejército.

Y cuando Gengis Kan volvió a la llanura de Barula, dijo a sus tres hijos Yochi, Chagadai, Ogodei, dijo así:

Pasad el Amuí con los hombres de la mano derecha. Poned sitio a Urunguechi. Tomadla por asalto.

Luego dijo a Tolui, dijo así:

Pon sitio a las ciudades que tienen por cabeza Iru e Isebur. Tómalas por asalto.

Gengis Kan puso sitio a Udirar.

Y los tres hijos, Yochi, Chagadai y Ogodei, le enviaron un mensaje, pidieron, dijeron así:

Nuestros ejércitos se juntaron ya. Ya llegamos a Urunguechi todos. ¿Quién mandará?

Y Gengis Kan decretó así, mandó decir, dijo así:

Que mande Ogodei.

Y Gengis Kan, tomada Udirar, la dejó. Atacó Semisgab. Luego, Bujar. Luego, esperó a Bala en el palacio de verano del soltán, en los montes de Altan Gorján, allí pasó el verano. Mandó emisarios a Tolui. Mandó decir así, dijo así: Empieza el calor. Los otros ejércitos acampan. Ven. Déjalo ya.

Y Tolui, que tomara ya Iru e Isebur, que tomara Sistén, que atacaba Chugcheren, dejó la lucha ya, vino, acampó, descansó, se unió a Gengis Kan.

Los tres hijos

Los tres hijos, Yochi, Chagadai, Ogodei, tras tomar Urunguechi, hicieron entre ellos reparto de las gentes de las ciudades conquistadas. No reservaron a Gengis Kan su parte. Y cuando los tres llegaron a acampar en el gran campamento, Gengis Kan reprendió severísimamente a los tres, Yochi, Chagadai, Ogodei. No les quiso admitir en su presencia durante tres días.

Entonces Bogorchu, Mujali, Sigui Jutuju, los tres, solicitaron, pidieron, dijeron así:

Sometimos ya al soltán de los musulmanes, tomamos sus ciudades, sus gentes. Urunguechi, que se repartió y se tomó, y los hijos que la repartieron y tomaron son todos del Kan. Después que con la ayuda del Cielo y la Tierra sometimos así a los musulmanes, todos nosotros, tus hombres y caballos numerosos, estamos llenos de alegría. ¿Por qué está el Kan tan enfadado? Ya vieron los hijos que obraron mal y temen. Ya saben. No lo repetirán. Hazles merced, déjales presentarse ante ti, ¡qué más da!

Gengis Kan se aplacó, permitió que los tres hijos se presentasen ante él y, en su presencia ya, les amonestó.

Dijo
decir antiguo.
Habló
palabra vieja.

Les reconvino, sí.

Hasta que casi se hundieron en la tierra donde estaban,
hasta que no pudieron limpiarse el sudor de la frente.

Y cuando les reconvenía así y les amonestaba, Jonjai, Tonteguer, Chormaján, estos tres aljaberos, pidieron hablar, hablaron, dijeron así:

Cuando como grises halcones apenas adiestrados aprenden los hijos el arte de la guerra, ¿por tan poca cosa quebrantas su ánimo y así les reprendes? Tememos que los príncipes se hagan medrosos, no piensen luego diligentemente. Desde donde el sol sale hasta donde se pone, hay enemigos. Cuando nos provoquen y nos mandes, a nosotros tus perros tibetanos, contra ellos, con la ayuda del Cielo y la Tierra, oro, plata, rasos satenes, posesiones, súbditos, siervos te traeremos. Si dices: «¿Qué enemigo?» nosotros te decimos: «Ese que llaman Jalibaí Soltán, de los bagdadíes. Vayamos contra él».

Aplacada su cólera, serenado por estas palabras, el Kan aprobó, decretó, les favoreció a los tres, dijo así:

Que Jonjai de los adorguides y Jontagar de los dolonguires, estén a mi lado.

La guerra sigue

Mandó a Chormaján, de los oteguedes, ir a combatir contra los bagdadíes, contra Jalibaí Soltán.

A Dorbei Dogsín, de los dorbedes, le mandó contra Aru, Maru, contra la ciudad de Abtú, de los madasarís, que están entre la gente del Indo y la de Bagdad.

A Subetei Bagatur le mandó al norte, contra estas doce tribus de reinos y pueblos: janglines, kibchagudes, bayiguides, orusudes, mayarades, asudes, sasudes, serkesudes, kechimires, bolares y kereles. Y, haciéndole cruzar luego el Volga y el Ural que bajaban crecidos, le mandó poner sitio a la ciudad de Kiev.

Gengis Kan nombra darugas

Después de someter a los musulmanes, nombró Gengis Kan *darugas* para las ciudades y vinieron de la ciudad de Urunguechi dos musulmanes de los jurumsíes, que eran padre e hijo, Yalaguachi y Masjud, y explicaron a Gengis Kan los usos y costumbres y las leyes que tenía la ciudad, le explicaron para que supiera cuál era la costumbre y nombró al hijo, Masjud, para que gobernara con *darugas* nuestros todas las poblaciones que tenían por cabeza Bujar, Semisguén, Urunguechi, Udán, Kisgar, Uriyang y Gusén Daril. A su padre Yalaguachi le mandó regir la ciudad de Yungdú, de los kitades.

Como, de entre los musulmanes, Yalaguachi y

Masjud conocían bien las leyes y las costumbres de las ciudades, les mandó con *darugas* nuestros ir a regir las ciudades de los kitades.

Después de siete años de campaña por tierras de los musulmanes, quedó esperando a Bala, yalayir, y Bala cruzó el Indo, persiguió a Yalaldín Soltán y al Kan Melig por el país del Indo, se adentró en el país, pero no logró hallarles. Saqueó entonces las tierras fronterizas, tomó muchos camellos, caballos, cabras. Luego volvió por fin.

Entonces Gengis Kan regresó, pasó el verano camino del Erdís y en el otoño del año del gallo, séptimo de guerra, plantó su tienda en el Bosque Negro del Tula.

ONCE

Contra los tangudes

Cuando pasó el invierno, Gengis Kan dijo: Vayamos contra los tangudes.

Hizo el alarde. Pasó la revista. Contó a los suyos y en el otoño del año del perro fue contra los tangudes.

Tomó a Yesui como Katún de esa campaña. Partió.

De camino, en invierno, cuando cazaba caballos salvajes en Arbuja, montaba Gengis Kan a Yosotu Boro. Y al pasar los caballos salvajes Yosotu Boro se encabritó. Gengis Kan cayó al suelo. Quedó muy quebrantado. Acampó en Chogorjad.

Pasó la noche y, a la mañana, Yesui Katún habló así, dijo así:

Príncipes, jefes, capitanes, hablad entre vosotros. Esta noche, al Kan le ardía la piel.

Luego, cuando los príncipes y capitanes y jefes celebraron consejo, Tolún Cherbi de los jonjotades habló, aconsejó, dijo así: Los tangudes son

de los que tienen ciudades con murallas,
de los que tienen un campamento fijo.
No partirán llevando sus ciudades.
No partirán, abandonando su campamento estable.

Nosotros podemos, retirándonos, cuando la piel del Kan no arda ya, volver otra vez.

Todos los príncipes y capitanes y jefes aprobaron, fueron a Gengis Kan. Gengis Kan habló así, dijo así:

Dirán los tangudes que nos falló el valor y que nos retiramos. Si enviamos emisarios y curamos mi mal aquí mismo en Chogorjad ya nos retiraremos según lo que digan. Así haremos.

Luego mandó decir, transmitió por sus emisarios, dijo así:

Tiempo ha, tú, Burján, hablaste, dijiste: «Nosotros los tangudes seremos tu mano derecha». Después, cuando mandé avisarte, cuando dije: «Como no hubo acuerdo con los musulmanes, saldré contra ellos», tú, Burján, no cumpliste, no enviaste tropas, faltaste a la palabra. Mi ruta entonces no era ésta. Dije: «Ya verificaré». Fui contra ellos y, por la protección del Cielo eterno, les hice someterse a mí, como era de justicia. Voy ahora hasta ti. Digo: «Verifiquemos la palabra que nos dio Burján».

Y Burján habló así, dijo así: Yo no ofendí. Yo no te insulté.

Y Asa Gambu habló así, mandó decir, dijo así: Yo sí os insulté. Y si vosotros los mongoles sois de verdad guerreros y decís «Luchemos», aquí me tenéis, acampo en Alasai, allí tengo mis tiendas, tengo allí mis camellos. Venid a Alasai, os estoy esperando. Luchemos. Si queréis oro, plata, rasos, sedas, id a Erigayá, id a Eriyegú.

Cuando le comunicaron esto, Gengis Kan, aún con la piel ardiente, habló así, dijo así:

¡Sea! No hay más que hablar. Si nos desafían, ¿vamos a retirarnos? Si hemos de morir, sea, sí, vayamos allá. Que su afrenta nos sirva de apoyo.

Dijo: Cielo eterno, tú decidirás.

Y fue camino de Alasai, llegó, combatió al enemigo hasta que Asa Gambu se batió en retirada. Le hizo fortificarse, lo desbarató de nuevo y lo aniquiló y repartió sus gentes y sus numerosos camellos. Esparció a los tangudes como a las cenizas.

Decretó, dijo así: Los más audaces y valientes, los más señalados, los más esforzados, que mueran. Pasen como soldados al ejército los tangudes que podáis someter, que podáis sujetar. Pero bien esparcidos.

Y Gengis Kan, desde Monte Chasutu, donde pasó el verano, mandó a sus soldados para que acabaran del todo con los tangudes, los de las tiendas grandes y los muchos camellos, los que con Asa Gambu se habían refugiado en el monte sin querer someterse.

Luego recompensó a Bogorchu y a Mujali, a los dos, decretó, dijo así:

Que tomen cuanto puedan.

Luego, Gengis Kan decretó, favoreció a los dos, a Bogorchu, a Mujali, mandó así, dijo así:

Porque no os di kitades, vosotros dos, partiendo por mitad, tomad a los yuyines de los kitades. Que los mejores de sus hijos os lleven los halcones, que os sigan. Que las mejores de sus hijas cuiden la ropa de vuestras esposas. Los fieles favoritos del Altán Kan de los kitades eran estos yuyines jarakitades, que mataban a los padres y abuelos de los mongoles. Ahora, mis fieles favoritos sois vosotros dos, Bogorchu y Mujali.

Y luego, Gengis Kan levantó el campamento del monte Chasutu, acampó delante de la ciudad de Urajaí, puso sitio a Urajaí. Fue luego de allí a conquistar la ciudad de Dormeguei, y cuando la estaba ya tomando por asalto, Burján acudió a él.

Vino con imágenes de oro, con cuencos y vasijas de oro y plata, nueve y nueve de cada; muchachos y muchachas, nueve y nueve de cada; caballos y camellos, nueve y nueve; infinidad de cosas más, según colores, según formas, nueve y nueve. Gengis Kan mandó

a Burján presentarse ante él y no le abrió la puerta.

Cuando se encontró con la puerta cerrada, se le encogió el espíritu.

Y, al tercer día, ordenó, decretó, dijo así:

Que se le ponga a Ilujú Burján por nuevo nombre Sidurgu, que significa «veraz».

Y como Ilujú Burján Sidurgu se había puesto en sus manos, mandó, dijo así:

Que muera.

Decretó, dijo así:

Que Tolún le dé muerte.

Luego, vino Tolún, dijo:

Cumplido está.

Luego, Gengis Kan decretó, mandó decir así, dijo así:

Cuando iba a ver a los tangudes para verificar sus palabras y de camino, cazando caballos salvajes en Arbuja, me derribó el caballo y quedé muy maltrecho, el que me aconsejó diciendo a mi cuerpo dolorido «Cura» fue Tolún. Cuando por la palabra envenenada de un enemigo fuimos a combatir, con la protección del Cielo eterno, cayó en nuestras manos y pudimos vengarnos. Tome Tolún las tiendas regias que trajo Ilujú. Tome también todos los cuencos y vasijas.

Luego de expoliar a los tangudes, después de hacer a Ilujú Burján «Veraz» con la muerte, haciendo que las madres y los padres tangudes y la semilla de su semilla quedaran esparcidos como las cenizas, Gengis Kan habló así, dijo así:

Mientras yo como, digo: Esparcidos están como cenizas, muertos y destruidos para siempre jamás.

Porque después de dar palabra no la cumplieron. Gengis Kan fue por segunda vez contra los tangudes. Después de aniquilarlos, volvió. En el año del cerdo. Y en ese mismo año, Gengis Kan subió al Cielo.

Después de que Gengis Kan subió al Cielo, Yesui Katún recibió una parte muy grande del gran botín de los tangudes.

Ogodei Kan

El año de la rata, los príncipes de la mano derecha que mandaban Chagadai y Batu, los príncipes de la mano izquierda, que mandaban Odchiguín Noyán, Yegu y Yesungue, los príncipes del centro al mando de Tolui, hijas, yernos, capitanes de diez mil y de mil, una gran multitud, reuniéronse todos en Kodegu Aral del Kerulen y, como decretara el propio Gengis Kan, nombraron Kan a Ogodei.

El hermano mayor Chagadai hizo Kan a su hermano pequeño Ogodei. El hermano mayor Chagadai y Tolui le entregaron los guardias de la guardia de noche, los que portan aljaba, y los ocho mil de la guardia de día que velaban por la vida preciada del padre Gengis Kan y los esclavos personales y los diez mil guardias más que tenía siempre con él a su servicio el padre Kan.

Luego, le entregaron el grueso del ejército.

Sigue la guerra

Tras aceptar ser Kan, tras aceptar los diez mil guardias que llevaba su padre y el grueso del ejército, tras pedir consejo primero al hermano mayor Chagadai, Ogodei Kan mandó a Ojotur y a Munguetu a combatir, les mandó a apoyar a Chormaján Jorchi, que saliera contra el Jalibaí Soltán de Bagdad, a dar fin a la guerra que emprendiera su padre Gengis Kan.

La leva de los primogénitos

Antes de eso, Subetei Bagatur, pasó el Volga y el Ural que bajaban crecidos y fue contra los kanglines, los kibchagudes, los bayiguides, los orusudes, sesudes, mayares, kechimires, serguesudes, bolares y kereles.

Y Subetei Bagatur que había ido a luchar contra las ciudades que tenían por cabeza Meked, Menkermén y Kiev, puesto en apurada situación por aquellas gentes, mandó llamar a los príncipes numerosos que mandaban Batu, Buri, Guyug y Mongue. Mandó que fuesen en su apoyo.

Y Ogodei Kan decretó, dijo así:

Que mande Batu a todos los príncipes que vayan a la guerra.

Decretó, dijo así: Que Guyug mande a los que salgan del grueso del ejército.

Decretó, dijo así: Que los príncipes que manden gentes manden ir a la guerra al mayor de todos sus hijos. Y que los príncipes que no gobiernan gentes, capitanes de diez mil, de mil, de cien, de diez y todos los demás sin excepción, manden a la guerra al mayor de sus hijos. Que las hijas y yernos también manden al mayor de sus hijos a servir en la guerra.

Luego Ogodei Kan habló y dijo así:

El que vayan éstos a la guerra es por lo que dijo el hermano mayor Chagadai. Vino, habló, dijo así: «Mando a la guerra a Buri, el mayor de mis hijos, que apoye a Subetei. Si todos los hijos primeros fuesen a hacer la guerra, el ejército sería innumerable. Los soldados, cuando ven que son muchos, se sienten arrogantes y potentes. Los pueblos enemigos que hay allá son numerosos. Los del final son pueblos duros, dicen. Cuando se encolerizan, prefieren morir dándose muerte con sus propias armas. Tienen, según dicen, armas muy afiladas».

Y Ogodei Kan habló, dijo así:

Por eso y por la serena majestad de nuestro hermano mayor Chagadai, mandamos que vaya a la guerra el mayor de los hijos.

Lo proclamó por todas partes. Mandó así a la guerra a los hijos primeros, a los príncipes, con Batu, con Buri, con Guyug, con Mongue a su mando.

Ogodei va contra los kitades

Luego, Ogodei Kan solicitó, pidió al hermano mayor Chagadai consejo así, mandó decir, dijo:

Sentado estoy en lo que mi padre Gengis Kan levantó. Dirán: «¿Por qué meritos se sienta él ahí?» Si el hermano mayor Chagadai es de ese parecer, ya que nuestro padre el Kan fue contra el Altán Kan de los kitades y lo desbarató, iré yo contra los kitades también.

Y el hermano mayor Chagadai dijo así:

¿Qué te lo impide? Nombra hombres buenos que guarden el campamento y ponte en marcha. Yo iré también y llevaré soldados.

Y dejando a Oldagar Jorchi al cargo de las tiendas en el gran campamento, el año de la liebre, Ogodei Kan fue contra los kitades con Yebe a la vanguardia.

Y deshizo a las fuerzas kitades, aniquiló a los soldados enemigos hasta que fueron sólo como montones de árboles que pudren. Pasó Chabchiyal, conquistó pueblos y ciudades por todas partes.

Luego, volvió con sus soldados y acampó en la Estepa Amarilla.

Allí cayó enfermo.

El sacrificio de Tolui

Y cuando sin apenas poder hablar ya, muy quebrantado, mandó que los agoreros hicieran sus agüeros, los hechiceros sus hechizos, todos dijeron:

Los kanes y señores de las tierras y las aguas kitades claman enfurecidos por los pueblos y las gentes expoliados y por la destrucción de sus ciudades.

Y sacrificaron otra víctima, miraron más entrañas. Dijeron:

Damos en pago gentes, siervos, oro y plata, ganado, víveres.

No se aplacaban, bramaban con más fuerza.

Y abrieron más víctimas los augures, miraron las entrañas, dijeron: ¿Valdría en pago uno de la familia?

El Kan abrió los ojos, pidió agua, bebió. Luego preguntó, dijo:

¿Cuál es el vaticinio?

Los augures dijeron qué decían las entrañas.

Los kanes y señores de las tierras y las aguas kitades claman furiosos por sus tierras y aguas profanadas y por sus pueblos y gentes expoliados. Miramos las entrañas diciendo: «Daremos en pago cualquier cosa». Y se enfurecieron aún más. Luego dijimos: «¿Podría valer en pago uno de la familia?» Y se apaciguaron. Que el decreto decida.

Y Ogodei Kan decretó, dijo así:

¿Qué príncipe hay aquí, en presencia mía?

Estaba presente el príncipe Tolui. Y el príncipe habló así:

Gengis Kan, nuestro padre dichoso, aunque hubiese hermanos mayores por encima y más pequeños por debajo, te eligió a ti, hermano mayor y Kan mío, como se escoge un buen caballo, tanteándote como se tantea al carnero para ver si es fuerte, te asignó a ti su trono excelso y la carga de gentes numerosas. A mí sólo me dijo: «En presencia del hermano mayor el Kan estarás,

hazle recordar todo lo que olvide,
lo que olvidará,
haz despertar en él lo que quede dormido,
lo que quedará.

Si yo te pierdo, hermano mío, ¿a quién recordaré lo que se olvide? ¿En quién haré despertar lo que se duerma? Si mi hermano mayor no se cura,

el numeroso pueblo mongol
quedará huérfano.
El pueblo kitade
se alegrará.

Yo pagaré por mi hermano mayor.

Yo hendí
la espina del esturión.
Tajé en dos
la espina del pez *kilene*.
Conquisté
lo visible.
Galopé
lo exterior.
Bello de rostro,
largo de talle

soy. ¡Que los hechiceros hechicen y conjuren!

Y los hechiceros conjuraron y el príncipe Tolui bebió el agua de la conjuración.

Y luego se sentó, luego habló así, luego dijo así:

Ebrio estoy. Mientras salgo de mi ebriedad, que mi hermano mayor el Kan piense cómo debe cuidar a sus hermanos más pequeños, a huérfanos y niños y a su cuñada Berude, mi viuda, hasta que puedan valerse por sí. Lo que había de decir, ya lo dije. No diré más. Ebrio estoy.

Y salió, se fue y así murió.

Y tras derrotar al Altán Kan, Ogodei le puso de nombre Esclavo Pequeño. Le arrebató el oro, la plata, las telas de raso con bordados de oro, rasos estampados, posesiones, caballos y esclavos pequeños, puso centinelas y *tamachines*, nombró *darugas* en las ciudades, en sitios diversos, en Nanguín, en Yungdú, y regresó pacíficamente.

Acampó en Karakorum.

DOCE

La guerra sigue

Chormaján sometió Bagdad.

Como la tierra era buena y eran buenas las cosas, Ogodei Kan decretó así, dijo así:

Que Chormaján quede allí como *tamma*. Que mande cada año oro, brocados, damascos, perlas grandes y chicas, caballos del oeste de largo cuello, de patas largas, camellos *guringues*, camellos *dagusis*, camellos *kichigudes*, mulas de carga y mulas de montar.

Los numerosos príncipes al mando de Batu, Buri, Guyug y Mongue que habían ido a la guerra, los que habían ido a socorrer a Subetei Bagatur, sometieron a janglines, kibchagudes, bayiguides, pasaron el Volga y el Ural, conquistaron la ciudad de Megued, aniquilaron a los orusudes, los expoliaron hasta exterminarlos. Expoliaron y tomaron a las gentes de las ciudades que tenían por cabeza Asud, Sesud, Bolar, Mankermán, Kiev, nombraron *darugas*, *tamachines*, volvieron.

Y Ogodei Kan mandó a Yesuder Jorchi a apoyar a Yalayirtai, que había ido contra los yurchedes y los solangases. Decretó, mandó, dijo así:

Que él sea allí *tamma*.

Batu, Guyug y Jargasún

Y Batu, que estaba combatiendo a los kibchagudes, envió mensajeros a Ogodei Kan, mandó decir así, dijo así:

Por el poder del Cielo eterno y por la gloria de mi tío el Kan, tras tomar la ciudad de Megued, tras expoliar a los orusudes, después de someter como es de justicia once reinos, nos retiramos, tiramos de las bridas de oro, dijimos: «Hagamos una fiesta y separémonos». Y plantamos una tienda grande y cuando se iniciaba la fiesta yo dije: «Como soy el mayor de todos estos príncipes, bebo el primero una o dos copas del vino de la ofrenda». Y Buri y Guyug, descontentos, me ofendieron, no quisieron hacer la fiesta ya, se fueron. Y al marchar, Buri habló y dijo así: «¿Por qué Batu, un igual, ha de beber primero?

Las mujeres con barba
se nos igualan.
Yo las derribaré,
las pisotearé».

Y Guyug habló así, dijo:

«Esas mujeres con aljaba. Vamos tú y yo, démosles de palos».

Y entonces Jargasún, hijo de Elyiguidei, habló así, dijo así: «Pongámosles un rabo de madera».

Salimos a luchar con gente rebelde de distintas entrañas y cuando dijimos «¿Basta ya? ¿Debemos descansar?» Buri y Guyug nos dicen esto. Nos separamos sin acuerdo. Que el decreto de nuestro tío el Kan decida.

Ante este mensaje de Batu, el Kan se enfureció, no permitió a Guyug comparecer ante él, habló, dijo así.

Miserable, ¿cómo ha osado decir tales palabras a un hermano mayor? ¡Que se pudra ese huevo! ¿Cómo se atreve a rebelarse contra el que es su hermano mayor? Sea espía,

vaya y escale murallas de ciudades,
altas como montañas,
hasta que las uñas de diez dedos
se le gasten de tanto rascar.
Sea *tamma*.
Escale murallas de piedra,
hasta que las uñas de cinco dedos
se gasten y desaparezcan.

Tú, menguado, vil, mísero Jargasún, ¿imitando a quién, lenguaraz, insultaste a nuestra familia? Vayan los dos, Guyug y Jargasún, juntos. Podríamos haber hecho decapitar a Jargasún. Habríais dicho: «No es justo». Diríais: «¿Y Buri?» Dígalo Batu. Vaya con el hermano mayor Chagadai y que lo sepa él. Que el hermano mayor Chagadai decida.

Y entonces los príncipes y capitanes, los jefes con Alchidai, Jonjortai y Yanguí a la cabeza, pidieron, aconsejaron, suplicaron, dijeron así:

Decreto de vuestro padre Gengis Kan: Que lo de la estepa se decida en la estepa; que lo de la tienda se decida en la tienda. Si el Kan tiene a bien escucharnos, diremos que está enfurecido con Guyug. Es un asunto de la estepa. Vaya él, mándelo el Kan con Batu. ¿qué más da?

Aprobó el Kan estas palabras, se apaciguó, permitió a Guyug comparecer en su presencia, le amonestó, dijo así:

Cuando vas a la guerra dicen de ti que en el camino

a todo el que tenía nalgas
le dejaste tu huella.

Dicen de ti que

a los soldados
quebrantabas el ánimo.

Creíste que los orusudes se habían sometido medrosos de tu furia y tu cólera y creyendo que les habías sometido tú solo, desatando tu corazón violento, te rebelaste contra tu hermano mayor. Ya el padre Gengis Kan lo decretó. ¿No dijo

la mucha gente asusta,
agua profunda ahoga?

¿Crees que sólo tú lograste la victoria? Con el auxilio constante de Subetei, de Buyeg fuiste, con una gran multitud de soldados y, entre todos, sometisteis a los orusudes y a los kibchagudes. Porque capturaste uno o dos orusudes y kibchagudes cuando apenas se había logrado nada aún, te pusiste a presumir de hombría. Acabas de salir de la tienda y ya crees haberlo hecho todo tú solo, dices palabras insultantes.

A Menguei, Alchidai, Jonjortai, Yanguí y otros, les

dejó, son compañeros fieles, que serenaron
el corazón enfurecido:
les dejó, son grandes cucharas que apaciguaron
la olla que hervía.

Y luego habló, dijo así:

Dicho está. ¡Sea! ¡No se hable más! Asunto de la estepa. Ya dijimos que Batu. Decida Batu sobre los dos, Guyug y Jargasún.

A él se los mandó. Luego dijo así:

Que el hermano mayor Chagadai decida sobre Buri.

El servicio de la guardia

Y luego, Ogodei Kan decretó, mandó decir así, dijo así:

Si proclamo una orden que establezca de nuevo los deberes de todos los guardias, de los guardias de noche, los que portan aljaba y los guardias de día que fueron de mi padre Gengis Kan, ¿no he de decretar, no he de ordenar, no debo decir: «Sirvan según mandó mi padre el Kan»? Sigan sirviendo así. Que los que portan aljaba y los guardias de día, según decretó él, pasado el día, vayan por su lado y dejen el servicio a la guardia de noche cuando se ponga el sol, pasen la noche fuera.

Decretó, dijo así:

Que de noche sirvan los guardias de noche, pasen con Nos la noche. Que guarden la puerta de la tienda y que hagan la ronda. Que los guardias de noche Nos guarden por detrás y delante de la tienda regia. Al que ronde a la noche junto a la tienda regia, después que el sol se ponga, que los guardias de noche le detengan y que pase la noche con ellos. Que los guardias de noche detengan al que se mezcle con ellos y entre más acá de la guardia sin ser guardia de noche después que se hayan ido todos a las tiendas. Que le partan en dos la cabeza de un tajo y abandonen sus restos. Si de noche llega un mensaje urgente, dígaselo a los guardias de noche el mensajero y, al norte de la tienda, custodiado por los guardias de noche, comuníquelo. Que los custodios de la puerta, Jonjortai, Sirajáin y los demás, con los guardias de noche, controlen la entrada y la salida de la tienda regia. Elyiguedei, aunque era digno de confianza, de noche se aventuró más acá de los guardias de noche, los guardias de noche le apresaron y los guardias de noche que cumplen la orden dada son dignos de confianza.

Decretó, dijo así:

Nadie pregunte cuántos son los guardias de noche. Nadie ande entre ellos. Apresen los guardias de noche a los que anden más acá o anden entre ellos. Que los guardias de noche retengan el caballo de la persona

que pregunte el número de los guardias de noche monte, con la silla y la brida, y la ropa que vista. Nadie se sitúe más acá de los guardias de noche. Que los guardias de noche dejen al pie de los estandartes y tambores las lanzas, los cuencos y las ollas. Supervisen los guardias de noche la bebida, la comida, la carne.

Decretó, dijo así:

Que los guardias de noche se cuiden de los carros de la tienda regia. Si Nos no vamos a la guerra, que los guardias de noche no vayan. Y cuando vayamos Nos de cacería, quedando la mitad con los carros de la tienda regia, vengan con Nos la otra mitad de los guardias. Que los guardias de noche encargados del campamento se ocupen de plantar la tienda regia. Que los guardias de noche encargados de guardar la puerta, la defiendan. Que el capitán de mil Jadagán mande a todos los guardias de noche.

Luego nombró capitanes de las diversas unidades de la guardia de noche. Dijo así:

Que Jala y Buljadar, los dos, manden una unidad, se aconsejen, sirvan en el mismo servicio, guarden a derecha y a izquierda la tienda regia, que todo esté en orden. Que Amal y Chanar, los dos, se aconsejen, manden una unidad, sirvan en el mismo servicio, guarden a derecha e izquierda la tienda regia, que todo esté en orden. Que Jadai y Jori Jachar, los dos, se aconsejen, sirvan en el mismo servicio, guarden a derecha e izquierda la tienda regia, que todo esté en orden. Que Yalbag y Jaragudar, los dos, se aconsejen, manden una unidad, sirvan en el mismo servicio, guarden a derecha e izquierda la tienda regia, que todo esté en orden. Y que la unidad de Jadagán y de Buljadar y la unidad de Anal y de Chanar, las dos, sirvan su servicio, monten guardia a la izquierda de la tienda regia. Que la unidad de Jadai y de Jori Jachar y la de Yalbag y de Jaragudar, estas dos unidades, sirvan su servicio, monten guardia a la derecha de la tienda regia.

Decretó, dijo así:

Que Jadagán mande esas cuatro unidades de guardias de noche. Y que los guardias de noche guarden

bien la tienda regia donde está mi persona y que se echen protegiendo la entrada. Que de los guardias de noche dos entren en la tienda y se encarguen de la mesa grande del vino.

Decretó, dijo así:

Que Yesún Tegue, Buguidai, Jorjudad y Lablaja, en cuatro unidades distintas, manden a las de los guardias que portan aljaba, a los de las cuatro unidades de guardias de día que portan aljaba.

Luego nombró capitanes de las unidades de los guardias de día de la semilla de los que las mandaban, mandó, dijo así:

Que Alchidai y Jonjortai, los dos, que antes mandaban, aconsejándose, manden también una unidad de guardias de día, sirvan un servicio. Que Temuder y Yegu, los dos, aconsejándose, manden una unidad de guardias de día, sirvan un servicio. Que Mangutai, que mandaba las fuerzas de apoyo, mande una unidad de guardias de día, sirva un servicio.

Luego el Kan decretó así, dijo:

Que de todos los jefes, Elyiguedei sea jefe. Que todos actúen según sus palabras.

Decretó, dijo así:

Que si uno de la guardia cuando tenga servicio lo olvida, por el decreto antiguo sea corregido con tres palos. Que si al mismo de nuevo, por segunda vez, se le olvida el servicio, le den siete palos. Si una vez más el mismo hombre, sin mal, razón, sin avisar al superior, por vez tercera, olvida el servicio, es que servirnos le cuesta demasiado. Que se le corrija con treinta palos y vaya luego fuera de mi vista a lugar lejano. Si los jefes de unidades no juntan a los guardias que han de entrar en servicio, si olvidan su servicio, se les castigará. Que los jefes de esas unidades, cada tercer servicio, cuando cambia de guardia, comuniquen a los guardias la orden. Si, comunicada la orden, los guardias olvidan el servicio, les castigaremos como dijimos. Si no transmiten esta orden, que sean castigados. Y si los jefes de unidades dijeran: «Mandamos más», y castigaran sin permiso nuestro a mis guardias,

recibirán igual castigo. Si alguien no cumple la orden, que se nos comunique. Si a alguien ha de aplicársele la norma de que debe morir, será decapitado. Si a alguien debe aplicársele un castigo, será castigado. Si diciendo «Mandamos más» y sin comunicárnoslo, alguien alza la mano contra uno de mis guardias, páguense con palos los palos dados y los golpes con golpes.

Decretó, dijo así:

Mis guardias están por encima de los capitanes de mil que no son de mi guardia. Los compañeros de mis guardias están por encima de los capitanes de cien y de diez que no son de mi guardia. Si los capitanes de mil que no son de mi guardia se enfrentan con mis guardias, serán castigados.

Luego Ogodei Kan habló así, dijo así:

No haremos padecer a la nación que creó con trabajo mi padre Gengis Kan. Haciéndoles asentar

los pies en el suelo
las manos en la tierra

les haremos dichosos. Asentados Nos sobre lo que nuestro padre el Kan alzó, que las gentes, para el caldo, todas esas gentes y pueblos, todos los años, den una oveja de cada rebaño. Que se aparte además una oveja de cada cien y que se dé a los pobres. Y cuando los hermanos, cuando los numerosos hombres y caballos, cuando los guardias todos se junten, ¿de dónde saldrá para que beban tantos? Que se traigan yeguas de los diversos miles de las diversas tierras. Que las ordeñen los ordeñadores. Que los encargados del campamento se encarguen luego de las yeguas de leche. Cuando los hermanos se junten daremos Nos dones, haremos mercedes. Juntaremos las telas de raso, los lingotes de plata, aljabas, arcos, corazas, armas de todas clases y el grano de las rentas de la tierra. Haremos que se guarde en lugar bien seguro, elegiremos bien los guardianes. Dividiremos los puntos de acampada, partiremos las aguas. Nombraremos jefes de campamento de los diversos miles para que los diversos miles ocupen sus puntos. En el desierto hay sólo animales salvajes y no viven gentes. Que Chanaí y Guirgurtaí, que mandan a los jefes de los campamentos, manden cavar en el desierto pozos y que se revistan con ladrillos.

Cuando mandamos un mensaje queremos que vaya a todas partes y que llegue en seguida. Pero los mensajeros van despacio, los mensajes no llegan. Y naciones y pueblos sufren. Pondremos guardias de estaciones de posta y guardias de caballos de posta en los diversos miles de las diversas tierras, pondremos puestos y más puestos de estaciones de posta, sólo para lo urgente, para que los mensajeros puedan ir mejor de un puesto a otro.

Cuando Chanaí y Buljadar, los dos, que saben de estas cosas, nos lo recomendaron, pensamos, dijimos: «¿Tienen razón?» Dijimos: «Que decida el hermano mayor Chagadai. Si es justo, si él aprueba, sea la decisión suya». Y el hermano mayor Chagadai mandó un mensajero, mandó decir así, dijo: «Lo apruebo todo. Hágase».

El hermano mayor Chagadai mandó un mensajero, mandó decir así, dijo así:

Mandaré poner estaciones de posta que enlacen con las tuyas. Mandaré un mensaje a Batu. Que ponga estaciones de posta que enlacen con las mías. De todo cuanto consultaste, lo de las estaciones de posta fue el consejo más sabio que te dieron.

Luego, Ogodei Kan habló así, dijo así:

Hermanos, príncipes de la mano derecha que estáis al mando del hermano mayor Chagadai y de Batu, todos vosotros, hermanos de la mano izquierda que estáis al mando de Odchiguín Noyán y de Yegu, príncipes todos, hijas, yernos, los del centro, capitanes de diez mil, de mil, de cien, de diez, todos vosotros aprobasteis. Si para el caldo del Kan, de mar a mar, se aparta una oveja de cada rebaño, ¿qué? Si se da una oveja de cada cien para los pobres, bueno es. Poner

estaciones de posta y nombrar encargados de estaciones de posta y encargados de caballos de posta, paz es para las muchas gentes, bueno para los mensajeros.

Dada por todos juntos la aprobación al decreto que diera el Kan, consultado el hermano mayor Chagadai y aprobado por él, de todas las gentes, de los miles diversos de las diversas tierras y naciones, por decreto del Kan, hízose apartar año tras año para el caldo del Kan una oveja de cada rebaño y una oveja de cada cien ovejas. Trajéronse las yeguas, nombráronse encargados de ellas. Se nombraron yegüeros, almaceneros, vigilantes del grano. Nombráronse encargados de estaciones de posta, de caballos de posta, midiéronse distancias para poner las estaciones, mandose a Aarasén y a Tojuchar mirar que estuviera todo en buen orden, mandáronse veinte guardias de caballos de posta.

Y el Kan decretó así, dijo así:

Que los caballos de posta, las ovejas de carne, las yeguas de leche, los bueyes que tiran de los carros y los carros, del límite limitado por Nos en adelante,

si por ellos faltase cuerda chica,
que les corten en dos la cabeza de un tajo
por mitad de la nuca.
Si faltase por ellos un radio de la rueda de un carro,
que les partan la cabeza en dos de un tajo solo
por medio de la frente.

Y luego Ogodei Kan habló, dijo así:

Desde que subí al trono excelso de mi padre, esto fue lo que hice después de mi padre: Fui contra los yajudes y los aniquilé. Puse después estaciones de posta para que cumpliesen mejor los mensajeros y se atendiesen mejor necesidades y servicios. Mandé también abrir pozos donde no hubiera agua, llevé así a las naciones y pueblos sin agua, agua y yerba y verdor.

Y poniendo vigiles y *tammas* en las ciudades de las diversas tierras, en naciones y pueblos numerosos, a todos los puse con

los pies en el suelo,
las manos en tierra.

Desde mi padre el Kan, esto añadí yo, estas cuatro cosas. Y luego, asentado en el excelso trono de mi padre, con la carga de tantos pueblos y de tantas gentes, dejarme derrotar por el vino de uva fue un mal. Fue un mal que hice yo. Otro fue que hice caso de una mala mujer y tomé para mí todas las hijas de mi tío Odchiguín. Aunque sea Kan, señor de la nación, erré, no seguí el buen principio. Hice mal. Luego, secretamente, dañé a Dojolju. Otro mal. Dañar arteramente a Dojolju que sirvió a su señor, el Kan mi padre, luchando esforzadamente fue, sí, un mal. Fue un error. ¿Quién querrá luchar tan esforzadamente por mí ahora? Proclamo que hice mal cuando dañé secretamente a un hombre que sirvió a mi padre y a todos con prudencia y justicia. Y dije, también, por codicia: «No quiero que las piezas de caza a las que Cielo y Tierra marcaron al nacer su destino vayan a mis hermanos». Alcé cercos, vallas, muros, murallas de tierra, para que no salieran. Y como las tenía encerradas sin dejarlas salir, tuve que oír murmurar contra mí a mis hermanos. Otro mal. Desde mi padre el Kan hice cuatro hechos buenos y cuatro hechos malos.

* * *

Terminamos de escribir estando reunida la Gran Asamblea, en la luna séptima del año de la rata, estando plantadas las tiendas regias en Dologán Boldag de Kodegue Aral del Keluren, entre Silguin Cheg y...

PERSONAJES PRINCIPALES

ALAN LA BELLA: Hija de Jorilartai el Sabio, de los jori tumades; esposa de Dubún; madre de Bugunutei, Belgunutei, Bugu Jatagui, Bagatu, Bodonkar.

ALCHIDAI: Uno de los jefes de la guardia personal de Temujin.

AMBAGAI KAN: Nieto de Jaidú, tercer soberano de los mongoles, antepasado de los tayichigudes, a quien capturaron los tátaros y entregaron al Altán Kan de los kitades.

ARIAI JASAR: Guerrero fiel a Temujin y capitán de su guardia personal.

BARTÁN EL VALIENTE (Bartán Bagatur): Hijo segundo de Kabul Kan, padre de Nekún Taisi, Yesuguei y Daritai.

BELGUTEI: Hijo de Yesuguei, hermanastro pequeño de Temujin.

BODONKAR: Hijo menor de Alan la Bella; antepasado de Temujin.

BOGORCHU: Hijo de Naju el Rico, primer compañero de Temujin; uno de sus «cuatro héroes».

BOROGUL: Hijo adoptivo de Joguelun, hallado en el campamento de los yurkines después de su derrota;

uno de los «cuatro héroes» de Temujin; su cocinero personal; salvó la vida de Ogodei en la batalla contra los kereyides. Murió a manos de los tumades.

BORTE (Borte Ujin): Hija de Dei el Sabio; primera esposa de Temujin, madre de Yochi, Chagadai, Ogodei, Tolui.

BURI EL FUERTE: Hijo de Jutuju, nieto de Kabul Kan; le mató en lucha Belgutei.

CHAGADAI: Segundo hijo de Temujin y Borte.

CHILAGÚN BAGATUR: Hijo de Sorjan Chira; uno de los «cuatro héroes» de Temujin.

CHILAGÚN: Hijo de Togtoga Beki y caudillo de los merkides.

CHILEDU: Príncipe de los merkides; primer esposo de Joguelun.

DARITAI (Dagaritai): Cuarto hijo de Bartán el Valiente, hermano menor de Yesuguei; combatió con su sobrino Temujin contra Yamuga y los tátaros y luego contra Temujin con los kereyides.

GENGIS KAN: *Véase* TEMUJIN.

GUCHU: Hijo adoptivo de Joguelun, hallado en un campamento de los merkides.

IBAJA: Hija de Yaja Gambu; una de las esposas de Temujin, que se la dio a Yurchedei.

JACHIGÚN: Tercer hijo de Yesuguei y Joguelun, hermano pequeño de Temujin.

JASAR: Segundo hijo de Yesuguei y Joguelun.

JOGUELUN: Esposa de Yesuguei el Valiente, que se la robó a Chiledu; madre de Temujin, Jasar, Jachigún, Temugue y Temulún.

JUBILAI: Uno de los «cuatro perros» de Temujin; uno de los principales jefes de su ejército.

KABUL KAN: Nieto de Jaidú, segundo soberano de los mongoles.

KOKOCHU (Kokochu Teb Tenguerí): *Véase* TEB TENGUERÍ.

KOKOCHU: Hijo adoptivo de Joguelun, hallado en un campamento abandonado por los tayichigudes.

MUJALI: Nieto de Teleguetu el Rico, de los yurkines, entregado a Temujin como siervo personal tras

la derrota de éstos; uno de los «cuatro héroes» de Temujin, que le otorgó el título de príncipe del reino.

MUNGLIG (Padre Munglig): Príncipe de los jonjotades, consejero de Temujin y padre de Kokochu Teb Tenguerí.

NAYAGA: Hijo de Sirguguetu, a quien Temujin recompensó por dejar libre a su señor Targutai Kiriltug; más tarde sería uno de los jefes de su ejército.

ODCHIGUÍN (Temugue Odchiguin, Príncipe Odchiguin, Odchiguin Noyán): Hijo de Yesuguei y Joguelun; hermano de Temujin.

OGODEI (Ogodei Kan): Tercer hijo de Temujin y Borte, segundo Gran Kan de los mongoles.

ONG KAN (Togoril Kan): Kan de los kereyides; *anda* de Yesuguei el Valiente y padre adoptivo de Temujin.

SENGUM: Hijo de Ong Kan.

SIGUI JUTUJU (Sikiken Juduju): Hijo adoptivo de Joguelun hallado en un campamento de los tátaros; Temujin le nombró más adelante juez y le encargó hacer las anotaciones en el «libro azul».

SIRGUGUETU: Siervo de Targutai Kiriltug, padre de Alag y Nayaga.

SUBEGUETEI EL VALIENTE (Subeguetei Bagatur): Uno de los «cuatro perros» de Temujin; dirigió varias campañas en el norte de China, en las estepas y en Europa Oriental.

TARGUTAI KIRILTUG: Príncipe de los tayichigudes; hizo cautivo a Temujin; Sirguguetu le apresó a él y luego le dejó en libertad.

TEB TENGUERÍ: Hijo de Padre Munglig de los jonjotades; gran chamán y consejero de Temujin. Murió por orden de Temugue Odchiguín.

TEMUGUE: *Véase* ODCHIGUÍN.

TEMUJIN: Hijo primero de Yesuguei el Valiente y madre Joguelun; padre de Yochi, Chagadai, Ogodei y Tolui; primer Gran Kan del imperio mongol: GENGIS KAN.

TEMULÚN: Hija de Yesuguei el Valiente y de Joguelun, hermana de Temujin.
TOGORIL KAN: *Véase* Ong Kan.
TOLUI (Príncipe Tolui): Hijo menor de Temujin y Borte.
YAMUGA: Príncipe yaradán, *anda* de Temujin y luego rival suyo.
YEBE: Tayichigud que, tras la derrota de los suyos, se ofreció a Temujin; uno de sus «cuatro perros».
YELME (Jelme): Hijo de un herrero urianjai que se lo dio a Temujin; uno de los «cuatro perros».
YOCHI: Hijo mayor de Temujin y Borte.
YESUGUEI EL VALIENTE: Hijo tercero de Bartán; esposo de Joguelun; príncipe de los kiyades; padre de Temujin, Jasar, Jachigún, Temugue y Temulún; *anda* de Togoril Kan de los kereyides. Murió envenenado por los tátaros.
YESUGUÉN (Yesugén Katún): Hija de Yeke Cherén, de los tátaros a quien Temujin tomó por esposa después de la derrota de éstos.
YESUI (Yesui Katún): Hermana de la anterior, a quien Temujin tomó también por esposa tras derrotar a los tátaros; acompañó a Temujin en su última campaña contra los tangudes.

ÍNDICE

Dos palabras del editor, 7
Eurasia en la época del Imperio mongol, 8

INTRODUCCIÓN, 9
Los mongoles, 10
La vida de los nómadas, 12
Temujin, 19
Togoril Kan, 21
Los naimanes, 21
La Gran Asamblea de 1206, 22
Los tangudes, 23
Los kitades, 24
Los musulmanes, 25
Ogodei Kan, 27
El texto, 28
Metodología seguida en esta versión, 29
Nota de agradecimiento, 31
Nota bibliográfica, 32

UNO, 33
Éste es el origen de Gengis Kan, 33
Duúa y Dubún, 34

Alan la Bella, 34
Los hijos de la madre Alan, 35
Bodonkar, 36
Jaidú, 39
Kabul Kan, 40
Ambagai, 40
Yesuguei y Joguelun, 41
Jutula Kan, 42
Temujin, 43
Muerte de Yesuguei, 46

DOS, 47
El abandono de las viudas y los huérfanos, 47
Temujin cautivo de los tayichigudes, 53
El robo de los caballos, 56
Bogorchu, 56
Borte Ujin, 58
Togoril Ong Kan, 59
Jelme, 59
La venganza de los merkides, 60
La lucha contra los merkides, 62
Chilguer el Fuerte, 68
Temujin da las gracias, 70
Guchu, 71

TRES, 72
Los dos *andas*, 72
Kokochu, 74
El presagio de Jorchi, 74

CUATRO, 76
Temujin: Gengis Kan, 76
Taichar y Yochi Darmala, 80
Los yaradanes van contra Gengis Kan, 81
La fiesta de Onón, 82
Belgutei y Buri el Fuerte, 82
Contra los tátaros, 83
Sikiken Juduju, 84
La traición de los yurkines, 85
Contra los yurkines, 85
Borogul, 87

Razón de que los yurkines les llamaran así, 87
Cómo murió Buri el Fuerte, 88
Yamuga Kan, 89
La yada de la tempestad, 90
La lucha de los tayichigudes, 91
La herida del cuello, 92
Jadagán, 93
Yebe, 95

CINCO, 96
El anciano Sirguguetu y sus hijos Alag y Nayaga, 96
Cómo Yesuguei Kan y Ong Kan se hicieron *andas*, 98
La historia de Ong Kan, 99
Contra los tátaros, 101
La venganza, 101
Yesuguén y Yesui, 103
La guerra sigue, 104
La deserción, 105
El padre Ong Kan, 106
La afrenta, 108
La traición, 108
El aviso del padre Munglig, 110
Los dos pastores, 111
La huida, 112
El combate, 114
Ogodei, Borogul y Bogorchu, 115
Jadagán Daldurjan, 116
Muerte de Juyildar, 117
Los unguirades, 118
Mensajes de Gengis Kan, 118
Jasar, 124
Iturguen, 125
Jadag Bagatur, 126

SEIS, 128
Reparto y despojo de los vencidos, 128
La muerte de Ong Kan, 129
Sengum abandonado en el desierto, 130
La cabeza de Ong Kan, 131
Kogsegu Sabrag habla, 131
Ala Jus Diguid Juri, 132

Gengis Kan ordena sus fuerzas, 133
Contra los naimanes, 135
Yamuga, 138
El fin de los naimanes, 142
Contra Togtoga Beki, 143
Julán Katún, 143
Merkides y naimanes, 144
Subeguetei va contra los merkides, 146
La entrega de Yamuga, 147
Los dos *andas*, 148

SIETE, 152
El gran Kan de todos los mongoles otorga cargos en pago de servicios, 152

OCHO, 173
La guardia, 173

NUEVE, 178
Jubilai Noyán somete a los jarlugudes, 178
Subetei aplasta a los merkides, 178
Yebe, 179
Yochi, 179
Borogul Noyán va contra los tumades, 180
Dorbei el Feroz, 181
Jorchi Noyán y sus treinta mujeres, 181
El reparto, 182
Jasar y los siete hijos de padre Munglig, 183
Madre Joguelun muere, 184
Odchiguín, 185

DIEZ, 190
Contra los kitades, 190
Los jasines, 192
De nuevo contra los kitades, 193
Contra los musulmanes,
La petición de Yesui, 196
La elección del sucesor, 197
Se inicia la campana, 202
Los tres hijos, 204

La guerra sigue, 206
Gengis Kan nombra darugas, 206

ONCE, 208
Contra los tangudes, 208
Ogodei Kan, 212
Sigue la guerra, 212
La leva de los primogénitos, 213
Ogodei va contra los kitades, 214
El sacrificio de Tolui, 214

DOCE, 217
La guerra sigue, 217
Batu, Guyug y Jargasún, 218
El servicio de la guardia, 221

PERSONAJES PRINCIPALES, 229